

Selecta

BESOS DE
vértigo

MARIAN ARPA

Besos de vértigo

Bilología Te quiero 2

Marian Arpa

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A mi marido,
por las horas que le robo
cuando estoy ante las teclas.
Te quiero, cariño.

Prólogo

Querida Dany:

Lamento mucho haber estado tanto tiempo sin escribirte ni una letra, pero he tenido algunos problemas. No te preocupes; ya está todo solucionado.

Me secuestraron unos narcotraficantes y por poco no lo cuento. Me volvía loca al pensar en mi pequeñín. Suerte que todo se solucionó. Me rescataron antes de que esos delincuentes me hicieran lo que tenían planeado para mí.

Luego, el destino me tenía otra de sus jugarretas guardadas: el padre de mi hijo vino a trabajar a la aldea donde estaba y, al enterarse que tenía un hijo, me declaró la guerra; pensó que lo había engañado. Viví un infierno al verlo con otra. Yo que pensaba que no era celosa, pues reconozco que sí lo soy. Le hubiese sacado los ojos a esa lagarta con mis propias uñas. No lo resistí y volví a España.

Víctor me siguió y me demostró que todo lo que había hecho en Colombia era por el mismo motivo que yo: estaba celoso de Antón. Pensaba que él y yo, ya sabes, que éramos pareja.

Cuando me lo contó y nos dimos cuenta de lo idiotas que habíamos sido, del tiempo que habíamos perdido, todo cambió. Soy muy feliz con él, vamos a casarnos dentro de poco, me gustaría que te pudieras escapar de las garras de papá para asistir a mi boda. mamá ya me ha

dicho que vendrá, así podríamos estar las tres juntas otra vez, aunque fuera por unas pocas horas.

Cariño, deje la carta a medias y hasta hoy no he podido volver a ponerme en ello. Mamá y yo te echamos mucho de menos el día de mi boda, pero no quiero que te preocupes por nosotras; comprendo que te fue imposible despistar a papá. Ya llegará el día en que puedas hacer lo que quieras sin tener que darle explicaciones.

Tengo la gran alegría de decirte que volverás a ser tía: Víctor y yo hemos decidido volver a Kenia antes de que me sea imposible viajar. Él se dedicará a su profesión y yo seguiré trabajando para la revista.

Espero que pronto puedas ir a visitarme; aquello te encantará. Esa tierra es fantástica, y las personas que viven allí son muy amables y encantadoras, te gustarán.

Además, ya es hora de que tu sobrino conozca a su tía.

Te quiero hermana.

Claudia

Unas semanas más tarde, ya en Kenia, Claudia recibía la carta de su hermana.

Querida Claudia:

Me alegro mucho de tu reciente boda, espero que seas muy feliz. Y estoy deseando conocer a este pequeño sobrino que has traído de América y ahora te has llevado a la otra punta del mundo; y soy feliz por la gran noticia de que pronto me harás tía de nuevo.

Lo que lamento es no haber podido escaparme para asistir a tu boda,

pero últimamente papá pasa mucho tiempo en casa, dice que le deben vacaciones. Y me tiene agobiada con sus continuas exigencias de que termine más y más cuadros.

Ya no lo aguanto más. En cuanto cumpla dieciocho años, me largo. Papá se está volviendo cada vez más tirano, me controla, aunque él lo niega.

El otro día mis amigas me entretuvieron en la calle y lo vi espiándome a lo lejos cuando estaba a punto de entrar en clase. Lo he pensado mucho y no aguanto más; en cuanto sea mayor de edad, me vuelvo a España con mamá.

Y ya que entonces seré dueña de todo lo que he trabajado, del dinero que han producido mis cuadros, espero poder convencer a mamá para que vayamos las dos a visitarte.

Mucho me temo que este año escaso que me queda para mi cumpleaños se me hará eterno. Estoy deseando conocer estas tierras de las que tanto me hablas. El otro día, estaba en la biblioteca y entre en internet, busqué «Kenia», me pasé varias horas viendo unos maravillosos paisajes y lo que cuentan las personas que han estado allí. Cuando vaya, llevaré la maleta cargada de lienzos; solo de ver las fotografías me entraban ganas de ponerme a pintar.

Ya es hora de que conozca algo más que estas cuatro paredes en las que vivo.

Espero con ansias el momento en que podamos estar juntas de nuevo.

Te quiero. Dale un beso muy grande a mi sobrino.

Dany

Capítulo 1

Dany miraba por la pequeña ventanilla del avión que la llevaba con su hermana, pero en realidad no veía nada. Su mente estaba muy lejos de allí. Había tenido una tremenda discusión con su padre cuando le había dicho que pensaba ir a Kenia a visitar a su hermana; y este se había negado en redondo a darle su consentimiento. Lo que él no tuvo en cuenta era que ya no lo necesitaba.

Hacía años que no veía a Claudia, desde que sus padres se habían divorciado y todo su mundo saltó volando por los aires, el contacto con su hermana se había reducido a cartas. Porque su padre se había ocupado de no tener internet en su casa para que ella no se distrajera de pintar. Siempre que le había dado alguna excusa para que lo pusiera, él se negó. Cada vez le dijo que no era bueno para ella que se entretuviera con las redes sociales, que un mal comentario le podía arruinar su carrera de pintora. Sin embargo, ella tenía la certeza de que lo hacía para aislarla de todo su mundo anterior.

Desde que sus progenitores se habían divorciado, ella se había sentido desorientada. Su vida sufrió un cambio de la noche a la mañana que a sus doce años no terminaba de asimilar. Superar aquel trance le había supuesto dos años de tratamiento con un psicoanalista.

Aún en esos momentos se preguntaba cómo su padre había sido tan cruel con ella; sin embargo, suponía que la razón era la misma por la que se había separado de su madre.

Él era muy anticuado, déspota, autoritario y machista. Cuando Claudia le había dicho que quería estudiar periodismo, él se había negado, diciéndole que lo que tenía que hacer era encontrar un buen partido y casarse. «¡Las mujeres deben estar en casa! —siempre decía—. Cuidando del marido y criando a los hijos». Los desacuerdos entre padre e hija se convertían en peleas constantes hasta que su hermana se fue de casa. Aquello fue el principio del fin del matrimonio de sus padres. Su madre lo había culpado de que su hija se fuera de casa y acabaron odiándose. Como su madre no tenía recursos propios, él había reclamado la custodia de Dany, alegando que ella no podía mantenerla. Y fue entonces cuando se trasladó con ella a París, solo por el placer de saber que allí, su exmujer no podría visitarla con frecuencia por la lejanía. Dany, en los últimos años, había ido varias veces a España a ver a su madre, sin que su padre lo supiera. Le decía que se iba a casa de alguna amiga a pasar el fin de semana para hacer deberes y se iba a visitar a su madre.

Claudia se había librado de la guerra de sus padres. Cuando todo había sucedido, estaba estudiando fuera de la ciudad y además ya era mayor de edad, por lo que no pudieron usarla como arma arrojadiza, como habían hecho con ella.

Ya Dany había cumplido dieciocho años; su padre no podía negarse a que ella visitara a su hermana. Así que le dejó una carta en la que le decía que se iba a Kenia. Había metido en una maleta lo imprescindible y, en otra, unos cuadernos, lienzos y pinturas; era lo único que necesitaba.

A Dany le daba cierta aprensión el reencuentro con Claudia después de tanto tiempo. Su hermana, después de la separación de sus padres, había estado en París un par de veces, pero en cuanto encontró un trabajo, le fue imposible volver.

Claudia se había quedado embarazada en un viaje que había hecho con sus amigas; entonces, para poder trabajar en su profesión y que sus jefes no se enteraran de su estado y la despidieran, su hermana se había ido a trabajar a la otra punta del planeta. Eso y su padre las había mantenido alejadas mucho

tiempo, pero eso se terminó. No pensaba vivir bajo el yugo paterno nunca más.

Hacía tres meses que su madre había muerto en un accidente de tráfico, y él ni siquiera le había permitido ir al funeral. Aquello la puso furiosa y le había prometido que se arrepentiría: la hora había llegado.

Por su mente pasaron las primeras semanas que había vivido en París; su padre había pedido el traslado a otra sucursal de la empresa en la que trabajaba y alquiló una casa cerca del Sena, donde ella solía ir a pasear al salir de aquel horrible colegio de monjas. Allí conoció a varios pintores callejeros, que se dedicaban a ganarse la vida vendiendo los cuadros que ellos mismos pintaban de la ciudad del amor. A menudo, pensaba en la vida y libertad de la que disfrutaban aquellas personas. No era extraño encontrarla sentada en un banco observando las sonrisas, los comentarios pícaros que dedicaban a los turistas para venderles algún boceto, óleo o carboncillo.

Ella los envidiaba, no le hubiese importado sufrir necesidad a cambio de gozar de aquella vida. Por desgracia, una tarde en la que su padre había salido antes del trabajo la encontró allí charlando con un joven que le hablaba maravillas de su existencia bohemia. Ella reía encantada mientras compartían unos dulces y no lo vio venir; sintió su mano como un grillete en su brazo y su voz siempre enojada, que dijo: «¿Qué diablos estás haciendo aquí?», mientras tiraba de ella. La bronca que tuvieron al llegar a casa fue monumental. Dany llegó a pensar que a su padre se le estaba yendo la cabeza cuando lo oyó gritarle que su sitio estaba en la casa, que no le permitiría callejear para que se estropeara como su hermana.

Ella, que se sentía sola e infeliz en una ciudad desconocida, le gritó que quería irse con su madre, por lo que recibió un bofetón que la mandó al suelo. Después de aquello se encerró en su habitación, lloró hasta quedarse dormida y se prometió no volver a dirigir la palabra a su padre.

Durante días, Federico Roca trató de hablar con su hija, pero ella se había encerrado en un mutismo del que no lograba sacarla. Una tarde, al volver del trabajo y pasar por donde la había encontrado, se le ocurrió una idea. Recordó

que a ella siempre le había gustado dibujar, tal vez... esperaba haber acertado en la interpretación del brillo de los ojos de su hija.

Unos días más tarde, al llegar del colegio, Dany se sorprendió al ver a su padre en casa. Este le dijo que subiera al desván, pero ella lo ignoró, como venía haciendo en los últimos días. Él no insistió. Sabía que la curiosidad de la muchachita la llevaría a investigar; seguramente esperaría a estar sola. Le daba lo mismo. Al día siguiente sabría si había interpretado bien el interés de su hija hacia aquellos pintores.

Durante la tarde, cuando Dany terminó los deberes, se aburría. Se preguntaba qué habría en el desván que su padre deseaba que ella viera. Se negaba a subir, pero la curiosidad era grande. Miró su reloj y vio que aún faltaba una hora para que su padre volviera. Si se apresuraba, podría ver de qué se trataba y luego encerrarse en su habitación como hacía los últimos días. Subió las escaleras como si fuera un ladrón en su propia casa. Cuando se dio cuenta, pisó con fuerza, con rebeldía. Al llegar delante de la puerta, posó su mano en el picaporte y esperó unos segundos, afinando el oído por si su padre hubiese llegado. Silencio. Estaba sola.

Al abrir la puerta, la sorpresa de encontrar la estancia vacía salvo por algunos trastos cubiertos en sábanas la decepcionó. ¿Qué era lo que tenía que ver? Le llamó la atención que los grandes ventanales estaban muy limpios y dejaban pasar la luz diurna a raudales. Los suelos llenos de polvo, donde su padre había guardado las cajas de la mudanza, estaban limpios y ni rastro de los cartones. Decepcionada, se internó en aquella gran sala y se acercó a los cristales que dejaban ver gran parte de la ciudad. ¡Lo que daría ella por poder recorrer aquellas calles libremente!

Desilusionada, se dio la vuelta para salir de allí antes de que llegara su padre, como acto de rebeldía y para que él se diera cuenta de que había estado allí, tiró de las sábanas y se quedó sin aliento. Al caer la tela al suelo, quedó a la vista un caballete, un taburete y todos los utensilios necesarios para dibujar y pintar. Sus manos, por voluntad propia, acariciaron las telas, los blocks, los

lápices de colores, los carboncillos; con reverencia abrió un maletín de madera donde había pinturas de todos los colores y pinceles de diferentes grosores.

Sin pensarlo, se sentó en el suelo, cogió un lápiz y el bloc, y empezó a dibujar.

Al llegar Federico a casa, subió a su habitación a cambiarse y vio que, en el piso superior, la puerta del desván estaba abierta, con sigilo, subió y vio a su hija. Estaba con las piernas cruzadas sentada en el suelo. La veía de perfil, pero la sonrisa que coronaba sus labios le hizo saber que había acertado.

A partir de ese momento, Dany se inscribió a clases de pintura en el colegio. Por las tardes se quedaba un par de horas después de terminar las asignaturas y fue más que evidente su talento; en poco tiempo hacía unos cuadros que impresionaban a su maestra.

Resultó tan buena alumna que, al terminar el primer curso que hacía en París, se hizo una exposición con todos los cuadros que habían pintado ella y sus compañeros, y la maestra recibió una oferta por parte de un comprador de arte para comprar los lienzos de Dany.

Desde entonces, Dany no había parado de expresarse a través de sus dibujos y pinturas. La relación con su padre nunca fue un camino de rosas, sin embargo, aprendió a evadirse con la ayuda de sus pinceles.

Federico y ella solo mantenían cortas charlas educadas durante las comidas. Él sabía que su hija estaba resentida por haberla alejado de su madre y de hermana, y por esa razón dejaba que ella viviera en su propio mundo. Satisfecho de que al haberla encauzado hacia ese desahogo que suponía la pintura, ella se encerraba en el desván y no callejeaba como las demás jóvenes de su edad.

Dany, en aquel periodo, con la ayuda de su psicólogo supo que nunca sería capaz de perdonar a su padre; no obstante, llegaría el día en que podría vivir su propia vida lejos del tirano de su progenitor, como lo estaba haciendo su hermana en Kenia.

Por extraños designios del destino, resultó que Dany se convirtió en una joven promesa del arte y, a muy temprana edad, los marchantes querían hacer exposiciones con sus cuadros. Su padre, orgulloso, trataba con los interesados y firmaba los contratos. A ella nada podía importarle menos; hacía lo que le gustaba y, cuando llegaba el día que se inauguraban las exposiciones, acudía con su padre, les hacían las fotos de rigor, unas cuantas preguntas para ensalzar la noticia, y alguna que otra conversación con personas a las que no conocía.

Sus compañeras de la escuela empezaron a mirarla con otros ojos, aquellas que en un principio de llegar a París la trataban como a una paria por no conocer bien el idioma, comenzaron a invitarla a comer con ellas en el comedor de la escuela y la acribillaban a preguntas sobre cómo era estar rodeada de famosos pintores, de verse en los periódicos dominicales como la joven promesa del arte.

Poco a poco forjó buena amistad con varias de ellas. Las otras solo estaban interesadas por si conocía a fulano o a mengano. Con esas no valía la pena perder el tiempo. Gracias a las primeras de ellas, no se volvió loca ni rara de narices. Ellas le dieron una estabilidad a su vida que la ayudó a sobrevivir al pequeño mundo donde le permitía su padre.

Las circunstancias de su vida hicieron que madurara a muy temprana edad; la dureza de su existencia y la tiranía de su padre le enseñaron a valerse por sí misma, a pensar, a soñar en el día en que pudiera verse libre del yugo al que estaba sometida.

Federico había administrado las ganancias de la venta de los cuadros, con lo cual, había sacado buena tajada del dinero ganado por su hija. Dany tuvo suerte de que él, para evadir impuestos, invirtiera parte de los beneficios a su nombre. Gracias a eso podía decidir su futuro. A partir de ese momento ella sería quien se viera beneficiada por su propio trabajo. Ya nadie le podía impedir que trabajara y viviera donde quisiera.

A pesar de su resolución, se sentía desorientada. Había decidido que lo

primero era visitar a su hermana. Ella era mayor y podría aconsejarla. Dany necesitaba de alguien que la comprendiera, que le diera consejos, un hombro en el que poderse apoyar. Su vida con su padre había sido un infierno, siempre negándole que se reuniera con sus seres queridos, desde niña había añorado mucho a su madre y a su hermana. En ese momento, sus sufrimientos habían terminado. ¡Eso esperaba!

Capítulo 2

Estaba a bordo de un avión rumbo a África. Su hermana se había instalado allí hacia unos meses y, en las cartas que había podido interceptar antes de que su padre las quemara, le contaba maravillas.

—Señorita, ¿le apetece alguna cosa? —preguntó la azafata, lo que la sacó de sus perturbadores pensamientos.

Dany la miró unos segundos...

—Lo siento, tenía la cabeza en otra parte. —se disculpó—. ¿Qué me decía?

—¿Le apetece algo? —respondió la auxiliar con una agradable sonrisa.

—Sí, por favor, ¿puede traerme un zumo de naranja?

—Por supuesto.

Dany iba sentada al lado de una mujer de mediana edad que no paraba de molestar a las azafatas pidiéndoles revistas, bebidas y quejándose de todo. Cuando la azafata volvió con su zumo...

—Señorita, ¿es que no tienen otra película con la que aburrirnos? —dijo con voz chillona aquella mujer.

—Señora, hay muchos pasajeros mirando esa película; no podemos cambiarla hasta que termine —respondió la azafata.

La mujer soltó un gruñido.

Dany pensó que aquella chica era una santa. Ella ya la habría mandado a paseo. Volvió a coger la revista, pero cuando encontró un artículo que le interesó...

—¿Vas a Kenia a hacer turismo? —le preguntó la mujer.

—No, voy a visitar a mi hermana —respondió ella sorprendida de que aquella arrogante mujer le dirigiera la palabra, pues hacía ya tres horas que iban una al lado de la otra y no le había dicho ni «hola» al llegar.

—Yo también voy de visita, mi hijo vive en... —Dudó un momento—. Bueno, no recuerdo el nombre. Lo llevo escrito en mi bolso. Es una aldea, mi hijo es médico, ¿sabes?

—Ah... que bien, ¿no? —Dany no sabía que esperaba que le dijera.

—Perdona, creo que no me he presentado, soy Susana... Y tú ¿cómo te llamas?

—Me llamo Daniela, señora.

Odiaba ese nombre. Su padre siempre la llamaba así; todos sus amigos le llamaban Dany. Decirle a esa mujer que se llamaba así era su manera de mantener las distancias. No le gustaba y no deseaba una conversación insustancial con aquella pesada.

—Oh... Por Dios... no me llames señora. Puedes tutearme; no soy tan mayor —respondió la mujer en tono ofendido.

—Está bien... Susana. Es un placer —dijo tendiéndole la mano. Comprendió que ahora ella sería el saco de lamentaciones de aquella insufrible mujer.

—Estas azafatas son unas maleducadas. ¿Has visto cómo me ha contestado cuando le he dicho que cambiara la película?

—Supongo que tenía razón —dijo Dany—. Si todos los pasajeros pudieran pedir la película que quisieran, esto sería un caos. Veríamos cinco minutos de cada una.

Susana la miró con mala cara, no le gustó que no la apoyara.

—Quizás tengas razón —dijo haciendo una mueca. Como no podía explayarse criticando a las azafatas, sus quejas cambiaron de rumbo—. ¿Puedes creer que mi hijo tiene un niño de un año y aún no lo conozco? Seguro que su mujer le impide que me lo traiga a casa —dijo en tono ofensivo.

Dany sintió pena por esa mujer. ¿Qué hijo haría una cosa así? Pero después de reflexionar unos segundos...

—Pero, Susana, me has dicho que tu hijo es médico; seguro que tendrá mucho trabajo y por eso no te ha llevado el niño.

—No, no creo que sea eso. Hace pocos meses estuvieron en España y no vinieron a verme. Seguro que es ella la culpable.

«Culpable» se repitió en su mente Dany, parecía que estuviera juzgando a alguien.

—Tal vez no pudieron.

—No, no... mi hijo nunca me haría algo así. Incluso se casó sin decirme nada. Seguro que ella lo engatusó y apostaría a que no va a gustarme. Por eso mi hijo no la trajo a casa.

Dany estaba anonadada.

—¿Me estás diciendo que no conoces a la esposa de tu hijo?

—No, no la conozco.

—Tal vez no tuvieron tiempo de visitarte.

—Pamplinas, si uno quiere siempre se encuentra tiempo para visitar a su madre. Estoy segura de que ella no le permitió que fuera a verme. Si se hubiese casado con Clara en vez de con esa oportunista... —Dany la miró perpleja—. Hace unos años le mande a la hija de una amiga mía. Estuvieron trabajando juntos un tiempo. Por lo que contó al volver, también sé que hubo un romance entre ellos, pero él la dejó. Estaba muy enamorada, fue un duro golpe para ella. Llegó a casa destrozada.

—¿Le mandaste una novia a tu hijo? —Dany cada vez estaba más estupefacta—. Estás pintando un mal cuadro de tu hijo. Parece un pusilánime que no sabe ni buscarse una mujer.

—No, de ninguna manera, lo que pasa es que es demasiado bueno.

—A veces demasiado bueno quiere decir tonto y, francamente, con lo que estás diciendo...

Susana frunció el ceño ante las palabras de Dany.

—De ninguna manera, mi hijo es muy inteligente, pero tiene especial predilección por los pobres desgraciados.

—Y... me estás diciendo que se casó con esa mujer por pena. —Susana asintió con un movimiento de cabeza—. Si tu hijo es la mitad de inteligente de lo que dices, no creo que se atara a una mujer por esa razón. —Quedó pensativa unos segundos—. No puedo creer que intentarás casarlo.

—¿Qué hay de malo en eso? Por Dios, soy su madre. Con Clara hubiese tenido mejor suerte que con esa.

Dany estaba indignada, Susana estaba diciendo cosas atroces de una mujer a la cual ni conocía. Compadeció a la pobre que se hubiese casado con su hijo. Con la excusa de ir al servicio, se levantó y se alejó. Cuando se cruzó con la azafata:

—Señorita, por favor, ¿hay algún lugar donde pueda sentarme un rato tranquila?

La auxiliar de vuelo le sonrió.

—Por supuesto, puede quedarse aquí si quiere —le indicó el compartimento donde las azafatas lo organizaban todo—. Incluso le voy a servir lo que usted quiera por distraer a aquella mujer. Por lo menos, nos ha dejado un rato tranquilas.

Dany sonrió.

El resto del viaje fue placentero. Las azafatas la dejaron que se quedara allí con ellas y en los momentos en los que no tenían nada que hacer charlaban. Cuando quisieron darse cuenta, estaban aterrizando en Nairobi.

Capítulo 3

Vincent Lozano conducía detrás del jeep de Alex. Eran socios junto con Víctor de una compañía de safaris en Kenia. Llevaba bastantes años desarrollando ese trabajo, primero como empleado de sus socios; luego, cuando Víctor se dedicó a su verdadera profesión —era médico—, se hicieron socios a partes iguales de la empresa.

Disfrutaba con su trabajo. Conocía gente nueva muy a menudo y le gustaba la vida que le llevaba a recorrer Kenia. No siempre llevaban a los turistas a las mismas rutas, lo que hacía que descubrieran lugares de ensueño en muchos de los safaris.

Era un enamorado de la naturaleza y se regocijaba de poder mostrar su país de adopción, pues él era español, como sus socios. Los tres habían coincidido por casualidad allí, trabajando para un jefe que los explotaba y les pagaba una miseria. Cuando Alex se casó y les dijo que iba a buscarse otro empleo, Víctor lo convenció para convertirse en sus propios jefes y montar la empresa de guías, y con ellos se llevaron a Vincent.

En pocos meses, superaron a su antiguo patrón. Tenían mucha más demanda, y los turistas que recorrían el país con ellos quedaban más satisfechos por su manera de actuar, lo que hacía que recomendaran su empresa y en algunas épocas del año tenían que contratar otros conductores para poder dar el servicio a todos los interesados.

Vincent era un hombre que gozaba de la vida. Su apostura y su atractivo

hacían que muchas de las mujeres que conocía en los safaris se le insinuaran sin ningún pudor pero, sabiendo la mala publicidad que podía proporcionarles el que se liara con cualquiera de sus clientas, las apartaba con amabilidad de su lado. Luego aprovechaba el tiempo que pasaba en Nairobi entre un viaje y otro. Nunca le había faltado compañía femenina.

A veces envidiaba a sus compañeros. Los dos estaban felizmente casados; sin embargo, él había sufrido el intento de seducción de muchas mujeres, las cuales viajaban con sus maridos y lo único que buscaban era un buen revolcón a las espaldas de sus cónyuges. Al ser testigo de primera mano de aquellas frescas, que no hubiesen dudado en coronar a sus maridos si él accedía, decidió que el matrimonio no estaba hecho para él. Nunca iba a casarse. Sus amigos habían encontrado a las únicas mujeres sobre la faz de la tierra por las que se podía soñar con un futuro común y con hijos.

Alex detuvo el jeep en uno de los lugares donde podrían disfrutar de una espléndida puesta de sol. Les dijo a los ejecutivos que en esa ocasión habían contratado sus servicios que pasarían allí la noche. Los tipos estaban contentos, se les veía en sus rostros. Ese día habían visto varias manadas a las que no pararon de hacer fotos. Eran un trío bien avenido y locuaz que, según habían contado una de las noches alrededor de la fogata, estaban allí para desestresarse de un trabajo agobiante siempre encerrados en sus respectivas oficinas. A Vincent le había recorrido un estremecimiento al oírlos hablar de un trabajo semejante; él no podría hacerlo: odiaba no poder disfrutar del aire libre, del sol, de la lluvia, del viento...

Aquella noche tomándose un café junto a la hoguera con Alex, cuando los turistas se habían acostado, su socio le decía que echaba de menos a su mujer. Sandra se había convertido en el universo de Alex, y él no trataba de ocultar lo que sentía por ella. A veces, Vincent pensaba que esas charlas estaban dedicadas a darle envidia, para que se buscara una pareja estable. Algo que no ocurriría, pensaba mientras escuchaba a Alex.

Cuando fue a acostarse, pensó en que faltaban pocos días para finalizar

aquel safari. Recordó a la camarera del local que habían abierto hacía poco al lado de la oficina, aquella morenaza que prometía horas y horas de pasión, sin esperar nada a cambio. Al cerrar los ojos, vio con toda claridad los ojos y los labios de aquella preciosidad, las puertas al mismísimo paraíso. Se durmió con aquella estampa y tuvo unos sueños de lo más intensos.

Capítulo 4

Federico Roca estaba que se subía por las paredes. Daniela se había ido dejándole una insignificante carta en la que le decía que ya era mayor para que él gobernara su vida. Que a partir de entonces sería ella la que decidiría su presente y su futuro. Lo que lo enfureció más fue como había terminado la carta.

...Si te agradeciera algo de lo que has hecho por mí, mentiría. Me apartaste de mamá y Claudia. Te aseguraste de que no volviera a verlas ni a tener contacto con ellas a través de cartas, pero ahora voy a ser sincera y decirte algo: he visitado a mamá sin que tú lo supieras y también he mantenido contacto con Claudia, claro que eso ya lo sabías y hacías desaparecer las cartas, no sé si antes o después de leerlas. Cuando me di cuenta le di otra dirección. Habrás notado que ya no llega correo del extranjero.

El colmo fue cuando no me dejaste asistir al funeral de mamá. Así que te deseo la misma vida solitaria que planeaste para ella.

Y para no seguir siendo una carga para ti, cosa que nunca he sido, pues tú sabes muy bien que me he ganado el pan desde muy joven. No hace falta que te preocupes por mí, ni por mi carrera. A partir de ahora yo dirigiré mi vida.

Daniela

¡Sería desagradecida! ¡La muy desgraciada! Si en ese momento disponía de dinero, era gracias a lo que él había invertido, y si había ganado pasta había sido gracias a él que había encarrilado su vida.

Había acudido a visitar a su abogado. Debía conseguir que su hija volviera. El letrado le dio las peores noticias, pues le dijo que su hija antes de irse se había ocupado de estampar su firma en los documentos de las inversiones que había hecho a su nombre. A partir de ese momento, él no podía meter mano en los fondos.

«¡Por todos los demonios del infierno!», pensó derrotado. Justamente se había quedado sin trabajo unos meses atrás y de lo único que disponía era de los ingresos que ella conseguía con la venta de los cuadros.

Había estado barajando la posibilidad de volver a España pero, por lo visto, al retrasar la decisión, la había cagado.

En su desesperación, fue a ver al marchante de arte que se había encargado siempre de los cuadros de Daniela y este lo recibió de malos modos, pues se había enterado de que su hija estaba haciendo tratos con otro.

Todo su mundo se estaba hundiendo bajo sus pies. Federico no era hombre considerado, nunca lo había sido. A la cabeza solo le venían furiosas maldiciones y el pensamiento de que tenía que hacerle pagar a aquella mocosa por su desvergüenza.

Desde luego, estaba seguro de que no toda la culpa era de ella, seguro que su hermana había contribuido a que Daniela tomara la decisión de abandonarlo.

Después de aquellas dos visitas que lo habían encolerizado, se metió en un bar y se dispuso a emborracharse. ¿Por qué la vida era tan injusta con él? Pensaba entre copa y copa. Todo comenzó cuando Claudia se empeñó en estudiar periodismo y en ese momento Daniela pretendía seguir los pasos de su hermana y dejarlo en la estacada.

Estuvo toda una semana entre borracheras y resacas hasta que una terminó con sus huesos en el calabozo. Había armado una bronca en un bar porque se habían negado a servirle más whisky y había terminado a tortas con el encargado de seguridad del local.

Aquello lo hizo recapacitar. Cuando lo soltaron, se fue a su casa. No podía seguir con aquel ritmo de vida; además, solo le quedaba el activo de su cuenta corriente que se quedaría muy pronto en números rojos al vivir en aquel barrio adinerado y no tener ingresos.

Adiós a su activa vida social, a sus noches en brazos de alguna camarera ligera de cascos que lo único que buscaban era la cuantía de sus propinas. *Au revoir* a las mujeres que lo juzgaban por su ropa a la última moda y se lanzaban a sus brazos para recoger las migajas.

Su hija lo había privado de su cómoda existencia.

En esos momentos de lucidez, hizo un repaso de lo que había sido su vida. Se había casado con Olga, su mujer, la madre de sus hijas, por su exótica belleza: su tez morena, su melena rizada y negra como la noche, junto con los ojos almendrados y los labios gruesos y pecaminosos, eran la envidia de cualquiera. Cuando la conoció, se apresuró a conquistarla. No había otra igual y tenía que ser suya. Siempre le habían gustado las mujeres hermosas y esta era una fuera de serie. El modo de mirarlo, el brillo de sus bellos ojos negros decía más que las palabras. Estaba totalmente enamorada de él. En cambio, él no la amaba, pero era la envidia de todo el mundo. Justo lo que quería. Nunca había sido un hombre tierno y no pensaba serlo jamás. A las mujeres había que atarlas corto. Eran seres débiles que se derretían ante la zalamería de un hombre. No iba a cometer ese error con Olga.

Lástima que ella no tuviera suficiente con quedarse en casa a cuidar de la familia. Él se ocupó de que se quedara pronto embarazada. El sueño de Olga siempre había sido trabajar con niños, incluso se había sacado el título de magisterio infantil. Él se ocupó de que lo guardara en un cajón y se ocupase de sus hijas. No iba a permitir que ella pasase horas fuera de casa con

compañeros que evidentemente le tirarían los tejos. Al principio ella se reveló; sin embargo, cuando empezó a engordar por el embarazo de Claudia y a no sentirse bien, dejó de hacerlo.

Sabía que Olga no había sido todo lo feliz que ella esperaba, pero se había resignado. No se quejaba y llenaba las horas con el cuidado de sus hijas. Y nunca se negó cuando él la reclamaba en la cama. Era consciente de que ella había esperado mucho más de él, no obstante, nunca se quejó, y el amor que en su día sintió se fue apagando como la llama de una vela.

Cuando su hija Claudia les dijo que pensaba estudiar periodismo, todo se vino abajo. Reconocía que había perdido los papeles. En aquellos tiempos, la empresa inmobiliaria en la que trabajaba le estaban exigiendo un cupo de ventas imposible; el país estaba en crisis y apenas se vendían casas. Sus nervios, la ansiedad y un futuro incierto lo hicieron reaccionar mal; no supo engatusarla, y la muchacha, después de múltiples peleas, se fue de casa.

La sociedad había evolucionado mucho con respecto a las mujeres; ya no era como antes. Sin embargo, él seguía teniendo sus ideas, conservando sus creencias de que era una tontería pagar por una carrera ¿qué pasaría cuando su hija se casara y tuviera un hijo? Sería el dinero peor gastado de su vida. Pero con tres mujeres en casa tendría que haber sido más inteligente y hacer valer su juicio. Hubiese tenido que tratar el problema con más mano izquierda. Su mujer se puso por medio, cuando lo que él esperaba era que lo apoyara a él. ¿Cómo iba a hacerlo cuando él se había encargado de cortarle las alas a ella? Era evidente que no pensaba permitir que hiciera lo mismo con sus hijas.

Sabía que, si su esposa hubiese estado al corriente de lo que ocurría en la inmobiliaria, se habría empeñado en trabajar, en sacar ella adelante a toda la familia. Olga era así: no se le caían los anillos por nada. Era capaz de ponerse al frente, como así lo hizo cuando se separaron y salió adelante. ¿Cómo habría quedado él si su mujer se hubiese hecho cargo de todo? No lo podía permitir.

Entre unas cosas y otras, al final su esposa exigió la separación.

¿Cómo se atrevía Olga a pedirle el divorcio? Era tal la rabia que sintió, la

furia que lo envolvía aquellos días, que no lo pensó dos veces, pidió la custodia de Daniela por la falta de recursos de su exmujer y se la llevó a París. Era la justa venganza por apartarlo de su lado. Aún que hacía unos días que se enteró de que ellas habían estado en contacto. Malditas.

Cuando Olga murió, no dejó que su hija fuera al funeral. Quiso demostrarle que el que mandaba era él. En esos momentos se daba cuenta de que su hija había heredado su veta conspiradora. Y al fin le dio el golpe de gracia al desaparecer de la noche a la mañana.

Pero no iba a permitir que fuera ella quien dijera la última palabra.

Capítulo 5

Dany recogió su equipaje y cogió un taxi que la llevó a la agencia de guías del marido de su hermana. Le preguntó a un muchacho que tendría su misma edad, que estaba sentado detrás de un escritorio, si podían llevarla a la aldea donde vivía su hermana. Él le sonrió.

—Si esperas un segundo, se lo preguntaré a mi jefe —dijo mientras se dirigía a una puerta que estaba cerrada.

Ella asintió con una sonrisa.

Cuando el tipo volvió le dijo que, si no le importaba esperar unos minutos, su jefe la llevaría.

El muchacho dijo llamarse Juan; era muy bien parecido, era alto y su pelo castaño, con unos alegres ojos de color miel. Tenía la palabra fácil, y en pocos minutos estaban hablando como si se conocieran de toda la vida. El corazón de Dany rezumaba alegría, que diferente le estaba resultando la vida lejos de su padre. Nunca había podido tener una charla con un desconocido como la que estaba teniendo en ese momento.

Al cabo de un rato salió de su oficina un hombre que sonrió a Dany. Que sonrisa tan atractiva, pensó ella. Era un hombre muy guapo, con la tez morena y unos preciosos ojos grises.

—Hola, soy... —Iba a tenderle la mano y sus ojos se abrieron asombrados—. ¡Dios! ¡Mi madre! —exclamó mirando por encima del hombro de Dany.

Ella y Juan se giraron al unísono, mientras entraba en la oficina una mujer

como si fuera la reina del mundo. Dany abrió los ojos desorbitadamente al reconocer a Susana.

—¡Madre! —exclamó anonadado el dueño de aquella empresa de guías.

—Sí, hijo, ya que tu no vienes a casa, me he visto obligada a viajar a este... país para verte. —La pausa que hizo Susana antes de decir país, demostró a todos lo poco que le agradaba. ¡Y aún no lo conocía!

Él se la quedó mirando, ¿a qué habría ido allí? La relación entre ellos era nula y por sus palabras era evidente que no había ido para hacer turismo.

Dany sabía por las cartas de su hermana que aquel negocio de guías era del marido de su hermana y otros dos socios. También sabía que su cuñado era el médico de la aldea donde vivían y de los alrededores. Rezó una plegaria para que este no fuera él y que su hermana no fuera la nuera de esta despreciable mujer.

—¿No vas a dar un abrazo a tu madre? —lo reprendió esta.

Él se acercó a ella y le dio un abrazo tan desprovisto de afecto que Juan y Dany se sintieron incómodos y miraron hacia otro lado.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Ya te lo he dicho, hace tanto tiempo que no me visitas que te echaba de menos. —Él alzó las cejas con incredulidad—. No hace falta que me mires así, o es que no tengo derecho a visitar a mi hijo.

Dany observaba a ese hombre y se dio cuenta de lo escéptico que se sentía. Era evidente que la relación entre madre e hijo no era buena. Por la mirada que les lanzó a ella y a Juan supo que, si se hubieran encontrado a solas, le habría dicho algo más.

—Sí, sí, desde luego —dijo con la mandíbula apretada.

—Además, aún no conozco a mi nieto —añadió mostrándose indignada.

Él no acababa de creer lo que le decía su madre. Todo lo que recordaba de ella eran sus manías. Solo pensaba en arreglarse, en embellecerse. Desde que su padre había muerto siendo él un chaval, su madre solo se había dedicado al placer de dirigirlo todo. Todo lo que hacía estaba perfectamente planeado, a

las reuniones donde asistía, con quien iba a encontrarse, siempre trataba de seducir a los hombres por el dinero que tenían en sus cuentas. Su madre nunca había entendido por qué siendo médico había dejado su empleo en un prestigioso hospital de España y se había ido a aquel remoto país. Siempre que podía le reprochaba que ella no podía hacer como sus amistades, que presumían que sus hijos eran tal o cual... y que ganaban tanto dinero.

El trayecto hacia la aldea se hizo largo. Dany estaba ansiosa por reunirse con su hermana. Ella no sabía que iba; quería darle una sorpresa, pero en ese instante que el momento llegaba sentía cierta ansiedad.

Él estaba mortificado por las continuas quejas de su madre. Había defectos en todo, en el camino, en su forma de conducir, en el calor que hacía... Cuando al final llegaron al pueblo, los dos soltaron un suspiro.

—Creo que con todo el follón no te he preguntado por qué venías aquí —le dijo a Dany.

—He venido a ver a mi hermana.

—¿Es voluntaria? —quiso saber fijándose por primera vez en aquel rostro que parecía que conociera. La joven tenía una larga melena negra rizada, que llevaba atada con una trenza en la espalda, unos preciosos ojos negros, y un joven cuerpo de piernas larguísimas.

—Una cosa parecida —contestó consciente de un mal presentimiento. En la agencia Juan le había dicho que su jefe la llevaría, ¿sería este su cuñado?

—Dime quién es. Te ayudaré a buscarla.

En aquel momento Susana volvió a quejarse por la falta de atención de su hijo.

—Ocúpate de tu madre; yo ya encontraré a mi hermana.

Él sonrió con fastidio. Se había ido de España porque le apetecía recorrer mundo, conocer otras culturas pero, ante todo, para alejarse de su madre. De sus excentricidades, de su manía de controlarlo todo, de inmiscuirse en su vida. Él era adulto, hacía ya muchos años que había dejado de ser un niño y deseaba vivir su propia vida. Por ello se había liado la manta a la cabeza y se

había ido.

Hacía años que no la veía, y no terminaba de creerse que hubiera recorrido medio mundo para visitarlo, ni para conocer a su nieto, como había dicho. En esa visita había gato encerrado.

Dany miró en derredor, vio a una mujer joven que la estaba observando. Se acercó a ella.

—Por favor, ¿podrías indicarme dónde puedo encontrar a Claudia Roca?

La mujer sonrió.

—Soy su hermana. Ella no sabe que he venido. Quería darle una sorpresa.

—Yo soy María; no sabía que Claudia tuviera una hermana —dijo extrañada—. Ven te llevaré hasta ella. Normalmente, a esta hora está paseando con su pequeño. —La joven le sonrió y le estuvo contando lo encantador que era su sobrino. Dany le preguntó sobre la vida en aquellas tierras, y la mujer se regocijó del interés que mostraba por todo lo que veía. En pocos minutos se sintieron cómodas la una con la otra.

María era algo mayor que Dany. Tenía una manera de hablar muy dulce. Su mirada brillante y tierna rodeada de aquella piel morena, de su cabello negro y de unos labios que no dejaban de sonreír la hacían una mujer muy guapa. Por el tono que empleaba cuando se refería a Claudia, se dio cuenta de que era querida por aquella gente, y su corazón se llenó de júbilo.

—Mira, allí están... te dejo... No quiero ser indiscreta. —María se había dado cuenta de la ansiedad de aquella muchacha y no quería parecer una intrusa.

Dany sonrió con deleite. Al fin conocería a su pequeño sobrino. Estuvo andando lentamente unos pasos hacia unos frondosos árboles donde veía a una mujer sentada en el suelo con las piernas cruzadas. De allí se oían risas de bebe, y una voz dulce que canturreaba una canción.

Las dos hermanas se miraron en el mismo instante, Dany aprensiva a este reencuentro, Claudia sorprendida, se levantó. La primera corrió hacia su hermana y se detuvo a un par de pasos, a la mayor no le salían las palabras de

la boca. Cuando por fin salió de su estupor, grito:

—¡Dany! —Las dos abrieron los brazos al mismo tiempo y se fundieron en un abrazo. A Claudia se le llenaron los ojos de lágrimas por la emoción—. Deja que te mire —le dijo a su hermana—. Estás... cambiada, cielos, estás radiante. —Volvieron a abrazarse, riendo y llorando al mismo tiempo—. ¡Qué agradable sorpresa!

—Estoy feliz de verte —dijo Dany—. Y este pequeño hombrecito debe de ser mi sobrino. —Rio cogiendo al niño en brazos y haciéndole carantoñas. Rodó con él y el pequeño estalló en carcajadas.

—Y pronto tendrás dos sobrinas más. —le anunció palmeándose su abultada tripa.

—¿Gemelas?

—Sí, son dos niñas, pero... Estoy tan feliz de que estés aquí. —Claudia aún no podía creérselo.

Estaban tan felices. Tenían tantas cosas que contarse que hablaban las dos a la vez.

No oyeron acercarse a Víctor y a su madre. Él se detuvo a unos pasos de ellas. Claudia inmediatamente reparó en él.

—Amor mío, no pensé que regresarías hasta mañana —dijo acercándose a él y besándolo en los labios.

Susana se puso ceñuda.

—Daniela, ¿aún no has encontrado a tu hermana? —interrogó ignorando a Claudia a propósito.

Ella la miró, sabiendo que sus plegarias no habían sido escuchadas.

—Sí, ya la he encontrado, y parece que es tu nuera. —La mandíbula de Susana se contrajo por una décima de segundo. Dany lo notó, y también supo lo que ella estaba pensando: había hablado demasiado en el avión.

—Cielo —dijo Víctor con calidez en la voz—. Esta es mi madre. —Hizo una pausa—. Madre esta es Claudia, mi esposa.

Claudia se acercó enseguida a Susana y le dio un afectuoso abrazo.

—¡Que agradable sorpresa! —dijo con una gran sonrisa en los labios—. Me alegra tanto poder conocerla al fin.

—Es un placer —contestó la aludida mirando a Dany.

—¿Vosotras ya os conocíais? —preguntó Claudia mirando a su hermana.

—Sí, hemos hecho el viaje juntas. —Hizo una pausa—. Ha sido una experiencia reveladora. —Acabo con intención.

—Entonces ya conoces a mi marido.

—No, no hemos sido presentados —dijo sonriendo—. Yo soy Dany, su hermana.

—Vaya, mi cuñada. —Víctor se acercó a ella sonriendo. La cogió por los hombros y la besó en las dos mejillas—. Ahora sé por qué tu rostro me resultaba tan familiar. — Dany era la réplica de su hermana, más delgada, eso sí. El cuerpo de Claudia había quedado más curvilíneo después de su primer embarazo—. Bienvenida. —En sus labios se dibujó una gran sonrisa.

Dany veía tanta calidez entre su hermana y su marido que se sintió feliz por ellos. Aunque en ese momento tenían a una arpía entre ellos.

Claudia cogió al pequeño en brazos.

—Esta es tu abuela, mi amor.

—Ya te he dicho muchas veces que no debes hacer esfuerzos —dijo Víctor a su mujer con ternura—. Ven con papá machote.

Susana lo miró atentamente.

—¿Estás seguro de que es tuyo? No se parece en nada a ti —afirmó con un rictus de desagrado en la boca.

Todos la miraron pensando que estaba bromeando. El niño era la viva imagen de su padre. Víctor frunció el ceño. El insulto hacia su mujer lo enfureció.

—Madre, si has venido a causar problemas, ya puedes coger tus cosas y marcharte por donde has venido.

Claudia se dio cuenta del antagonismo entre madre e hijo y quiso hacer de intermediaria.

—Cariño, tu madre lo ha dicho en broma. Debes estar muy cansado por no advertirlo. Vámonos a casa. Acomodaremos a nuestras visitas y podrán refrescarse. El viaje ha sido muy largo y deben estar cansadas.

Todos se dirigieron a la casa. En realidad, no se la podía calificar así, pues era el refugio que servía de almacén, enfermería, comedor comunitario... Era una construcción larga y dividida en salas, cada una con un propósito específico. También había habitaciones, y Víctor había habilitado el fondo de la construcción en su vivienda. Un par de estancias separadas por un muro y con salida al exterior con un pequeño porche, para cuando Claudia se ponía a trabajar y la agobiaba el calor.

Dany sonreía encantada, mientras que el ceño fruncido de Susana era muy elocuente.

—¿Esto es vuestra casa? ¿Un viejo cobertizo? —Susana mostró pavor ante lo que estaba viendo y lanzó una mirada a su hijo que este interpretó a la perfección.

—Sí, madre, vivimos aquí y somos muy felices —dijo pasando un brazo por encima de los hombros de su mujer.

—¿Y dónde se supone que voy a alojarme?

—Supongo que quedará alguna habitación libre; si no fuera así, tendrías que dormir en el suelo.

Víctor lo dijo a propósito. Tenían unas cuantas habitaciones para cuando los safaris se detenían en la aldea y sus turistas pasaban la noche allí. Ocultó una sonrisa besando a Claudia en la cabeza.

Mientras había vivido con su madre, ella le había hecho la vida imposible. Se había alejado de España por ese motivo, pero en ese momento era ella la que había ido allí y no iba a dejarse mangonear.

A pesar de ver el antagonismo, algún problema no resuelto entre madre e hijo, Claudia quería darle a la mujer la oportunidad de congraciarse con Víctor.

—Tranquila, Susana, hay habitaciones. No son nada del otro mundo. Ya te

habrás dado cuenta de que aquí no se nada en la abundancia.

—Con lo bien que podría vivir mi hijo en España —murmuró por lo bajini.

Dany la oyó y carraspeó para que se diera cuenta. La otra la miró apretando la mandíbula. ¡Qué mala estrella la suya! ¿Por qué había tenido que compartir el viaje con la hermana de su nuera?

—¿Y no podría dormir aquí con vosotros?

—No, estarás más cómoda en una de las habitaciones. —Víctor no quería tener tan cerca a Susana. Conocía sus manías y sabía que, si le daba la mano, le tomaría el brazo. Además, esa visita sorpresa le tenía la mosca detrás de la oreja.

Claudia no se iba a oponer a la decisión de su marido, de hecho, allí no había espacio para los tres y las maletas que había visto en la puerta, las cuales dudaba que fueran de su hermana.

—Amor, acompaña a tu madre; yo ayudaré a Dany con sus cosas.

—De acuerdo, pero no hagas esfuerzos —dijo acariciándole la tripa abultada.

—¿Estás embarazada?

Claudia miró a Susana sorprendida. Su estado era bastante notable; solo le faltaban dos meses para dar a luz. Pensó que su suegra tenía mucho sentido del humor o le fallaba la vista.

Claudia estaba entusiasmada por la llegada de Dany, hacía demasiado tiempo que no se veían, tenían mucho que contarse.

—Dany —la llamó Víctor—, no dejes que haga esfuerzos.

—No te preocupes, cuñado.

Le dedicó una sonrisa muy parecida a las de su mujer; él se la devolvió. Pensó en lo oportuno de la visita de la hermana de su mujer. Su esposa le había hablado mucho de ella. Era evidente que se querían mogollón, y en esos momentos en los que Claudia tenía las hormonas revolucionadas le iría bien tenerla a su lado.

Capítulo 6

Las dos hermanas no podían dejar de hablar, incluso durante la cena, prestaron poca atención al resto de la gente que comía allí. Víctor estaba mortificado por las continuas quejas de su madre, todo estaba mal. Cuando le había dicho que allí comían en un comedor comunitario, la mujer había puesto el grito en el cielo.

—¿Es que no podías buscarte una mujer que supiera cocinar?

—Mi mujer sabe cocinar, madre. Lo que pasa es que es más económico para el poblado hacerlo de esta manera —contestó reprimiendo su mal humor.

Cuando terminaron de cenar, Dany se levantó para ir a buscar café para todos; trajo una jarra llena, varias tazas y un vaso de leche para su hermana.

—A mí me apetece más un vaso de leche —anunció Susana con impertinencia.

—Toma, bébete la mía —le ofreció Claudia—. Yo quisiera tomar café, pero tu hijo no me deja. —Miró sonriendo a Víctor. Este puso un brazo por encima del hombro de su mujer, la atrajo y le besó la punta de la nariz.

Susana los miró frunciendo el ceño.

—Dany... ¿Sabes algo de mamá? Le he mandado dos cartas y aún no me ha respondido. Lo encuentro raro porque antes me llegaban muy asiduamente. La primera pensé que se había perdido, pero... dos seguidas...

El semblante de Dany cambió. Claudia lo notó.

—¿Qué pasa?

Cuando había ocurrido el accidente en el que había perdido la vida su madre, Dany le preguntó a su padre si lo sabría su hermana —este debía tener la dirección, pues le había ocultado varias cartas, estaba segura de que las leía antes de deshacerse de ellas y, con lo controlador que era, indudablemente estaba al tanto de dónde vivía su hija—, y este le contestó que había sido Claudia quien le había hecho saber del desgraciado incidente. Era evidente que le había mentado, pero... ¿por qué? Les había robado hasta el poder despedirse de su madre. Una gran amargura se le enroscó en el estómago, amenazando con hacerla vomitar lo que había cenado.

La imagen que se le presentó ante los ojos de su madre siendo enterrada sin ninguna de sus hijas al lado le destrozó el corazón. ¡En qué hombre tan mezquino se había convertido su padre! Ningún otro habría permitido que la persona que les dio la vida, que las trajo a este mundo, fuera enterrada sin sus seres queridos.

Durante los seis años que había vivido con su padre en París, había notado cómo le había cambiado el humor. Mientras había vivido en España con su mujer y sus dos hijas había sido un hombre chapado a la antigua, queriendo controlarlo todo, y lo conseguía. En Francia, la cosa cambió. Tal vez, influyó que ella apenas le dirigía la palabra, pero cada vez, más a menudo, salía y volvía a altas horas de la noche. En los días sucesivos a esas salidas, se mostraba más comunicador, cosa que a ella le daba igual; se mantenía en sus trece de «como menos hablaran, menos discutirían». Dany creció a fuerza de palos que le daba la vida... no, su padre. En esos momentos, más que nunca, se daba cuenta de la clase de mala persona en que se había convertido.

—¿No sabes...? —Tenía un nudo tan grande en la garganta que le faltaba el aliento—. Será... —Nunca había insultado a su padre, pero en ese momento se le ocurrieron varios epítetos que le irían como anillo al dedo.

Dany sintió como el corazón se le encogía. Debía decírselo a su hermana, pero en su estado... Miró a Víctor y este pudo darse cuenta de que lo que tenía que decir no sería agradable.

—Mamá murió hace tres meses —murmuró con lágrimas en los ojos.

—Oh... Dios... ¿Qué pasó? —exclamó Claudia mientras el color abandonaba su rostro. Su marido la apretó contra su pecho.

—Tuvo un accidente de tráfico.

Todos quedaron en silencio. A Claudia se le estaban llenando los ojos de lágrimas.

—Perdonadme —susurró mientras se levantaba, Víctor con ella.

Dany también lo hizo y los tres salieron del comedor. Una vez en la calle, Claudia dio rienda suelta a su pena y lloró contra el pecho de su esposo. Él vio en los ojos de su cuñada una terrible soledad y angustia. Sabía por su mujer que había estado viviendo con un padre frío y autoritario, que la tenía apartada de sus seres queridos. Alargó el brazo y la atrajo hacia él para que desahogara su pena. Las hermanas se abrazaron y él las rodeó con sus brazos.

Pasado un rato, Claudia empezó a calmarse. Por la cabeza le pasaban los buenos momentos que habían pasado juntas y también los malos, las discusiones con su padre cuando ella había decidido estudiar. Siempre había contado con el apoyo de su madre. Cuando quedó embarazada y le dijo que se iba a otro país para poder tener al niño y trabajar en lo que la apasionaba, la había apoyado. Se sintió feliz al ser abuela. Recordó el día de su boda, que fue cuando su madre conoció a su marido y a su nieto. Se la veía pletórica con el niño en brazos.

Claudia sabía que su madre había sido feliz después de separarse de su padre, pero en todas sus cartas se traslucía la añoranza que la embargaba por sus hijas; se sintió culpable por no haber pasado más tiempo con ella. Si después de acabar la carrera se hubiese ido a vivir con ella...

—Murió sola —murmuró Claudia acongojada.

—Tranquila, cariño, no sufrió —trató de consolarla su hermana entre sollozos.

Dany tuvo a Claudia abrazada hasta que esta se calmó.

—Víctor llévala a la cama; han sido muchas emociones en un solo día.

Él hizo lo que le decía su cuñada.

—¿Y tú? —La miró mientras abrazaba a su mujer y veía las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Estaré bien, no te preocupes. —Dany se fue a su habitación y se puso en la cama. Lloró hasta quedarse dormida.

Susana estaba rabiosa; la habían dejado sola en medio de desconocidos, que la miraban y le sonreían, pero ella se creía superior a toda aquella gente y no les devolvía sus muestras de simpatía. Pasado un rato, se dio cuenta de que ninguno de los tres iba a volver. Se levantó y salió del comedor. Estaba furiosa con su hijo por haberla dejado allí. Pensó en su nuera y en su hermana: habían perdido a su madre, pero acaso... ¿No había accidentes todos los días? ¿Por qué armar tanto alboroto? Así era la vida.

Muy tiesa, se dirigió a su habitación. Desde su puerta veía al final del largo pasillo, donde vivía su hijo. Miró a un lado y a otro y se acercó. Oyó como Víctor le susurraba palabras de consuelo a su mujer y estuvo a punto gruñir de rabia. ¡Primero era su madre, que lo había traído al mundo! ¿Qué se había creído aquella pusilánime? Ya se encargaría ella de ponerla en su lugar.

Se acostó en aquella pequeña habitación pensando en que debía ser astuta. Su hijo bailaba al son que aquella mujerzuela le cantaba. Ya se encargaría ella de que las cosas cambiasen. Pero no debía olvidar que en el avión había hablado de más. Esa pequeña mojigata le podía echar todos los planes a perder. Tenía que engañarlos a todos para conseguir que su hijo la tratara como debía y volviera con ella a España, que era el lugar donde debía estar: al lado de su madre.

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Dany se levantó temprano. Estaba ansiosa por recorrer los alrededores. Había llevado en su equipaje varios lienzos y su maletín de pintura. Se dio una ducha y se fue a tomar café donde habían cenado donde la noche anterior. Era temprano y no había demasiado movimiento. María, la muchacha que había conocido la tarde anterior, estaba allí.

—Buenos días, Dany, ¿cómo has dormido?

—Perfectamente, gracias —dijo con una sonrisa—. Estaba tan cansada que creo que me hubiese podido dormir colgada de un árbol. —Las dos rieron. María iba a preparar café—. Déjame ayudarte —se ofreció ella.

—De acuerdo, entonces, yo prepararé bollos.

Las dos bromearon y rieron mientras trabajaban. Cuando lo tuvieron todo preparado para el desayuno, se sentaron a comer.

Víctor las sorprendió riendo.

—¿Cómo te sientes? ¿No has dormido bien que estás levantada tan pronto? —le preguntó a su cuñada.

—Sí, he dormido como un lirón, pero es que aquí la energía se respira en el aire... —afirmó mientras le servía una taza de café—. Tengo tantas ganas de ver esta tierra... Por lo que me ha contado mi hermana en sus cartas, se te mete en la sangre y no hay manera de sacarla. Estoy empezando a creer que eso es cierto.

Víctor sonrió.

—Claudia es muy apasionada; no sé si se enamoró antes de mí o de esta tierra.

Los tres rieron y bromearon mientras desayunaban.

—Ahora me iré a hacer un poco de *footing*. —Dany rio—. Pero después de este desayuno, no sé si llegaré demasiado lejos.

—No te alejes mucho; puedes encontrarte con animales salvajes, además de perderte.

—Vale.

Cuando se disponía a salir.

—Dany, una pregunta, ¿te vacunaste antes de venir?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Tenía que hacerlo?

—Sí.

—Pues con las prisas, creo que no me informé bien.

—Ven, arreglaremos eso antes de que cojas alguna enfermedad.

—Bien.

Víctor se esperaba resistencia. Con Claudia era siempre una odisea cuando tenía que vacunarla.

Fueron hacia la sala donde él atendía a los enfermos.

—Tiéndete en la camilla —dijo su cuñado mientras buscaba en unos armarios.

—¿Tienes miedo de que me desmaye? —bromeó ella.

—Es posible.

—¿Tan malo eres poniendo vacunas?

Víctor la miró enarcando una ceja. A ella se le escapaba la risa.

—Eres como un soplo de aire fresco, me gusta. —Dany se había subido a la camilla a horcajadas, sus largas piernas le colgaban por los lados. Él sonrió.

—Estás en forma. ¿Haces mucho ejercicio?

—Sí, si no lo hiciera, me pondría como una vaca. Tengo un trabajo demasiado sedentario.

—Y... ¿cuál es ese trabajo?

—Soy pintora. —Víctor levantó una ceja sorprendida—. He hecho varias exposiciones.

—¿Con éxito?

—Sí, hace muchos años que me dedico a pintar.

—Es sorprendente, las dos hermanas tan iguales en unos aspectos y tan distintas en otros.

—¿Ah... sí? Yo siempre he creído que éramos completamente iguales.

Víctor la miró durante unos segundos.

—Tal vez esté equivocado. ¿Quieres que te ponga dos y mañana otras dos?

—¿De verdad puedo coger alguna enfermedad?

—Sí.

—Entonces terminemos de una vez con todas, si puede ser.

Mientras él iba preparando las vacunas y la iba pinchando:

—Sabes... es muy refrescante tenerte aquí. A Claudia le va a ir muy bien; últimamente está un poco nerviosa.

—¿Por qué?

—Por el parto, sabemos que puede haber complicaciones.

—Tú sabrás qué hacer cuando llegué el momento.

La mirada de Víctor voló hacia la de su cuñada. La confianza que ella le mostraba era halagadora. Aquella joven que no hacía ni veinticuatro horas que lo conocía lo hacía sentirse fuerte, igual que su mujer.

—¿Cómo ha pasado la noche? —se interesó por su hermana—. Quizás no debería haberle dicho... —Víctor vio pesar en los ojos de Dany—. La verdad es que yo creía que ella ya lo sabía, mi padre... —se le estaba cortando la voz.

—No te preocupes; Claudia está muy emocional debido al embarazo; supongo que le llevará un tiempo asimilarlo. Pero si estáis juntas todo se le hará más llevadero. Nunca me lo ha dicho, pero sé que te ha echado mucho de menos.

Dany asintió con la cabeza; ella también había añorado mucho a su hermana. Había tomado la decisión correcta al recorrer medio mundo para estar con ella.

Claudia, por otro lado, estaba lidiando con su suegra. Pasó por su habitación para preguntarle si había dormido bien y acompañarla a desayunar.

—Si te vistes, te espero.

—¡Que te crees tú eso! Yo almuerzo en la cama —habló como si fuera la mismísima reina de Sava.

—Susana, allí tendrán preparados bollos recién hechos y café o leche, lo que prefieras —hablaba con paciencia, como lo hacía con su hijo.

—Yo estoy acostumbrada a desayunar con bata, y no pretenderás que vaya a ese sitio así —vociferó señalando una bata que, a juicio de Claudia, era más bien para tratar de seducir a alguien. No se imaginaba que pudiera ir cómoda con tantos metros de seda revoloteando a su alrededor.

Claudia pensó que la mujer era muy presumida.

—Aquí no tienes que molestarte en vestirse de gala. Cualquier cosa que te pongas estará bien. Nadie va a criticarte por tu atuendo.

Susana no iba a pasar por el aro.

—Bueno, pues, ve tú y tráeme el desayuno. Espero que sea más apetecible que la cena de anoche.

Claudia se sorprendió de aquella orden. No se lo había pedido; se lo había ordenado. Pensó que Susana debía de haber pasado mala noche. Por ese día lo haría.

Susana se había salido con la suya. Cuando su nuera salió de la habitación, ella sonrió con sarcasmo. Sería fácil de acobardar a aquella pusilánime que se había casado con su hijo.

Dany, después de tomarse un café con su hermana, le dijo que quería reconocer el terreno. Con una sonrisa, Claudia le advirtió que tuviera cuidado. Y pasó el día recorriendo los alrededores con María. Esta le explicaba las costumbres del lugar, le enseñaba la forma de vida de los aldeanos, y ella se dio cuenta de que eran como una gran familia.

El resto del día no fue mucho mejor para Claudia. Su suegra no paraba de quejarse. Ella tenía trabajo de la editorial por hacer, tenía que atender al pequeño y, por si fuera poco, tenía a su suegra incordiando continuamente. Víctor había ido a las aldeas vecinas para reconocer a algunos enfermos. Cuando volvió a casa, su madre lo recibió con gran alegría como si hubiese disfrutado del día, y su mujer estaba agotadísima.

—No tienes que trabajar tanto, amor mío, tómatelo con más calma.

Claudia pensó que tal vez tuviera razón. En ese momento intervino Susana:

—Yo he tratado de que se distrajera, pero no ha habido manera. No sé qué debería estar haciendo...

Víctor empezaba a comprender la cara de cansancio de su mujer.

Dany, después de darse una ducha, fue en busca de su hermana.

—¿Nos vamos a cenar? Estoy famélica. Me he pasado el día recorriendo los alrededores; Claudia, tenías razón: este lugar es fantástico.

—Vamos —dijo Víctor aprovechando la oportuna llegada de su cuñada.

Susana maldijo interiormente.

Claudia se fue a acostar antes de que se tomaran el café, besó a su marido y le dijo que estaba muy cansada.

Dany se percató de que algo pasaba. Al irse Claudia, Susana había hecho una cara de satisfacción que no le gustó nada. Aquella mujer había hecho alguna de las suyas. Decidió que al día siguiente se quedaría con Claudia.

Capítulo 8

Dany se levantó; se fue a desayunar y a correr como el día anterior, y luego se fue en busca de su hermana con la excusa de entretener al pequeño. Claudia acababa de levantarse.

—Vamos a desayunar. —Cuando tuvieron al pequeño vestido, cogió a Claudia por el brazo y tiró de ella.

Las dos hermanas salieron y entre bromas y risas por las monerías del chiquitín, desayunaron y luego se entretuvieron con el pequeño en la plazoleta donde había otros niños jugando. Cuando volvieron, Susana estaba que trinaba. Ya hacía rato que se había levantado, y su nuera no estaba allí.

—¿Y mi desayuno? —preguntó con acritud.

—Si te das prisa, creo que aún queda algo —respondió Dany.

La mujer le lanzó una mirada envenenada y salió murmurando por lo bajo.

Claudia se puso a trabajar, y Dany salió al patio de atrás. Mientras su sobrino jugaba, ella lo dibujaba en un lienzo. Oyó regresar a Susana. Estaba maldiciendo por lo poco atentos que era aquella gente con ella.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó de mal talante a Claudia.

—Trabajando —contestó esta desde el rincón donde solía hacerlo.

—Tu trabajando... ja... ahora me vas a decir que con lo que gana mi hijo no tenéis para vivir —le gritó.

Dany ya había oído suficiente. Entró.

—¿Hay algún problema? —Se apoyó en la jamba de la puerta y cruzó los

brazos mirando a esa mujer de la que no se fiaba ni un pelo. Susana no esperaba que ella estuviera allí. Abrió la boca por la sorpresa—. Oiga, señora, mi hermana... —Su tono era contundente, para no dejar lugar a dudas—. Es una gran periodista; publica sus artículos en una de las revistas más leídas de todo el mundo, no necesita del dinero de su hijo para nada.

Susana se dio cuenta de su desliz. Dio la vuelta y volvió a salir rabiosa.

—No deberías haberle hablado en ese tono —reprendió Claudia a Dany.

—Hermana, eres muy inteligente pero, en lo que se trata a las personas, eres demasiado blanda. —Claudia la miró sin entender—. Esa mujer no es buena. No dejes que te pisotee. Ponte en tu lugar. Ella es la que está de visita, no al revés; no lo olvides.

—Creo que todos estos años con papá te han cambiado.

La voz y la mirada de Claudia se habían vuelto pesarosas.

Dany negaba con la cabeza. Quería hablar con su hermana de mil cosas; sin embargo, no sabía cómo empezar.

—Esto no tiene nada que ver con papá. —La mayor de las hermanas vio cómo se le ensombrecía la mirada.

—¿Ah, no? Entonces...

—A esa mujer no le gustas. —Vio la sorpresa reflejada en los ojos de Claudia—. No se trata de ti; se trata de que te casaste con su hijo.

—Vamos, por Dios, si hace años que la relación entre Víctor y su madre es... —Se paró buscando la palabra adecuada; sabía que no había lazos materno-filiales entre su marido y Susana. Él nunca le hablaba de su madre, no obstante, al estar allí y ver cómo la mujer le ponía siempre buena cara a su hijo, ella pensó que lo que quería tal vez era estrechar vínculos.

—Ni tú que te dedicas a escribir encuentras las palabras para describir la relación entre tu marido y tu suegra.

Claudia reconoció que su hermana tenía razón. De todos modos, no pensaba ponerse entre madre e hijo. Víctor siempre tendría su apoyo, con Susana al lado o sin ella.

Fueron interrumpidas por María, que asomó la cabeza y les dijo que se llevaba al pequeño a que jugara con otros niños.

—Dejemos de hablar de ellos, ven siéntate conmigo y cuéntame, ¿cómo se tomó papá que vinieras aquí?

Dany hizo un mohín que hizo que Claudia alzara una ceja.

—Tuvimos una discusión tremenda: él se negó a que yo viniera.

—¿No me digas que te has escapado?

—Te recuerdo que ya soy mayorcita, ya no puede decidir como lo hizo en el pasado.

Los ojos negros de Dany perdieron brillo al recordar.

—Me sentí tan culpable —exclamó Claudia—. Tienes que perdonarme, pero seguí mi sueño.

Dany le cogió las manos y se las apretó para reconfortarla.

—No tienes porqué pedirme perdón; yo habría hecho lo mismo. Es más, lo he hecho.

—Cuéntame. —Ya sabía lo que para Dany había supuesto vivir con su padre, cómo él había logrado anularla, igual que había hecho en el pasado con su madre. Después del divorcio, Claudia se enteró de la vida que había tenido Olga al lado de un marido déspota, dominante y que sospechaba que no la había amado en su vida. Que la había embaucado y le había mentido para casarse y presumir de que era suya, como si se tratara de una propiedad.

Había sido una jugada maestra lo de montarle a Dany un estudio en casa. Y estaba segura de que él habría removido cielo y tierra para que los marchantes de arte se interesaran por su trabajo y le hicieran encargos para exposiciones. Sí, que Dany era buena en lo que hacía, pero seguro de que se le había negado la vida que toda joven desea: las diversiones, los amigos...

—Te conté más de una vez que me tenía como a una extraña; solo se dirigía a mí para decirme que debía trabajar más. Apenas nos hablábamos. Le dije que quería venir aquí y tuvimos una discusión tremenda. Me di cuenta de que nunca sería libre a su lado; cuando era más jovencita me jorobaba no poder

salir con mis amigas cuando yo quisiera, solo me lo permitía desde que cumplí dieciséis años, los fines de semana, y siempre y cuando no hubiera una exposición por inaugurar o algún cuadro por terminar. Y siempre se las ingeniaba para tener encargos, lo que me mantenía en casa casi todos los fines de semana. Después de aquella bronca, supe que tenía que hacer algo; no quería seguir viviendo como una esclava de papá.

—¿Y te escapaste?

—Sabe que estoy aquí.

No le estaba respondiendo. Esquivaba la respuesta que Claudia quería oír. Eso en sí mismo ya era una contestación, pensó.

—Imagino que debe estar furioso conmigo, pero no me importa, a partir de ahora voy a vivir.

Claudia frunció el ceño, las últimas palabras de su hermana, y el énfasis con que las había dicho le daban a entender el infierno en el que había vivido. Se le llenaron los ojos de lágrimas con el sentimiento de culpabilidad.

—Hermana, no quiero llores. Vivir con papá ha sido una lección de vida. He tenido un buen maestro, soy mayor de edad, y nunca más podrá beneficiarse de mi trabajo... también me encargué de eso antes de abandonar París.

—¿De qué me estás hablando?

—Cuando decidí que me marchaba, hice una visita al marchante de arte, le pedí explicaciones y me dijo que solo respondía delante de papá. Entonces contraté a otro, y a través de él me enteré de que el monto de las ganancias de la venta de mis cuadros era mucho más cuantioso de lo que encontré en un fondo de inversiones donde papá me decía que ponía el dinero.

Claudia estaba estupefacta.

—¿Me estás diciendo que se quedó...?

—Sí. Tal vez fue culpa mía. Tendría que haberme dado cuenta de que con su sueldo no podía pagar el lugar donde vivíamos, ni una mujer que trabajaba en casa, ni las continuas salidas de papá.

La hermana mayor tenía la mandíbula desencajada.

—No me lo puedo creer. ¿Se aprovechó de tus trabajos?

—Eso parece. —Dany sabía que estaba trastornando a su hermana y que eso no era bueno. No fue nada sutil en cambiar de tema—. Olvídate de él, ahora estoy aquí.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Claudia suspicaz.

—Hasta que me echés.

—Eso no sucederá nunca, cielo —dijo levantándose y abrazándola.

En ese momento que volvía a tener a su hermana a su lado, Claudia pensaba en todo lo que se habían perdido la una de la otra. Cuando se separaron, Dany era una niña, se le negó una madre, una hermana, amigas... Su padre la alejó de todo lo que conocía y de todos a los que amaba para llevársela a un país extranjero y mantenerla prácticamente encerrada en casa, trabajando como una esclava. Estaba segura de que lo que pretendía era aparentar. Eso se le daba muy bien a su progenitor. Seguro que había disfrutado de lo lindo, cacareando que él era el padre de la famosa promesa del arte que fue Dany. Y después cuando se convirtió en una pintora famosa... se había aprovechado de su trabajo. No podía creer que su padre se hubiese convertido en el mantenido de su hija. ¿Qué pensarían sus amistades si lo supieran? Estaba segura de que les diría que él como representante de su hija tenía su salario, y así justificaría el apropiamiento del dinero que su hermana ganaba, privándola de la vida que ansía toda muchacha adolescente.

Por otro lado, también era plausible que se hubiese rodeado de personas como él; estaba segura de ello: personas que creyeran que las hijas eran una propiedad de los padres hasta que pasaran a serlo de los maridos.

Con estos turbulentos pensamientos, Claudia se hizo una promesa: le daría a Dany la felicidad que le había estado vedada hasta el momento.

Capítulo 9

Aquella noche llegaron varios jeeps cargados de turistas. Claudia estaba más relajada. Cuando Víctor llegó le dijo que Alex y Vincent pasarían la noche allí.

Dany había ido a darse un baño. Cuando fue en busca de su hermana para ir a cenar, se encontró con dos desconocidos. Víctor la presentó.

—Vincent, Alex... esta es mi cuñada, Dany. —Luego, mirándola a ella—. Estos son mis socios en la agencia de guías.

Ella les sonrió y besó las mejillas a los dos, cosa que los sorprendió a ambos.

—Al fin os conozco, aunque es como si nos conociéramos de mucho tiempo. Mi hermana me ha hablado mucho de vosotros en sus cartas.

—Espero que bien —dijo Alex riendo.

Alex era un hombre muy bien parecido y locuaz.

—Es un placer conocerla, señorita. —A Vincent parecía que le faltara el aliento.

—Oh, por Dios, no me llames «Señorita», me haces mucho más vieja, llámame Dany —exclamó riendo.

Vincent quedó cautivado por los pequeños hoyuelos que se le formaban en las mejillas cuando sonreía. Se la quedó mirando intensamente. Ella lo notó y un tono rosado apareció en sus mejillas.

Vincent era un hombre muy guapo, grande y fuerte, parecía que la habitación

se hubiese hecho pequeña. Ella se sofocó. Era moreno con unos profundos ojos azules. Su sonrisa podía pararle el corazón a una mujer. Sus labios carnosos atrajeron la mirada de Dany, que estaba embobada. Entre los dos se produjo como una corriente eléctrica.

Víctor y su mujer se miraron. Los ojos de él lanzaban chispas de diversión. Claudia empezaba a fruncir el ceño. Él soltó una carcajada que sacó a aquellos dos de su alelamiento. Lo miraron.

—Vamos, la cena nos espera... ¿Ya habéis colocado a los turistas?

—Sí —contestó Alex.

Cuando todos salieron, Claudia retuvo a Víctor tirando de su brazo.

—Dile que se mantenga alejado de mi hermana. —Su ceño no había variado.

—¿Y tú crees que servirá de algo? —le contestó con aquella sonrisa hechicera.

—¡Eres imposible! —soltó un gruñido.

Durante la cena el clima fue muy agradable. Susana estaba enfurruñada, pero nadie le prestó atención. Víctor no paraba de hacerles preguntas a Alex y a Vincent de cómo había ido el safari. Alex le iba contestando, pero Vincent estaba como hechizado; no paraba de mirar en dirección a Dany. A Víctor esto lo divirtió. Miraba a Claudia y esta también estaba pendiente de ellos.

Mientras tomaban café, Dany dijo tranquilamente que, en el próximo safari que hicieran, contarán con ella.

—Pero... Dany... —Claudia la miró sorprendida.

—He estado leyendo mucho sobre este país y quiero conocerlo.

—No hay ningún problema. —aseguró Alex.

—Quiero conocer el lago Rodolfo —comentó Dany.

—Nosotros no llegamos tan al norte, pero podemos hacer una excepción. — Vincent no entendía lo que le pasaba, pero deseaba complacer a esa mujer—. También se puede alquilar una avioneta. La vista desde el aire es fantástica.

Dany estaba entusiasmada. No pararon de hacer planes. Víctor vio el

cansancio reflejado en la cara de su esposa.

—Vamos a acostarnos, cariño; ellos se las pueden apañar solos.

Susana se sintió desplazada. Su hijo no le hacía ningún caso. Al poco rato se fue a acostar.

Los días pasaban y Susana intentaba hacer la vida imposible a su nuera: era exigente a más no poder; siempre la estaba censurando por todo. Por la manera como trataba a los pobladores de aquella aldea, como si fueran iguales que ellas. Se quejaba de que su nieto se estuviera criando entre aquellos analfabetos; le decía que el pequeño nunca llegaría a nada en la vida, porque allí no era un buen lugar para que creciera y tuviera oportunidades, como había tenido su hijo. Se quejaba hasta del clima, como si Claudia tuviera en su mano una varita mágica para cambiarlo. Y la fastidiosa mujer siempre lo hacía cuando estaban solas. Cuando Claudia se ponía a trabajar, ella empezaba con su repertorio de quejas. Ella estaba cada día más harta, y cansada, una cosa era debido al embarazo, la otra no; pero sabía que la relación entre Susana y su hijo no era buena, y con la experiencia de su familia, lo que no haría era interponerse entre el uno y la otra. Estaba segura de que la estancia de su suegra allí no sería muy larga. Había demostrado que aquella tierra no le gustaba. Y estaba segura de poder aguantar los malos modos de la insoportable mujer; ella era fuerte.

Eso habría sido así, si no hubiese estado embarazada. Su estado lo complicaba todo. Estaba más sensible, más sentimental y más ansiosa.

Dany estaba siempre revoloteando alrededor de su hermana, pero la suegra siempre encontraba la manera de distraerla mientras fastidiaba a Claudia.

Víctor era ajeno a todo, pues cuando él llegaba, Susana hacía el papel de madre feliz, mientras que su esposa estaba anímica y físicamente agotada. Claudia nunca se quejó del trato que estaba recibiendo. Sabía que esa mujer no se quedaría para siempre allí, pero los días se le hacían eternos. Una tarde,

Dany llegó llevando el cuadro que había hecho de su pequeño sobrino. A Claudia le encantó. De inmediato puso un gancho en la pared y lo colgó.

Al día siguiente Dany salía de safari, tenía todas las cosas preparadas.

—Ojalá yo pudiera ir contigo —exclamó Claudia con un suspiro.

Dany vio que su hermana estaba rara.

—Esa bruja te lo está haciendo pasar mal, ¿verdad? —Claudia no contestó—. Maldita sea, te dije que no la dejaras que te subiera encima.

—Es la madre de Víctor, por el amor de Dios... pero... a veces tengo unas ganas de mandarla de paseo...

—Habla con Víctor. Cuéntale lo que está pasando; él sabrá qué hacer.

—Pero... por el tiempo que se va a quedar, no vale la pena.

Dany se dio cuenta de que su hermana no hablaría con su marido.

—Creo que voy a dejar el safari para más adelante. No quiero dejarte sola con ella.

—Ni lo sueñes, yo sola la torearé.

Ella no estaba tan segura de eso.

Víctor llevaba a Dany hasta Nairobi para que se fuera de Safari con Alex y Vincent. Durante el trayecto, ella estaba indecisa de si debía o no debía decirle a su cuñado lo que le pasaba a su hermana. Claudia le había dicho que se mantuviera al margen.

—Víctor, he notado que Claudia está más... —Hizo una pausa buscando las palabras—. Inquieta, más nerviosa.

—Sí, yo también lo he notado.

—¿No podrías pasar más horas con ella?

Víctor pensó durante unos segundos.

—¿Crees que es la solución? No quiero que se sienta agobiada, y si me ve

revoloteando a su alrededor...

—Estoy segura de que tenerte cerca la tranquilizará.

Dany pensaba que si él estaba con su hermana, su madre dejaría de fastidiar. Había notado que, cuando su hijo estaba delante, Susana se comportaba de forma diferente, como si adorara a su nuera, cuando ella sabía que no era así.

Habían llegado a Nairobi. Víctor dejó a Dany con Vincent y con Alex. Durante el trayecto de vuelta, pensó en lo que le había dicho su cuñada.

Aquella mañana Claudia se había puesto a escribir. Susana se aburría soberanamente. Cogió una revista en la que publicaba Claudia. Eran las únicas que tenía allí y se puso a ojearla, mientras no paraba de comentar lo que le llamaba la atención.

Claudia decidió ignorarla —cosa difícil—, dejarla que hiciera lo que quisiera, con tal de no discutir con ella. Necesitaba tranquilidad. Al cabo de un rato, un ruido la sobresaltó, se giró y vio el cuadro que le había pintado su hermana del pequeño partido en dos.

—No sé cómo ha podido ocurrir, yo solo dejaba la revista en su lugar.

—Por Dios, señora... no me tome por imbécil.

Cogió el dibujo con manos temblorosas, y se disgustó consigo misma por no poder ocultar aquella revelación de su estado nervioso. Lo dejó con cuidado sobre la mesa en la que estaba trabajando y salió al exterior. Necesitaba un poco de paz y allí no la tendría. Se alejó hacia una arboleda y se dejó caer apoyada en una roca. Allí lloró. En ese momento se convenció de que su hermana tenía razón. Esa mujer la odiaba; ¿qué iba a hacer?

Cuando Víctor volvió y vio la sonrisa de su madre supo que algo había pasado. Reconocía esa expresión demasiado bien.

—¿Dónde está Claudia?

—No lo sé, si quieres podemos esperarla juntos.

—Voy a buscarla.

Se dio la vuelta y desapareció.

Susana se quedó rabiando. ¿Es que su hijo no se daba cuenta de que viviría mejor en España? Por lo que pudo ver en aquella revista, el artículo que había leído de Claudia, era el trabajo de ella el que los obligaba a estar en aquel país.

En ese momento se le ocurrió una idea. Tal vez había enfocado mal el asunto. Ella estaba allí por obligación, si ponía cizaña entre los dos... él se daría cuenta de que podía vivir mejor en otro lado.

Víctor tardó un buen rato en encontrar a su mujer.

—¿Qué pasa amor mío? —dijo sentándose a su lado y atrayéndola hacia su pecho.

—Nada.

Víctor sabía que no era verdad. Tenía los ojos enrojecidos; pensó que era normal que su mujer tuviera cambios de humor. Pero algo le hacía sospechar que, fuera lo que fuera, tenía que ver con su madre.

Hundido en los avatares de su vida, Federico Roca se pasó días sin levantar cabeza, revolcándose en su desgracia. Apenas comía y solo pensaba en qué podía hacer para que su hija volviera. Ella tenía razón; era mayor y no podía controlar su vida, pero... ¿qué pasaría si se iba a Kenia y las convencía de que estaba arrepentido de todo lo que les había hecho pasar? Las tenía que convencer de que las necesitaba, de que se había dado cuenta de todos los errores que había cometido en el pasado. ¡Solo de pensar en humillarse delante de sus hijas le venían arcadas! Tenía que ser astuto, hacer bien el papel de padre preocupado y desconsolado. Solo entonces podría persuadir a Daniela de que volviera; después de todo, su vida y sueño como pintora estaba en París. Claudia era otro cantar. No sabía lo que la había llevado a aquel

país, pero estaba seguro de poder camelársela también. Era un maestro de la interpretación cuando se lo proponía.

Con este propósito en mente empezó a saldar todo lo que tenía en París y compró un billete de ida a Kenia. Encontraría a sus hijas y haría el papelón de su vida.

En esos momentos estaba en un avión rumbo a Nairobi; no sabía dónde encontrarlas, pero suponía que en el consulado español sabrían las personas españolas que vivían en aquel país. Por lo menos eso esperaba, si no, no sabía que iba a hacer. Sus planes no llegaban más lejos.

Estaba nervioso. A pesar de que la azafata le había traído un periódico no podía concentrarse en las palabras. Cerró los ojos, pero no logró que el sueño lo venciera. Sabía que en cuanto encontrara a sus hijas —si lo hacía—, no lo iban a recibir con los brazos abiertos.

Capítulo 10

Para Dany había empezado una gran aventura. Estaba eufórica viajaba al lado de Vincent. En el mismo jeep iban dos muchachos muy animados. En el jeep de Alex viajaban tres chicas, también ansiosas por las aventuras que les esperaban durante los días venideros.

Los paisajes eran esplendidos, y Dany aspiraba con fruición el aroma a aire libre, a aire limpio, sin contaminación. Tenía la sensación de haberse internado en otro mundo. El sol brillaba como nunca lo había visto, y las pocas nubes que poblaban el cielo flotaban con una gracia exquisita. Sin ser consciente de ello, como si estuviera drogada, levantó las manos como su pudiera tocar aquel blanquísimo algodón con los dedos.

Vincent la miró un segundo y pudo ver que ella lucía una gran sonrisa en los labios. El deleite que la envolvía lo cautivó.

Los componentes del safari se lo pasaban en grande. En aquel país podían admirar manadas de muchos animales; Alex y Vincent detenían los jeeps para que pudieran hacer las fotos que quisieran. El entusiasmo era general. Todos estaban ansiosos por recorrer aquellas fantásticas tierras. Escuchaban con atención todo lo que los guías les explicaban. Hacían preguntas a las que ellos respondían con generosas explicaciones y reían cuando alguno de ellos decía alguna tontería.

—Me gustaría pintar toda la belleza que me rodea —murmuró Dany mirando a todas partes como lo haría una niña, cosa que le encantó a Vincent.

—¿Eres pintora?

—Sí.

—Vaya, tu hermana loca por la fotografía, y tú...

Vincent la miró durante un segundo.

—La fotografía es más rápida que la pintura. Me temo que si me pusiera a pintar, retrasaría todo el safari, un cuadro no es lo mismo, desde que empiezas a hacer el boceto hasta que lo terminas pueden pasar días.

—Tal vez, más adelante pueda tomarme unas vacaciones y llevarte donde tú quieras, para que puedas pintar tus cuadros.

Dany se sorprendió por lo que aquellas palabras dejaban entrever.

—Muy amable por tu parte.

Vincent la miró y vio que un atractivo color rosado le cubría las mejillas. Sonrió. ¡Que encantadora era! Desde el momento que la había visto por primera vez algo se había removido en su interior, Aquella mirada oscura y brillante se le había grabado en la mente y cada vez que cerraba los ojos, veía los de ella, con aquella expresión de alegría y expectación.

Desde entonces, se había pasado las noches soñando con esa mujer de pelo moreno, cuerpo escultural y mirada inocente. Él, que cuando estaba en Nairobi se lo disputaban las féminas, se encontró de golpe y porrazo comparándolas a todas ellas con Dany. Y por mucho que ellas se le ofrecieran, como siempre ocurría, se encontraba rechazándolas. No se reconocía ni él mismo.

La conversación que habían mantenido cuando estuvo en la aldea también lo trastocó, pues ella hablaba de Kenia con propiedad. Estaba seguro de que se había documentado muy bien antes de ir, además, el entusiasmo en cada una de sus palabras le encantó. Compartía con él ese modo de ver las cosas, el mundo, desde un prisma único.

Cuando ese día se pararon a pasar la noche, Alex les explicó como tenían que montar las tiendas de campaña. Vincent se encargó de encender una fogata y luego fue a ayudar a Dany con la suya. Ella era mañosa, pero necesitaba ayuda. Cuando todo estuvo listo, a ella no le importó ponerse a preparar la

cena, mientras los otros terminaban con sus tiendas.

Después de cenar estuvieron charlando en torno a la fogata mientras tomaban café. Vincent le contó lo animadas que eran las tertulias cuando su hermana había ido por primera vez de safari.

—Cogía su guitarra y animaba las charlas.

Alex entre bromas y chistes, los hacía reír a todos. Poco a poco todos fueron a acostarse. Dany se quedó con un palo en la mano removiendo el fuego, estaba sentada en el suelo.

—¿No tienes sueño? —le preguntó Vincent.

—No, me siento rebotante de energía. Esta tierra hace que me sienta más viva que nunca —contestó ella sin mirarlo.

Alex les dio las buenas noches y también fue a acostarse.

—¿Te apetece otra taza de café?

—Sí, gracias.

Él sirvió dos tazas y se sentó a su lado. Los dos alargaron la mano al mismo tiempo para coger el azúcar que estaba sobre una roca. Entonces Vincent, en lugar de tomar el tarro, agarró la mano de Dany. Ella notó el calor que discurría entre ambos. Estuvo unos segundos mirando los dos miembros entrelazados, maravillándose de la fuerza que a través de esa mano la traspasaba. Entonces levantó los ojos y se encontró con la penetrante mirada de Vincent. Podía ahogarse en las profundidades de aquellos ojos azules. Fue recorrida por un estremecimiento al ser consciente que deseaba que él la besara.

Apartó la mirada. No podía creerse que aquel pensamiento se le hubiese pasado por la cabeza. Nunca se había sentido así, claro que en las ocasiones que había podido salir con sus amigas, algún amiguete la había besado, pero jamás se había sentido como en esos momentos.

Un intenso rubor le cubrió las mejillas; él estaba anonadado, la deseaba con intensidad, pero... Soltó la mano de ella que aún retenía en la suya. En los preciosos ojos negros de esa mujer había visto un deseo que casi le había

arrancado un gemido.

Dany era preciosa, que en el instante en que se conocieron lo había cautivado. Nunca le había pasado nada parecido; las mujeres eran un mero entretenimiento para él. Nunca le había faltado el calor de una fémica. Todas las que se aventuraban por aquellos lares buscaban algo más que una experiencia con la naturaleza, aunque estuvieran casadas. En numerosas ocasiones había tenido que rechazar proposiciones que a su manera de ver eran escandalosas porque lo perseguían en cuanto sus maridos se daban la vuelta. Aquellas experiencias habían hecho de él un hombre cínico que no creía en el matrimonio. No pensaba casarse nunca. Debido a su trabajo, se pasaba más tiempo fuera de casa que dentro. No quería llegar algún día y encontrarse a su mujer en brazos de otro hombre.

Dany era tan joven que aún no había aprendido a controlar su deseo, porque lo deseaba: lo había podido ver en su mirada.

Por su experiencia, Vincent había catalogado a las mujeres en dos categorías: las que se acostaban con todo el que llevara pantalones y las que aún creían en el príncipe encantado. Dany era de las segundas.

No, no la tocaría. Ella se merecía encontrar a alguien que la hiciera feliz, no que se aprovechara de la debilidad del momento.

—Dany, esto no puede ser.

Ella no entendió.

—¿Qué?

—Eres demasiado joven.

—¿Ah... sí? ¿Para qué?

Esa inocencia lo iba a matar.

Dany también había visto el deseo en esos ojos azules y no entendía lo que él trataba de decirle.

—Deseo besarte, pero...

Aquellas palabras le dejaron la boca reseca. Se imaginó lo que sentiría si esos golosos labios se posaban sobre los suyos y su temperatura corporal

subió varios grados.

—¿Pero?

Vincent pensó que se lo estaba poniendo difícil a propósito; sin embargo, un vistazo a aquellos preciosos ojos le dijo que ella no sabía cómo se estaba conteniendo.

—No soy hombre que se conforme con solo unos besos.

Ella tragó grueso; el solo pensamiento de él acariciándola la hizo contener el aliento.

—Además, tu hermana me arrancaría las pelotas si se entera de que...

—¿Qué tiene que ver Claudia con nosotros?

—Me llamó y me dijo que me mantuviera alejado de ti.

—Pero... —Dany frunció el ceño, y él solo pudo pensar en lo bonita que era, incluso con el enfado pintado en la cara.

—Se dio cuenta enseguida de que nos sentíamos atraídos.

—Maldita sea, ¿qué se ha creído? —exclamó furiosa—. Y tú no te atreverías a...

Se levantó de un salto y, cuando iba a alejarse, Vincent la cogió por la muñeca. El contacto volvió a ser electrizante; todo lo que le había pasado por la cabeza respecto a las mujeres se le olvidó; solo pudo ser consciente del contacto de su piel sedosa, de la mirada que le lanzaba chispas de irritación por su comentario.

No la dejó irse; tiró de ella y la hizo caer en su regazo. Todo ocurrió tan rápido que Dany soltó un jadeo; Vincent la abrazó contra su cuerpo. Su olfato se impregnó de la fragancia única del cuerpo femenino. Al cabo de unos segundos aflojó el poderoso abrazo y le levantó la cara, empujando la barbilla femenina hacia arriba. La miró con ardor en las profundidades azules de sus ojos y sus labios se apoderaron de los femeninos. Su boca cayó sobre la de ella. La lengua masculina acariciaba los labios de Dany tentadoramente. Los fue entreabriendo y saboreó el dulce sabor de la candidez de aquella mujer. Ella sentía como si estuviera sentada encima de un hormiguero. Su cuerpo era

recorrido por un placentero cosquilleo; entonces se entregó a aquellos labios, abrió la boca y le devolvió los besos con tanta pasión que Vincent se encontró temblando de deseo. Sus manos empezaron a acariciar el cuerpo de Dany con lentitud. Ella se agarró al cuello de él porque se sentía débil. Vincent la abrazó con fuerza. Ella casi no podía respirar. Cuando él separó la boca de los inflamados labios femeninos, los dos estaban jadeantes. La tuvo abrazada unos minutos. Deseaba llevarla a la cama, pero ella era tan inocente, tan joven.

—Ve a acostarte antes de que hagamos algo que mañana lamentaríamos — susurró ayudándola a levantarse.

Dany estaba confusa. El beso la había aturdido. Se fue a su tienda de campaña y se acostó. El sueño fue esquivo con ella durante mucho rato. Deseaba a ese hombre; él era tan masculino, tan atractivo. Su cuerpo parecía el de un vikingo; había músculos por donde lo mirara, irradiaba fuerza por todos los poros de su piel. La manera como la había mirado, como la había besado... La había hecho sentir tan extraña. Los besos que habían compartido no podían compararse con los que había recibido con anterioridad de algún compañero lanzado en las fiestas del instituto. Estos la habían hecho sentir como si pudiera salir volando a tocar las estrellas con las manos.

Capítulo 11

A la mañana siguiente, tuvieron que despertarla cuando todos hubieron desayunado y en vistas de que ella no salía de su tienda.

—Anoche os acostasteis tarde, ¿eh? —Se burló Alex de Vincent con una pícaro mirada.

—No. —Vincent vio la sonrisa de su amigo entrecerrando los ojos.

—Entonces, se trata de una dormilona; iré a despertarla. —Siguió bromeando.

—Ni lo sueñes —refunfuñó él dirigiéndose a la tienda de Dany. Abrió la cremallera, entró y ella estaba profundamente dormida. Era adorable, incluso así, tenía aquella expresión de candidez en el rostro. Vincent sintió un poderoso deseo de besar aquellos carnosos labios.

—Dany, despierta —susurró.

Ella se dio la vuelta, pero no abrió los ojos. Él la sacudió posando una mano con suavidad sobre su hombro.

—Despierta, dormilona —dijo un poco más fuerte.

Ella abrió los ojos y, al verlo, sonrió.

—¿Has dormido aquí? —le preguntó mientras se desperezaba.

—No. —Vincent admiró el cuerpo de aquella preciosa mujer mientras estiraba los brazos por encima de su cabeza. Era la criatura más seductora que había visto en su vida. Y estaba seguro de que ella no lo sabía.

Salió de la tienda para desterrar los pensamientos que le llenaban la mente.

Ella parecía no tener prisa por levantarse.

—Si no te das prisa, no te van a dejar desayuno —dijo al salir de la tienda.

Se vistió en un santiamén, salió y se encontró a todo el grupo reunido en torno a la fogata. Vincent le dio un vaso con café.

—Por ahí encontraras bollos, si no se los han comido todos. —Sonrió ante la cara de somnolencia de ella.

—Necesito una ducha.

—Pues hasta medio día no llegaremos al río, y te aseguro que no es aconsejable bañarse en este —le advirtió Alex riéndose.

Ese día estuvieron recorriendo unos parajes fantásticos. Encontraron una manada de jirafas, otra de rinocerontes. Dany disfrutaba como una niña de todo lo que veía. Hacía fotos por todas partes. Al caer la tarde, el cielo se volvió de un tono plumizo.

—Hoy tendremos lluvia —anunció Vincent a los ocupantes de su jeep al ver los espesos nubarrones—. Esperemos que nos deje montar el campamento.

No fue así. Aún iban de camino cuando cayeron las primeras gotas. Alex y Vincent detuvieron los vehículos y cubrieron los coches, ya podían continuar sin mojarse.

—Será mejor que nos dirijamos hacia el norte y pasemos la noche en las cuevas —sugirió Alex.

—Sí, parece que vamos a tener una noche tormentosa —asintió Vincent.

Volvieron a reemprender la marcha. Contaron a los integrantes del grupo que se desviarían un poco de la ruta, para pasar la noche, al día siguiente ya volverían a seguir el camino establecido.

A Dany aquello no le gustó nada. Las tormentas la asustaban. Era una fobia que tenía desde pequeña. No sabía por qué. No dijo nada. Llegaron a un altiplano, detuvieron los coches lo más cerca que pudieron de las cuevas para no mojarse demasiado y entraron en una cueva muy espaciosa.

—Yo creía que aquí no llovía nunca —comentó Carlos, uno de los chicos que viajaban en el jeep de Vincent.

—Claro que llueve, ¿de dónde te crees que sale el agua? Haciendo agujeros en las rocas —repuso Alex meneando la cabeza, la experiencia le había enseñado que alguna gente que se aventuraban en aquel territorio tenía pensamientos realmente raros.

Las tres chicas que viajaban con Alex eran muy agradables. Se llamaban Isabel, Marta y Eugenia, siempre estaban de buen humor y bromeaban con todos. Carlos y Mario viajaban con Dany y Vincent. Ellos eran más reservados.

—Vamos a encender una fogata, si no cuando queramos darnos cuenta, no nos veremos —los apremió Alex—. Poneros los chubasqueros y vamos a buscar leña.

—Aquí hay leña —advirtió Marta, señalando un montón que había a un lado de la entrada de la cueva.

—Sí, pero no la suficiente para toda la noche.

Todos salieron a buscar leña y, al cabo de un rato, ya volvían a estar en la cueva.

—¿Cómo la vamos a encender? Está toda mojada —preguntó Mario.

Vincent fue al jeep y volvió con una botella de algún tipo de líquido.

—¿Qué es eso? —quiso saber Mario.

—Gasolina, primero olerá un poco mal, pero después...

Encendieron una fogata en el centro de la cueva, primero todos se retiraron por el olor a combustible, pero pronto pasó y se fueron acercando. Al cabo del rato, mientras preparaban la cena, sonó un trueno a lo lejos, Dany fue recorrida por un estremecimiento. Allí resonaba mucho más.

—Esta noche os ahorráis montar las tiendas. —Rio Alex.

Entre bromas y risas, cenaron y cantaron en torno a la fogata. Era temprano para acostarse.

Así que pasaban las horas Vincent se daba cuenta de que Dany estaba más tensa. Pensó que se arrepentía de lo que había pasado la noche anterior.

Mientras todos se preparaban para acostarse, se fue a la entrada de la cueva

para ver como llovía. Le encantaban las tormentas, dormirse con el ruido del agua al caer, con el olor a tierra mojada. Cuando volvió, todos se habían acostado menos Dany; ella estaba sentada frente al fuego, con las rodillas dobladas y rodeándolas con los brazos.

—Acuéstate, sino mañana volverás a despertarte tarde. No sabes el jolgorio que han montado hoy porque no te levantabas —dijo con una encantadora sonrisa.

Ella no lo miró.

—Acuéstate tú, yo iré enseguida.

Él se le acercó, la veía rara y quería saber qué le pasaba. Se sentó a su lado y al rozarse los brazos notó que ella estaba temblando.

—¿Tienes frío?

—No.

—¡Estás temblando!

Ella no quería reconocer que tenía miedo a las tormentas. Le daba vergüenza admitirlo.

—Tengo frío —dijo sin darse cuenta de que unos segundos antes lo había negado.

—Dany, ¿qué te pasa?

—Nada.

Él supo que no era verdad, pero no la atosigaría.

—Entonces saca tu saco de dormir y acuéstate. —Ella hizo lo que le decía. Se tumbó cerca del fuego, pero no podía dormir con aquellos horribles truenos, que resonaban sobre su cabeza. No paraba de moverse nerviosa. Vincent, que la estaba observando, se dio cuenta.

—Dany, ¿qué te pasa? Y no me digas que nada. Te mueves tanto que cuando te levantes habrás cavado un hoyo en el suelo.

Ella hizo una mueca.

—No soporto las tormentas —susurró.

Vincent estuvo a su lado en un segundo. La abrazó.

—Tranquila, dormiré a tu lado si eso te reconforta.

Ella asintió con la cabeza. Él tendió su saco de dormir al lado del de ella, y se puso dentro. La atrajo hacia él—. ¿Estás mejor ahora?

—Sí. —Su voz había sido un susurro.

A los pocos minutos oyó la respiración regular de Vincent y supo que él se había quedado dormido. Los truenos no paraban. Tenía que hacer algo para distraerse. Pensó que podía ponerse a pintar, con la luz del fuego tenía suficiente y a ella siempre la había relajado pintar. Se levantó cuidando de no hacer ruido, para no despertar a los demás; sacó sus cosas y se concentró en los colores tratando de ignorar la horrible tormenta.

A la mañana siguiente cuando Vincent despertó, se dio cuenta de que Dany no estaba a su lado. Nadie se había despertado todavía. Se levantó y la encontró en la entrada de la cueva observando la salida del sol. Tenía una taza de café en las manos.

—¡Te has levantado temprano! ¿Es por lo que te dije anoche? —se guaseó sonriendo.

Ella pensó que tenía un aspecto magnífico para una persona que se acababa de levantar. Estaba muy atractivo con la sombra de barba y el pelo revuelto. Deseó tocar aquel pelo moreno que llevaba largo hasta los hombros.

Vincent vio los ojos soñolientos de ella.

—Necesitas una ducha, ¿verdad?

—Sí.

—Coge lo que te haga falta y ven.

Ella cogió una muda de ropa y su cepillo del pelo.

Vincent la guio hacia el fondo del valle. Por abajo de la cueva donde habían pasado la noche, se había formado un pequeño estanque. Ella se sorprendió.

—Esto no estaba aquí ayer.

—No, se ha formado por la lluvia.

—¡Qué maravilla! ¡No habrá animales...!

—Es posible. —La sonrisa que acompañó el comentario hizo que ella se

diera cuenta de que se estaba burlando. Sonrió a su vez.

Dany dudó un segundo.

—No importa, si te vas podré bañarme. — Él la miró sorprendido—. ¿No esperarías que me bañe contigo mirándome?

Ella tenía razón.

—No estaré lejos; si me necesitas, llámame.

Dany disfrutó de un baño completo. El agua estaba helada, pero era maravillosamente relajante. Cuando terminó y se hubo secado, llamó a Vincent. Este la encontró cepillándose el cabello.

—¿Te sientes mejor ahora?

—Mucho mejor.

Cuando volvieron a la cueva, los demás aún dormían. Vincent reparó en el lienzo que estaba secándose al sol. La miró sorprendido.

—¡Es muy bueno!

—Una hace lo que puede. —El orgullo se trasmitía en sus palabras.

—Pero no me dijiste que para pintar un cuadro, hacen falta días.

—Sí.

Una idea se le cruzó por la cabeza como un relámpago.

—No has dormido en toda la noche, ¿verdad?

—No, los truenos me volvían loca. Si no ocupaba mi mente en algo, me hubiese puesto a gritar en cualquier momento.

Vincent la cogió por los brazos.

—¿Por qué no me despertaste?

—Que yo no pudiera dormir no era motivo para que tú no lo hicieras.

Él negó con la cabeza.

—Prométeme que, si vuelves a encontrarte en una situación parecida, me lo dirás.

A ella la conmovió la preocupación que detectó en la voz de Vincent.

—Soy mayorcita. Debo enfrentarme sola a mis temores.

—No mientras yo esté contigo —dijo abrazándola. Ella se sentía tan bien en

sus brazos que se recostó contra el pecho masculino y pudo oler la fragancia que desprendía aquella piel morena.

—¿Aún no habéis tenido bastante? —Se oyó desde el centro de la cueva. Era Alex, que había despertado.

Ellos se sentían tan bien que no se apresuraron en separarse.

—Recoge los sacos, voy a darme un baño. Lo necesito.

Ella no entendió. Vincent se había excitado. La modestia de ella, el abandono en sus brazos, el suave perfume de sus cabellos: todo había contribuido para que él la deseara.

Poco a poco todos fueron despertando. Mientras desayunaban una de las chicas vio la pintura.

—Mirad que maravilla —dijo Marta mientras observaba el lienzo. Todos se acercaron.

—¡Somos nosotros! —exclamó Mario asombrado.

Todos ellos alabaron el trabajo de Dany. Y ella ya pensaba en todos los cuadros que se proponía pintar de aquellas magníficas tierras.

Con estos pensamientos, le vino a la mente su padre. Debía de estar rabioso por su partida. Por suerte para ella, estaba al otro lado del planeta.

¡Qué equivocada estaba!

Federico estaba en la embajada española preguntando por sus hijas. Como estaba de mal humor y su tono no había sido el apropiado, el funcionario que lo atendía le estaba dando largas diciéndole que era difícil de saber. Le pidió que se sentara en unos bancos y que esperara mientras intentaba averiguarlo.

El tipo, un hombre de unos cincuenta años, con el pelo entrecano y un bigote bien afeitado, tenía la suficiente experiencia para exigir un mínimo de respeto y no le gustó la manera cómo lo había abordado aquel hombre buscando a sus hijas. Que, por otra parte, ya le había dicho que una vivía allí y la otra había ido a visitarla. ¿A qué venía tanto alboroto?

No se trataba de ningún secuestro ni nada parecido.

Cogió unos papeles de la mesa y se fue a otra sala a consultar en el ordenador. Allí tenían registrados a todos los turistas que entraban en el país y a los que vivían allí permanentemente. No tardó nada en encontrarlas: una de ellas era la famosa periodista de la cual no se perdía ni uno solo de sus artículos, y por lo visto, Daniela Roca había ido a visitar a su hermana.

Se entretuvo unos largos minutos con una de sus compañeras y luego volvió a su lugar de trabajo. El individuo que estaba sentado en el banco de madera lo miró con impaciencia, y él le hizo un gesto para que se acercara. Federico se levantó de un brinco y, al llegar a la mesa del funcionario, este estaba escribiendo en un papel.

—¿Es usted el padre de Claudia Roca?

Federico asintió.

—Felicidades, debe estar orgulloso. Es una gran periodista.

—Sí, sí... desde luego —asintió mordiéndose los labios con nerviosismo.

—A Claudia Roca la puede encontrar ahí —dijo tendiéndole una misiva con el nombre de la aldea donde vivía la mujer.

—¿Y a Daniela?

Se lo veía muy ansioso.

—No lo sé. Cuando llegó dijo a los funcionarios de aduanas que venía de turismo.

Federico saludó, dándole las gracias, esta vez con educación, y se dirigió a la puerta, pero no llegó a traspasarla. Volvió sobre sus pasos y le preguntó al mismo tipo cómo llegar a esa aldea. El otro sacó de uno de los cajones de su escritorio un mapa de la ciudad y le señaló con rotulador las agencias de guías que lo podrían llevar.

«Vaya —pensó— así que Claudia logró su objetivo y se la reconoce por su trabajo». No sabía si alegrarse o no, quizás no podría manipularla como quería.

Capítulo 12

Los paisajes eran espectaculares. Las lluvias de la noche habían formado riachuelos y lagunas donde podían ver los animales, desde elefantes dándose un chapuzón hasta cebras. Todos estaban entusiasmados, y los guías pasaban más despacio o bien se paraban en lugares donde no hubiera peligro para que pudieran hacer fotos.

—No os alejéis de los jeeps —advirtió Alex cuando vio que Mario y Eugenia se acercaban demasiado a los animales. Ellos lo miraron como queriéndole decir que ya eran mayorcitos—. Por aquí también hay leones y, si les entra el hambre, no se pararán a escoger entre ellos —señaló unos ñus que pastaban cerca del agua— o vosotros.

Los dos retrocedieron en el acto.

—Me encantaría ver un león... es el rey de la selva —bromeó Marta.

—A mí también —la secundó Dany—. Pienso hacer una exposición dedicada a este maravilloso país.

Su mirada se cruzó con la de Vincent, él estaba sonriendo y le guiñó un ojo.

—¿Piensas quedarte mucho por aquí?

Estaba muy interesado en la respuesta, cosa que llamó la atención a Alex.

—No lo sé, de momento no he pensado en marchar.

Dany vio una chispa de las profundidades azules de los ojos de él. Y se preguntó qué representaba. Se sentía muy atraída hacia él, pero no quería ser un simple juguete en las manos de un maestro de la seducción, y seguro que lo

era: era demasiado guapo, un gusto para la vista y para los sentidos. El beso de la otra noche la había dejado completamente aturdida, al punto de quitarle el sueño, cuando ella nunca había tenido problemas para dormir. Ni siquiera su padre le había provocado nunca insomnio. Frunció el ceño al pensar en la vida que había dejado atrás.

Los guías llamaron a todos y siguieron la marcha.

Un par de horas más tarde, se detuvieron otra vez. Alex les dijo que comerían allí. El humor del grupo no podía ser mejor; y eso se contagiaba a los guías que no dudaban en bromear con ellos.

Eugenia, la muchacha que viajaba en el jeep de Alex, les reía todos los comentarios como una chiquilla. Y trataba de llamar la atención de Vincent con mucho descaro. Estaban admirando la belleza de la planicie que se extendía ante ellos cuando lanzó un grito y se subió a la espalda de él como si la vida le fuera en ello. Todos se pusieron en alerta cuando la oyeron gritar que había pisado una serpiente.

Vincent la hizo bajar y reconociendo el terreno junto a Alex no vieron señales de ningún reptil.

—Debes haber pisado una rama.

—Se movió —mintió con cara de espanto.

Alex, que mientras estaba conduciendo había escuchado las tonterías que comentaban las chicas sobre Vincent, supo que Eugenia se proponía llamar la atención de su compañero.

—Pues has tenido suerte de que no fuera una. Esos bichos te pican en décimas de segundo. No te dan tiempo a reaccionar. —Quiso meterle miedo en el cuerpo para que no bromeara más sobre ello.

Dany fue recorrida por un estremecimiento. Sabía que una le había picado a su hermana la primera vez que estuvo en ese país.

Después de comer, estaban en torno a una pequeña fogata, cuando Dany se

levantó. Vincent le había estado lanzando unas miradas que la tenían acalorada. Se alejó un poco del grupo y se internó entre los árboles. Oyó el sonido del agua. Debía pasar algún pequeño riachuelo por allí. Siguió el murmullo y en pocos segundos estaba ante un pequeño charco. Se acuchilló y se lavó las manos, se mojó la cara y la nuca, pensando en aquellos hipnóticos ojos azules que parecían ver lo que guardaba su alma. Se sentó en una roca con las piernas cruzadas y apoyó la espalda contra un tronco. Respiró profundamente y cerró los ojos. El correr del agua era como música para sus oídos. ¿Qué no daría ella para poder quedarse allí, en aquel remanso de paz? No supo el tiempo que transcurrió; oyó un ruido como si alguien se le acercara y pensó en Vincent. Debía haber salido a buscarla. Sonrió. Abrió los ojos esperando verlo allí y se le heló la sangre en las venas al ver a un cachorro de león bebiendo en la charca. La mamá de ese pequeñajo no debía de andar lejos. Salir corriendo estaba descartado. Pondría en peligro a todos los miembros de la expedición; gritar, imposible. Tenía la garganta tan cerrada que dudaba de que pudiera siquiera soltar algún sonido. Trató de acompasar su respiración. Concentrándose en ello estaba cuando la leona apareció e inclinó la cabeza sobre el agua. La vista de aquellos colmillos la hizo temblar con los ojos muy abiertos.

Vincent miró su reloj y vio que Dany llevaba suficiente tiempo alejada del grupo haciendo lo que fuera —pensaba que había ido a aliviarse—. Debería haber vuelto. Se levantó y fue en su busca. No tardó en verla. ¿Se había quedado dormida? Eso parecía: no movía ni un músculo allí apoyada en el árbol. Para no asustarla, se puso a silbar mientras se acercaba, aquello y el movimiento hicieron que los animales reaccionaran. La leona levantó la cabeza y pareció ponerse en guardia ante el posible peligro. Dany quería gritarle a Vincent que se alejara de allí, pero era incapaz de respirar y mucho menos de hablar.

—¿Estabas echando un sueñecito? —preguntó él alegremente.

Un movimiento al otro lado de la charca llamó su atención. Solo alcanzó a

ver las ramas de los matorrales que se agitaban y a Dany que se doblaba en dos aspirando grandes bocanadas de aire. Entonces se dio cuenta del peligro en que ella había estado.

—¿Estás bien?

Tenía dificultades para respirar. La frente perlada de sudor y una palidez extrema. Temía que se desmayara allí mismo. Se mojó las manos en el agua y se las pasó por el rostro y la nuca.

—¿Qué...?

Ella reaccionó. Movi6 las manos nerviosamente señalando el lugar donde habían estado los leones.

—Había... había...

—Tranquila, ya se han ido.

—Ha... sido... aterrador... y... maravilloso.

Él la mir6 enarcando una ceja. ¿Cómo podía ser algo maravilloso si la dej6 temblando?

—¿Con qué te has encontrado?

—Ha sido lo más bello que he visto en mi vida.

Lo que Dany decía no tenía sentido.

—Vámonos antes de vuelvan.

Ella intentó moverse, pero parecía que las piernas no le respondían. Las tenía agarrotadas.

—No puedo.

Vincent se dio cuenta del problema. La cogió en brazos y la puso en pie, pero ella no podía sostener su peso y tuvo que agarrarla antes de que cayera. Con las manos en su espalda la apretó contra él. No fue consciente del beso que depositó en la frente de Dany. Su aroma era tan fresco que lo seducía sin proponérselo.

Ella notó todo, la fuerza con que la sostenía, el suave beso y el tamborileo del corazón bajo su mejilla. Por un momento, pensó que todo era fruto de su imaginación, sin embargo, las manos que se movían por su espalda... De

pronto se sintió como si estuviera ebria; la experiencia vivida y aquel hombre que la sostenía hicieron que la recorriera una extraña euforia.

Levantó la cabeza y cuando sus ojos se toparon con esas pupilas índigo, dijo:

—Cuando los he visto creí que me moría de miedo.

—¿Qué has visto?

Quizás porque el peligro ya había pasado o por estar en los protectores brazos de él, sonrió.

—Primero llegó un minino hermoso y luego su mamá... supongo.

—¿Leones?

—Sí, he visto a mi rey león.

Un escalofrío recorrió la columna de Vincent. Si había leones por allí, más les valía alejarse cuanto antes. No obstante, la sonrisa de ella lo tenía embobado, junto con la valentía y coraje que había mostrado. Si no hubiese sido por ello, seguro que en ese momento tendrían serios problemas. Cualquiera en su lugar se habría puesto a gritar, y el desastre... no quería ni pensarlo. Solo de imaginarlo se le encogía el estómago.

Volvieron donde estaban los demás y por la cara de Vincent, Alex supo que algo andaba mal.

—Tendríamos que empezar a desfilar. Se está haciendo tarde.

—Con lo bien que estamos aquí —se quejó Eugenia, que no le había gustado ver a Vincent salir detrás de Dany.

Los guías no le hicieron caso, y en cuestión de minutos dejaban el lugar tal como lo habían encontrado.

Cuando pararon para pasar la noche, todos sabían lo que tenían que hacer. El campamento estaba montado antes de que se pusiera el sol y Dany sacó de su mochila el bloc y unos carbonillos, se sentó junto al fuego que había encendido Vincent antes de alejarse para asegurarse de que no corrían peligro.

Nadie se fijó que Eugenia iba tras él.

Él oyó ruido a sus espaldas y se dio la vuelta. Desde luego si la chica buscaba un poco de intimidad, le extrañaba que le fuera detrás.

—No te alejes más del campamento. Yo ya me voy.

—Y yo contigo, ¿dónde vas?

—Voy a asegurarme de que estamos seguros.

—Pues te acompaño.

—No, Eugenia, te quedas con el grupo.

Ella se mostró enojada. Ya no era una niña para que le dijeran qué tenía que hacer.

—Apuesto a que si fuese Dany la que hubiese salido detrás de ti no le dirías lo mismo.

—Seguro que sí.

Hacía algún tiempo que Vincent no se encontraba con turistas busconas y no le gustó. Siempre había odiado que pretendieran utilizarlo.

—Pues no me lo ha parecido esta tarde cuando habéis desaparecido los dos. ¿Qué se había creído aquella lianta? Lo que él hiciera o dejara de hacer no era asunto suyo. Frunció el ceño.

—No sabes nada de lo ocurrido esta tarde, así que ahora te vuelves al campamento y dejas que haga mi trabajo.

Sin esperar a que ella volviera, se giró y empezó a caminar. Debía reconocer los alrededores por si había animales que representaran alguna amenaza. Esperaba que se diera por enterada de que él no era el juguete de nadie.

Eugenia volvió con el grupo con mala cara. Isabel y Marta la miraron y estallaron a carcajadas. Alex vio la hilaridad de aquellas muchachas y sonrió. Le gustaba que reinara el buen ambiente. Las chicas se reían de su amiga porque esa misma tarde Eugenia había hecho una apuesta con ellas. Al observar que Dany y Vincent volvían del bosque y que él tenía mala cara, les cuchicheó que con ella él siempre luciría una sonrisa en la cara, que era capaz

de ligárselo y tenerlo comiendo de su mano en menos de lo que se tardaba en chasquear los dedos.

—No me lo puedo creer... se te ha escapado —se burló Marta.

—Solo ha sido el primer intento —dijo Eugenia—. Dadme un par de días.

—No le cabrees —le advirtió Isabel.

Mientras tanto alrededor del fuego estaban Mario y Carlos que, al ver lo que dibujaba Dany, se sentaron a su lado. Y comentaban lo fácil que parecía dibujar. Alex, que estaba por allí, se fijó en el bloc, en la imagen que se presentaba ante sus ojos.

—¿Eso es lo que ha pasado esta tarde?

Dany lo miró y asintió. Había dibujado a la mamá leona bebiendo, con sus enormes colmillos a la vista, y el cachorro a su lado. Los chicos empezaron a hacerle preguntas sobre lo ocurrido, y ella les contó el miedo que pasó.

—No me extraña que Vincent nos hiciera salir de allí a toda leche. Si lo que te ha pasado a ti, le pasa a Eugenia se habría puesto a gritar como una loca —se guaseó Mario.

—Y tú te hubieses cagado en los pantalones —le rebatió Carlos.

—Seguro que sí —admitió sin ninguna vergüenza riendo.

Vincent estaba de mal humor, después de cenar, en lugar de quedarse junto al grupo, se alejó y se sentó con la espalda apoyada en un tronco mirando las estrellas; era algo que lo relajaba. La visión de aquellos puntitos brillantes que parecían tachonar el cielo de pequeñas joyas que se extendían como un manto exquisito sobre su cabeza, con su acogedor color azul oscuro, hacía que su cuerpo se liberara de las tensiones del día.

Mientras, Alex les contaba a los integrantes del grupo que al día siguiente sobrevolarían en globo el Massai Mara.

A Dany le extrañaba que Vincent se hubiese alejado. No le había dirigido la palabra desde que había parado y eso le extrañaba. ¿Habría hecho algo mal?

No se iría a dormir con la duda. Se acercó a él.

—¿Te molesta si me siento a tu lado?

Vio que la miraba en la oscuridad.

—Claro que no.

Ella se sentó, recogió las rodillas sobre su pecho y las envolvió con los brazos.

Estuvieron un rato sin decir nada, observando el maravilloso firmamento que era como un manto de terciopelo.

—Jamás había visto nada tan maravilloso —susurró Dany—. Desde París no se ven.

—¿Nunca has ido a pasar una noche al campo? ¿Algún campamento con tus amigos?

Dany pensó en lo que su padre le había negado. Casi todas sus amigas habían ido de colonias en su época de instituto.

Tardó tanto en contestar que Vincent pensó que no lo haría.

—No.

Parecía como si, con esa simple palabra, ella le dijera que no quería hablar del tema. Respetaría eso.

La quietud era agradable, con ella no tenía que preocuparse de llenar el silencio. Era gratificante estar sentados el uno al lado del otro escuchando los sonidos propios de la noche. Pasó un rato y recordó que ella no había dormido la noche anterior, la miró y se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados.

—¿Estás dormida? —susurró y no obtuvo respuesta. Le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él. Dany se acomodó mejor contra su duro pecho y, sorprendiéndose a sí mismo, soltó un suspiro.

Federico se había pasado el día recorriendo las distintas agencias de safaris. En la mayoría le habían dicho que tenía que contratar el pack completo para llegar a la aldea donde vivía su hija. Él no tenía ninguna intención de hacerlo.

Lo que quería era ir directamente allí. Miró el mapa y aún le quedaban unas cuantas por visitar, pensó que mejor lo hacía al día siguiente. Estaba agotado. Volvió al pequeño hotel donde se alojaba. Esperaba tener más suerte al día siguiente.

Capítulo 13

Dany despertó con un agradable frescor en la cara. Abrió los ojos y las tonalidades púrpuras del amanecer la desorientaron. Entonces se dio cuenta de que bajo su mejilla sonaba un corazón potente y se dio cuenta de que estaba recostada o, mejor dicho, enroscada al cuerpo de Vincent. Sus piernas estaban atrapadas bajo las musculosas de él, y ella tenía un brazo bajo la espalda y el otro sobre el pecho que se movía al son de una respiración pausada. Se quedó muy quieta, tratando de recordar cómo habían terminado durmiendo a la intemperie y le vino a la cabeza que habían estado mirando las estrellas. Sus pupilas fueron hacia el cielo, en el que ya quedaban muy pocas; ¡qué bien que se sentía!, pensaba, cuando una voz que conocía muy bien dijo:

—Has despertado muy pronto.

Levantó la cabeza para mirarlo a los ojos, perdiéndose en las profundidades azules.

—Creo que también me dormí muy pronto.

Él sonrió.

—La noche anterior no habías dormido.

—Es verdad, será mejor que me eche otro sueñecito. No hagas ruido que tengo el sueño muy ligero —bromeó.

Vincent ahogó una carcajada. La miró con picardía.

—No me importa hacer de colchón otro ratito.

Eso la hizo reír.

Aquella risa alegre, sin fingimiento, que a él lo tenía maravillado. Dany era una mujer sin dobles caras. Si algo le gustaba, se le veía en los ojos, y si le disgustaba, no era capaz de ocultarlo.

No quiso evitar las ganas que tenía de besarla, desde que despertara con ella en brazos que deseaba darle los buenos días con un beso.

—Como veo que de dormir nada... —se incorporó sobre ella y le capturó los labios. Al principio el beso fue inestable, pues los dos sonreían. Pero, en cuanto él empezó a mordisquearle la comisura de la boca, ella enroscó sus brazos en el cuello masculino y participó gustosa de aquel duelo de alientos y caricias. ¿Qué tenían los besos de ese hombre que la hacían desprenderse de su propia piel? Era evidente que tenía mucho arte en besar. La hacía sentir tal vértigo que se agarró a él con fuerza porque parecía que se estaba precipitando al vacío, como si volara.

Vincent se apartó de ella unos pocos centímetros...

—Buenos días.

Ella no estaba para la labor de hablar cuando la emoción la tenía presa. Con las manos en la nuca musculosa lo acercó a su boca y le mordió suavemente el labio inferior.

Los besos que siguieron los dejaron a ambos con ganas de más; sin embargo, Vincent la abrazó contra su pecho, apoyando la cabeza en los suaves rizos morenos, aspirando con fruición el aroma genuino de Dany. ¿Y así esperaba calmarse? Sabía que en cualquier momento empezaría a levantarse el resto del grupo y ellos estaban a plena vista de todos. Unos minutos más tarde, se levantó y le tendió la mano para ayudarla.

Ese día estuvieron sobrevolando el Parque Natural Massai Mara en globo. Las vistas desde el aire de aquellas increíbles llanuras y sus suaves colinas los tenía a todos hipnotizados por su belleza. Las manadas de elefantes con su tranquilo caminar, la visión de los pequeños junto a los mayores; los leones

tumbados sobre la hierba, algún que otro guepardo a la carrera tras su presa. Todo era sobrecogedor.

Vincent y Alex veían el entusiasmo del grupo con agrado. Seguro que aquel viaje no se les olvidaría en la vida, pensaban satisfechos.

El que guiaba el globo les iba señalando todo para que no se perdieran nada, Vincent se fijó que Eugenia le hacía ojitos al tipo y pensó en lo liantas que podían ser las mujeres. Ese pensamiento le llevó a mirar a Dany que estaba haciendo fotos de todo lo que veía. En esos momentos estaba disfrutando como una niña. Mostraba una cara de felicidad que le hizo sonreír. Le intrigaba la vida que ella habría llevado hasta entonces. La noche anterior, cuando él le preguntó por si nunca había estado en el campo de noche, ella pareció envararse y su rotunda negativa le dio a entender que no quería hablar del asunto.

Cuando volvieron a tener los pies en el suelo, subieron a los jeeps y emprendieron la marcha.

—Hoy no dormiréis en el suelo; vamos a un poblado Massai. Allí han construido unas chozas para los visitantes —informó Vincent a sus acompañantes. Miró un segundo a Dany y se dio cuenta de que ella se había quedado dormida, aminoró la marcha. Mario y Carlos también se dieron cuenta. Empezaron a hablar del alucinante viaje en globo con un tono de voz más suave, para no despertarla. Cuando se detuvieron para estirar un poco las piernas y admirar el bello paisaje...

—¿Por qué vamos tan despacio? —le preguntó Alex a Vincent.

Él hizo un gesto con la cabeza en dirección a su jeep. Dany seguía dormida.

Alex soltó un gruñido.

—Si la dejaras descansar por las noches, no se dormiría durante el día —murmuró fastidiado.

—Cállate, Alex.

Mientras tanto el resto del grupo se hacían fotos y bromeaban.

Cuando llegaron al poblado de los Massai, donde pasarían la noche, aún era

pronto. Alex les estuvo enseñando la manera de vivir de aquella gente, su manera de construir las aldeas con las cabañas en círculo, donde la plaza central se convierte en una especie de plaza mayor y lugar de encuentro entre los habitantes. El habitual atuendo Massai era de lo más colorido, y casi todos, hombres y mujeres, lucían grandes agujeros en las orejas, adornados con circunferencias de madera y cuentas de colores. Los más mayores se dedicaron a mostrarles los utensilios que utilizaban, las ropas. Todos estaban maravillados; compraron varias cosas para llevárselas a casa de recuerdo. Realmente estaban todos asombrados por la forma de vida de aquellas personas. Pasearon por los alrededores, cenaron con los nativos y después estuvieron admirando las danzas que ejecutaban aquellas gentes.

Dany, al ver el fantástico espectáculo, fue al jeep a coger su bloc de bocetos, y mientras los nativos cantaban y bailaban, ella hizo un precioso dibujo.

—Tienes mucha facilidad para dibujar —la elogió Alex.

—Es mi profesión. Solo se trata de una combinación de rayas y colores.

—Sí, pero si yo tuviera que hacerlo, te garantizo que parecería el dibujo de un niño de tres años. —Los dos rieron—. Cuando estuve jugando con el pequeño Víctor, te aseguro que sus dibujos eran más reconocibles que los míos.

—Eso es que lo lleva en los genes —bromeó ella sonriendo.

La velada fue muy agradable. A los integrantes del grupo los habían acomodado a todos en la cabaña grande que servía de refugio cuando las inclemencias del tiempo eran demasiado duras.

Cuando la juerga terminó y todos se acostaron, Dany no tenía sueño. La siesta de aquella tarde iba a pasarle factura a la hora de dormir. Se fue a dar un paseo. Vincent esperó que todos estuvieran acomodados y fue en su busca.

Ella estaba distraída con la visión de la luna llena sobre las techumbres de paja y no vio al hombre que apoyado en una de las cabañas la miraba.

—Hola —saludó el tipo.

—Hola, buenas noches.

—Vaya, esperaba encontrarme con una nativa.

—¿Qué quiere decir?

—Pues eso, que estaba ansioso por saber los rituales de apareamiento de esta gente. —Él arrastraba las palabras como si se hubiese pasado con la bebida.

Dany estaba alelada. Sus bellos ojos echaban chispas.

—Es usted un cerdo —exclamó alterada.

—Oh... lo siento, no pretendía ofenderte. En realidad, no me importa que seas blanquita, seguro que tienes lo mismo que ellas, y quizás sepas más...

De buena gana le hubiese arreado un buen mamporro en toda la cabeza.

El tipo se le acercó con la mirada lujuriosa.

—Ahora que te veo mejor, creo que tu cuerpo joven me proporcionará más placer; no voy a negarte que los pechos caídos de estas mujeres no me atraen. Ven... —Alargó la mano hacia ella y recibió un buen manotazo antes de llegar a tocarla.

—Está usted muy equivocado, señor.

—Por favor, tutéame, pronto estaremos compartiendo la cama.

Dany sentía que la bilis le subía a la boca.

—¡Que se cree usted eso! —gritó, dio media vuelta y se disponía a volver por donde había venido, cuando el hombre la cogió por los hombros y puso su boca en su cuello. Ella quedó un segundo paralizada por la sorpresa, pero se recobró pronto; clavó su codo en las costillas de aquel repugnante sujeto. Él lanzó un alarido de dolor y la soltó.

—Espera...

Lo que iba a decir quedó atrancado en su garganta.

Dany se giró precipitadamente y chocó con el ancho pecho de Vincent, que la cogió por los hombros para que recuperara el equilibrio perdido.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó agriamente el guía.

Al hombre no le salían las palabras de la boca. La abría y la cerraba.

Parecía un pez.

—Vámonos de aquí —dijo Dany.

—Espera. —Él miró al hombre con furia—. Le aconsejo que se vaya a acostar y deje en paz a las mujeres, si no, probará algo más que el codazo que le ha dado ella.

La amenaza hizo que el tipo desapareciera de su vista en una milésima de segundo.

Vincent pasó su brazo sobre los estrechos hombros de Dany y empezaron a caminar.

—¿Qué ha ocurrido?

Ella se sentía furiosa por el ataque inesperado de aquel sujeto.

—Ese mamarracho se creía que...

Vincent sabía lo que había pasado; le ponía furioso que los turistas buscaran ese tipo de diversión con los nativos, pero era algo que se le escapaba de las manos.

Apretó a Dany contra su costado.

—Por lo que he visto, te las has arreglado muy bien.

—Sé defenderme.

—¿Has tenido que hacerlo alguna vez?

—No, pero en el instituto las chicas me enseñaron.

Otra vez, Dany había mostrado su temple y valentía. No dudaba de que sería capaz de vérselas con cualquier cosa. Le gustaban las mujeres con agallas.

Capítulo 14

A la mañana siguiente, después de desayunar, dejaron a los massais.

Vincent observaba a Dany; sus oscuros ojos parecían que lo querían abarcar todo a la vez. Parecía una niña en su primera visita a un parque de atracciones. Pero el problema era que no era una niña, sino una mujer muy hermosa a la que deseaba con locura. Se reía con sus compañeros pero, cuando ella lo sorprendía mirándola, sus mejillas se tornaban de un encantador color rosado. No dudaba de que ella se sentía atraída hacia él, los besos que habían compartido así lo indicaban, pero no creía que fuera de esas mujeres que se conformaban con un buen revolcón, le daba la impresión de que ella buscaba algo mucho más profundo, y no estaba seguro de estar preparado para darle lo que ella quería.

Una de las veces que se pararon para hacer unas fotos y estirar un poco las piernas, Dany se fue con las chicas y los chicos, Alex y Vincent se habían quedado junto a los coches y vigilaban. En aquellas tierras donde había animales por todas partes, siempre se tenía que estar alerta. Vincent la oyó riendo —aquella risa cristalina que reconocería entre mil—; miró y la vio bromeando con uno de los chicos. El estómago se le contrajo. ¿Qué le estaba pasando? Frunció el ceño sin entender. Su amigo, que estaba a su lado, se dio cuenta y le preguntó qué le ocurría, movió la cabeza. Ni él sabía lo que le había pasado. Cuando reanudaron la marcha, él estaba extrañamente callado, y Dany lo notó.

—¿Ocurre algo? —preguntó en voz baja mientras sus compañeros hablaban en la parte de atrás.

Vincent la miró un segundo y la preocupación que vio en sus ojos le hizo pensar que se estaba comportando como un idiota. Ella parecía muy interesada en lo que él tuviera que decir, carraspeó pensando en lo que podía decirle sin parecer un completo imbécil. No iba a decirle que estaba celoso de que ella se lo pasara bien con los chicos. ¿Celoso?

Se sobresaltó al darse cuenta de que en efecto lo estaba. ¿Qué le estaba pasando? Frunció el ceño, volvió a mirarla y ella no se perdía ni una de sus expresiones.

Para estar celoso se suponía que se tenía que sentir algo por la otra persona, pensaba.

—¿Te sientes mal? —La suave voz de Dany hizo que sintiera un estremecimiento, ella estaba preocupada por él. Alargó una mano y cubrió la que ella tenía sobre el regazo. Le dio un apretón.

—No, es solo que acabo de darme cuenta de algo. —Su voz fue un murmullo; no quería que los chicos lo escucharan.

Dany esperaba que él se explicara, pero no lo hizo; en cambio, lo que hizo la dejó muda: le levantó la mano y le besó la palma sin dejar de mirar al frente. Ella sintió como un calambre que le recorría el brazo, un color muy atractivo cubrió sus mejillas, y él, al darse cuenta, sonrió.

Aquella sonrisa que a ella le derretía los huesos.

El hechizo lo rompieron Mario y Carlos al señalar una manada de ñus; los muchachos no se habían dado cuenta de nada de lo que estaba sucediendo en la parte delantera, entre ellos.

A media tarde llegaron al lago Victoria. Todos los componentes de la expedición quedaron maravillados, por la belleza del lugar. Era impresionante. Vincent se encargó de que todos fueran instalados en las chozas

reservadas. Dejaron sus mochilas y salieron para admirar la maravilla de aquel lugar.

—No os separéis; no vayáis a perderos —les advirtió Alex. Él y Vincent se quedaron allí y se tomaron unas cervezas.

El grupo estuvo paseando por los alrededores y vieron las maravillosas cascadas. Eran impresionantes. A Dany le cosquilleaban los dedos; quería pintarlas. Estuvo paseando por los diferentes caminos, por donde los turistas no paraban de hacerse fotos.

—¿Verdad que son fantásticas? —dijo Isabel.

—Son maravillosas. —Esta vez fue Eugenia quien había hablado—. No me importaría pasarme unos días aquí.

—Creo que estaremos aquí hasta pasado mañana. —Dany pensaba igual que su nueva amiga, aquel rincón del planeta la había hechizado.

Dany hizo unas cuantas fotos, cuando tuviera tiempo las pintaría.

—Parece mentira que exista un lugar tan maravilloso como este. —Marta admiraba lo que sus ojos veían—. Nunca me hubiese imaginado algo igual.

Se estaba haciendo tarde y el grupo no volvía; Alex empezó a impacientarse porque tardaban tanto.

—Déjalos —Vincent aún estaba perplejo por lo que sentía cuando Dany estaba cerca. Necesitaba poner un poco de distancia para poder pensar; no podía hacerlo cuando ella se hallaba por los alrededores—. Son jóvenes, pero no tontos. No creo que se pierdan; además, los guardias del parque los guiarían hasta aquí si se extravían.

—Estás muy tranquilo; esto no es bueno cuando llevas a alguien bajo tu responsabilidad.

Si Alex supiera, pensó Vincent. No estaba nada sereno. Quería encontrar un sitio sosegado en el que aclararse las ideas. Cogió una de las revistas que estaban sobre el mostrador con las ofertas de vuelos sobre las cascadas y se desentendió de su amigo. Aunque sus ojos miraban la revista, su mente daba vueltas. Dany se había instalado en su cerebro y no había forma de sacarla de

allí, pero se dio cuenta de que no quería que se fuera. Le gustaba la sensación. ¿Qué significaba eso? Ninguna mujer le había provocado nada parecido, todas las que habían pasado por su vida no le habían importado en lo más mínimo. No había pensado en ellas más allá de las horas que habían pasado juntos; en cambio, Dany...

—Voy a buscarlos. —Alex se había cansado de esperar a que los irresponsables de su grupo volvieran. Pensaba darles una buena reprimenda en cuanto los encontrara.

Cuando el agradable aire repleto de aromas a humedad le dio en la cara, se preguntó qué le estaba pasando. Ellos eran los que lo habían contratado; él no era su padre. No tenía ningún derecho a decirles lo que tenían que hacer y lo que no. Reconoció de mala gana que estaba de mal humor y lo estaba pagando con los chicos. Necesitaba unas vacaciones. Debía de ser eso; echaba de menos a su mujer. Antes de salir de casa habían comenzado una conversación de lo más inquietante. Ella quería tener un hijo, y él pensaba que el momento no era el más oportuno.

—*Quizás el año que viene cariño.*

—*Cada año me dices lo mismo. Me paso la vida sola. Tu siempre estás fuera; quiero que cuando llegue a casa después del trabajo, poder consentir a alguien.* —*Ella tenía los ojos llenos de lágrimas y él no sabía qué hacer cuando su mujer lloraba, como la gran mayoría de los hombres.*

—*No llores, mi amor, sabes que no lo soporto.*

Al recordar la expresión en la cara de su esposa, sintió la necesidad de hablar con ella. Cogió el móvil que llevaban para emergencias y la llamó. Después de hablar con ella, se sintió mucho mejor. Miró alrededor buscando a los chicos y los vio sentados en unas rocas admirando el paisaje.

Se acercó a ellos. Pensó que después de todo no eran ningunos descerebrados. Durante los días que llevaban juntos se había podido dar

cuenta de que seguían sus instrucciones al pie de la letra. Sabían que estaban en un territorio peligroso, lleno de animales que podían matar con la misma facilidad que respiraban. Formaban un grupo muy responsable, en comparación con otros a los que había llevado de safari.

Cuando lo vieron acercarse, le sonrieron.

—Esto es lo más maravilloso que he visto en mi vida. —Eugenia parecía entusiasmada.

—Los que estáis acostumbrados a vivir en la ciudad no pensáis que existe un mundo diferente a lo que veis cada día —respondió Alex.

—Tienes razón —terció Carlos.

—Si queréis ver algo espectacular, levantaos mañana al alba y ver salir el sol desde aquí —añadió Alex—. Os aseguro que no lo olvidaréis jamás.

—Entonces será mejor que nos acostemos pronto. —Isabel se entusiasmó—. Yo no quiero perdérmelo.

Mientras se dirigían a cenar, Dany vio en una mesa varios folletos de información y mapas de la zona. Cogió uno de cada y cuando estaban tomando café los sacó y los iba ojeando. Mario le preguntó si le importaba que les echara una ojeada a lo que ella respondió que no. De pronto Mario soltó una exclamación. Todos sus compañeros se giraron hacia él.

—Mirad esto. —Les tendió un folleto de publicidad de vuelos en helicóptero para ver las cascadas—. ¡Tiene que ser fabuloso!

El folleto fue pasando de mano en mano y todos decían la suya; todos estaban de acuerdo en que sería genial.

Alex vio como subía el entusiasmo.

—¿Sería posible? —Eugenia lo miraba con aquellos grandes ojos.

—Para mañana teníamos programado llevaros a varios sitios para que pudierais ver las cascadas, pero si lo queréis hacer en helicóptero...

Vincent miró a su amigo con una ceja alzada. Sabía que Alex odiaba volar.

—Claro que sí, siempre he querido montarme en uno de esos. —Mario estaba muy excitado con la idea de subir a un helicóptero.

Todos los demás se dejaron llevar por la euforia y estuvieron hablando y haciendo planes hasta bastante tarde.

Alex les dijo que él no los acompañaría, pero que Vincent iría con ellos. Nadie le preguntó el motivo. A su amigo se le escapaba la risa, pero disimuló la hilaridad. No quería poner a Alex en ridículo.

Cuando todos se fueron a acostar, se quedaron los dos guías tomándose la última copa.

—¿No te apetecería...? —La risa de Vincent hizo que su amigo supiera que se estaba burlando de él.

—No. —No dejó que terminara de formular la pregunta, ya sabía lo que iba a decir—. Ni loco.

A Vincent se le escaparon las carcajadas que trataba de contener.

—Puede ser una experiencia muy interesante.

—Puedo pasar sin ella, gracias. —A Alex no le molestaba que su amigo lo encontrara tan divertido. Solían reírse el uno del otro con frecuencia—. Y puesto que mañana serán todos tuyos, aprovecharé para levantarme tarde.

—¿No les has dicho que se levantaran pronto para ver salir el sol?

—Sí, pero no les dije que yo lo haría. Mañana te dejo a ti de niñera.

—¡Que gracioso!

Los dos rieron.

Un rato más tarde cuando se iban a su cabaña a acostarse, Vincent pensaba en Dany. Era una mujer encantadora que le estaba robando la razón. Su pensamiento se trasladó a los besos que habían compartido y su cuerpo añoró el contacto de aquellos labios.

Pasaron junto a la cabaña donde dormía la muchacha y vio que había luz. ¿Qué la mantendría despierta?, se preguntó.

—Ve pasando —le dijo a su amigo—. Tengo algo que hacer.

Alex lo miró extrañado, pero siguió su camino.

Dany se tendió en la cama. No tenía sueño. Cogió su bloc de dibujo e hizo algunos trazos. Oyó unos golpecitos en la puerta. Pensó que alguna de las chicas necesitaba algo. Abrió la puerta, y era Vincent.

Su sonrisa al verlo lo deslumbró.

—¿Ocurre algo?

—Eso es lo que quería saber. Deberías de estar durmiendo.

—Estoy muy excitada para dormir. —Ella lo miraba de aquella forma que a él lo volvía loco—. Me había puesto a dibujar.

—¿Quieres que demos un paseo?

—Sí, me encantaría. Pero prométeme que me despertaras mañana para ver el alba.

—Te lo prometo.

—Espera que me ponga unos pantalones, no quisiera escandalizar a nadie.

Entonces él se dio cuenta de que estaba lista para dormir. Le echó un vistazo y contuvo la respiración al ver esas adorables piernas y el contoneo de sus caderas. Se obligó a desviar la mirada.

Estuvieron paseando por los alrededores. El sonido del agua de las cascadas era como música para sus oídos. Esa noche había una luna llena que se reflejaba en el lago. Era un paraje maravilloso.

—El ruido del agua es muy relajante —susurró Dany, deteniéndose a mirar el precioso paisaje bajo la luz de la luna.

—Sí —contestó Vincent mientras pasaba su brazo por encima de los hombros de ella y la atraía hacia su cuerpo.

—Este país es tan bello... mi hermana no exageraba nada al describírmelo. Quizás se quedó corta.

—El cariño que sentís la una por la otra es palpable. ¿Cómo es que habéis estado tanto tiempo separadas?

Dany le contó lo de la separación de sus padres, cómo se había visto atrapada en una guerra entre ellos. Vincent la escuchó con atención.

—Los hijos siempre son los que más mal parados salen de las separaciones

matrimoniales. —Ella asintió, sin decir nada, él se dio cuenta de que se había puesto melancólica. La apretó más contra su cuerpo—. Ahora tú puedes decidir tu futuro —dijo tratando de animarla.

—Por eso me vine aquí.

A ella se le ensombreció la mirada. Desvió la vista.

—¿Eso quiere decir que te quedarás aquí?

—No lo sé. Aún estoy muy desorientada. Vine en busca de mi hermana. Quiero empezar de cero. Quiero dejar mi pasado atrás.

—¿Has venido a lamerte las heridas?

Ella se quedó un momento pensativa.

—No, aprendí que no sirve de nada. A partir de ahora voy a dejar de pensar en el pasado; voy a vivir el presente como si no hubiese un mañana. —Hizo una pausa y tragó saliva antes de continuar—. Estaba esperando convertirme en mayor de edad para volver a casa con mi madre... murió no hace mucho. No pude cumplir la promesa que le hice de irme con ella.

Vincent la envolvió en sus brazos.

—Lo siento, cariño.

Hasta él se sorprendió de la terneza que le había salido de los labios como si fuera la cosa más natural.

En silencio y lentamente volvieron a la cabaña de Dany. Cuando estuvieron en la puerta, Vincent le dio un beso, una suave rozadura de sus labios. Le supo a poco; le cogió la cara entre sus grandes manos y la besó con ternura, con suavidad, saboreando poco a poco la dulzura de aquella gruta. Dany volvió a sentir el hormigueo de placer expandiéndose por todo su cuerpo. Se cogió a la camisa de él para que no la dejara, incluso se acercó más para no dejar espacio entre los dos. Los brazos de él la rodearon y la estrujaron contra su pecho. Ella pudo sentir los poderosos músculos del cuerpo masculino adheridos al suyo. Cuando Vincent se separó un poco y la miró a los ojos vio que estaba tan excitada como él. La besó en la frente, tratando de recobrar el control, que parecía que lo abandonaba cada vez que aspiraba la fragancia

inconfundible de ella.

Dany no quería que terminaran aquellas placenteras sensaciones que su cuerpo sentía por vez primera. Se puso de puntillas y mordió suavemente el labio inferior de Vincent.

—Cariño, acuéstate, sino mañana no te levantarás. —Estaba haciendo un gran esfuerzo para dejarla. Su cuerpo le pedía a gritos que entrara en la choza y le hiciera el amor.

Ella estaba consumida por la pasión. En la neblina del deseo no entendió lo que él le decía. Se colgó del fuerte cuello para que la siguiera besando.

—Cariño, no deberíamos... —empezó a decir él.

Ella aprovechó para deslizar su lengua dentro de la boca masculina para acallar cualquier protesta. Vincent dejó de hablar, tomó el mando de la situación, introdujo su lengua en la dulce calidez que le ofrecía, y la besó tan apasionadamente que ella creyó que la quemaba con su pasión. Que en cualquier momento se convertirían en humo, o que se derretiría a sus pies. Era tal la conmoción que él le provocaba con sus besos que sentía como si todo rodara a su alrededor.

Él sintió los temblores que recorrían la espalda femenina. No había lugar para juegos. La cogió en volandas y entró en la choza. Cerró la puerta con el pie y se apoyó en ella con Dany en brazos, ella buscó la boca masculina con la suya, puso sus pequeñas y suaves manos en las mejillas masculinas y lo besó con tanta ternura que él tembló por el poderoso deseo que crecía en su interior.

—¿Estás segura de que deseas esto? —preguntó Vincent entre un beso y otro.

—Sí, te deseo —susurró ella jadeante.

Él la llevó hasta la cama y la tendió en el centro. La miró a los ojos. En ellos vio una pasión recién descubierta. Se inclinó y la besó en la boca, luego en los ojos, en la nariz. La abrazó y paseó la lengua por el lóbulo de la oreja. Ella gimió por el placer que aquellas caricias le daban. La boca de Vincent fue bajando por su cuello. Dany estaba anonadada por las increíbles sensaciones.

La fue desnudando lentamente; le quitó las deportivas y los pantalones. Le acarició las piernas con tanta suavidad, que ella se retorció por el placer. Le quitó la camiseta y se dio cuenta de que ella no llevaba sujetador. Sus manos fueron tiernas al acariciar los pechos inhiestos. Ella se sentía poseída. Cuando él los acarició, su cuerpo se convulsionó, su espalda se arqueó buscando más de aquel increíble gozo. La respuesta de Dany estaba llevando a Vincent al límite, su boca se apoderó de uno de los rosados pezones femeninos y ella gritó de placer. La lengua masculina jugaba con aquella cima sensible, y luego con la otra, ella no podía respirar; gritaba, se convulsionaba en la cama. Vincent la controlaba.

—Quiero darte tanto placer como tú me das a mí —grito Dany—. Déjame que...

—No, amor mío, otro día, hoy no podría resistirlo, te deseo demasiado.

—Pero...

En aquel momento Vincent puso su mano en el interior de sus braguitas, la protesta quedó en el aire.

Ella abrió la boca, pero de ella solo salió un jadeo ahogado. Él le acarició tiernamente los sedosos rizos que protegían su feminidad; sintió entre ellos el pequeño capullo inflamado. Lo acarició con suavidad con el pulgar. Ella gritó por el placer que estaba sintiendo. Aquel sonido sacudió a Vincent hasta la médula de los huesos. Se apartó un poco de ella. Se puso en pie y se quitó toda la ropa. Ella lo miraba con los ojos entornados. Tenía los parpados pesados por la pasión que sentía. No apartó la mirada ni un segundo, quería ver el magnífico cuerpo de él. Cuando él estuvo desnudo, se tendió a su lado apoyado sobre un codo. Volvió a besarla. El cuerpo de ella estaba despertando a esas sensaciones que la llevaban más allá del límite. Le devolvía los besos con pasión. Dany empezó a acariciar el ancho pecho masculino, enredando los dedos en el vello rizado que encontraba. Le acarició los poderosos hombros, los brazos, la espalda. Cuando llegó a las nalgas, las acarició, las apretó, entonces dirigió su mano hacia la inflamada masculinidad y le encantó el grave

gemido que escapó de las profundidades del pecho de Vincent.

Él separó su boca de la femenina y vio que esta estaba inflamada de tantos besos. Fue bajando hasta estar atormentando el valle entre los senos. Mientras sus labios devoraba la dulzura de los pezones femeninos, su mano libre sacó las braguitas y empezó a acariciarla, el rosado capullo estaba tan inflamado que a la primera caricia, ella dejó escapar un murmullo inarticulado. Vincent fue moviendo la mano e introdujo un dedo en la hendidura bajo los rizos, ella lo cogió tan fuerte por los hombros que le dejó las uñas marcadas. Él no movió el dedo que había introducido en ella. Se quedó quieto para que ella se adaptara a la penetración, mientras con el otro dedo acariciaba la protuberancia entre los pliegues de su sexo. A los pocos segundos sacó el dedo del interior del cuerpo femenino y volvió a introducirlo lentamente; a ella se le escapó un gemido. Él volvió a hacerlo y entonces ella empezó a retorcerse contra su mano. Ella no dio muestras de incomodidad, pero él la sentía muy ajustada. Tenía la mano empapada por la pasión del momento, pero ella aún no estaba preparada para recibirlo. Aquella dulce agonía iba a matarlo. Su miembro viril estaba a punto de estallar. Se dispuso a introducir un segundo dedo en el interior de Dany. Al estar tan mojada, no le fue difícil, pero ella se quedó quieta un momento. Se sentía tan llena, que respiraba con dificultad. Vincent movió los dedos muy despacio dentro de ella. Dany soltó un gemido de placer. La presión en sus genitales estaba aumentando con tanta rapidez que se sintió mareada. Se incorporó para alcanzar la boca de Vincent. Su cuerpo se movía por voluntad propia; ella no entendía lo que le estaba pasando. No podía controlarse. Él sintió como el cuerpo de ella se tensaba contra sus dedos y era recorrida por infinidad de temblores mientras gritaba, gemía y sollozaba. Dany no podía pensar. La presión que poco antes había sentido entre sus piernas había estallado en un mar de puras sensaciones que la elevaban a tocar el cielo con las manos. Cerró los ojos y se rindió al momento, fue una experiencia maravillosa.

Cuando volvió abrir los ojos, vio a Vincent que la miraba con ternura y le

apartaba el pelo de la cara, mientras la besaba con dulzura.

—Dios... ha sido la experiencia más... —No sabía cómo expresar lo que había sentido.

Vincent sonrió satisfecho.

A ella le costó un buen rato acallar a su alocado corazón y volver a respirar con normalidad. Cuando esto paso, él la tenía abrazada contra su cuerpo y la iba acariciando. Ella se sentía renovada. Empezó a acariciarlo como él hacía con ella. Pronto la pasión entre los dos volvió a crecer. Ella empezó a moverse contra el cuerpo masculino, como si estuvieran bailando al compás de las olas del mar. Él la besó con ardor. Cuando iba a separarse ella tiró de él, que lo tenía abrazado con fuerza por la nuca. Estaba otra vez hambrienta de él. Vincent se movió y se colocó entre los muslos abiertos de Dany. Ella lo abrazó envolviéndolo con sus largas piernas. El miembro viril empezó a entrar en el interior del cuerpo femenino. Ella estaba tan empapada por su reciente orgasmo y la pasión que volvía a sentir que él la penetraba con facilidad, hasta que encontró la barrera de la virginidad. Empujó con un poco más de insistencia y la barrera pronto cedió. Ella contuvo la respiración. No esperaba que le doliera después de lo que había sentido unos minutos antes, pero dolía. Cuando él estuvo hundido hasta el centro de su cuerpo, se quedó muy quieto. La había oído contener la respiración. Además, ella se cogía a él con fuerza, con piernas y brazos. Vincent se separó un poco de ella y empezó a besarla con ternura. Le daría tiempo para mitigar el dolor. La manera como la besaba hizo que a ella pronto se le pasara la incomodidad. Empezó a devolverle los besos con frenesí, notando que en su interior volvía a crecer aquella presión que pronto daría paso al completo olvido. Vincent, al notar que ella se relajaba, empezó a moverse en su interior con pereza. Ella estaba frenética por las sensaciones, con pequeños gritos y gemidos lo urgía a que se apresurara, le pedía más; él perdió la poca cordura que le quedaba y embistió con fuerza en el interior de Dany. Sintió que los músculos vaginales se tensaban alrededor de su miembro y empezaba a temblar, sollozando por el infinito placer que la

estaba consumiendo. Cuando sintió que ella había agotado hasta la última de sus sensaciones, se derramó en ella soltando un gruñido de puro éxtasis.

Estuvieron abrazados largos minutos hasta que sus corazones dejaron de retumbar dentro de sus pechos y pudieron volver a respirar con normalidad.

Vincent se apartó de ella.

—¿Cómo te sientes?

En la cara de Dany se dibujó una soñolienta y placentera sonrisa, pero no abrió los ojos.

—Supongo que bien.

Aquella extraña respuesta hizo que Vincent frunciera el ceño.

—¿Supones?

A ella se le escapó una pequeña risita, pero siguió con los ojos cerrados.

—Mírame.

—No puedo.

Vincent no sabía si se estaba riendo de él, pero al tenerla desmadejada entre sus brazos, un extraño sentimiento de posesión le estaba recorriendo el cuerpo y el alma. Nunca se había sentido igual. Le besó los ojos para que ella los abriera, pero no lo hizo.

—Déjame ver tus ojos, cielo.

Dany movió la cabeza de un lado a otro y al hacerlo levantó una mano y se la puso sobre la frente. Lo que hizo que él se preocupara.

—¿Qué te pasa?

Por el tono de su voz, ella supo que él se estaba impacientando.

—No lo sé... cuando me besas pierdo el mundo de vista; me da una especie de vértigo muy placentero, pero algo intimidante. Imagínate cómo me siento ahora, después de...

Él sonrió con satisfacción. Lo que le pasaba es que estaba abrumada por las increíbles sensaciones.

—Tengo miedo de desmayarme.

—No te preocupes, amor; si pierdes el conocimiento no dejaré que te

caigas, te abrazaré fuerte, muy fuerte. —Al decirlo la estrechó contra su pecho.

Vincent nunca se había sentido más hombre que al escuchar aquellas palabras que ella dijo. Esa mujer le estaba robando la razón y se dio cuenta de que le gustaba, que le entregaría su alma sin pensarlo dos veces.

La mantuvo abrazada contra él hasta que oyó su respiración regular y la miró para cerciorarse de que se había quedado dormida. Le encantaba mirarla. Nunca se cansaría de hacerlo.

Capítulo 15

—**D**esperta dormilona —susurró Vincent al oído de Dany al rayar el alba.

Ella se removió en la cama.

—Me hiciste prometer que te despertaría.

En aquel momento ella no recordaba nada.

—¿Qué?

—¿No quieres ver salir el sol?

Estuvo espabilada al instante; se sentó en la cama.

—Pero... aún es de noche —dijo dejándose caer sobre la almohada otra vez.

—Primero tendremos que darnos un baño.

Ella siguió su mirada. Los dos conservaban aún las marcas de la virginidad perdida de ella. Dany se puso de color escarlata. Vincent la besó—. ¿Te arrepientes?

—No, nunca. —Su vehemencia al decirlo lo llenó de júbilo al mismo tiempo que una extraña euforia le llenaba el corazón. Nunca antes se había acostado con una mujer virgen, y mucho se temía que había traspasado una línea que marcaría su destino.

—Entonces, ¿por qué te sonrojas? —Ella no le contestó. Él la cogió en brazos y la llevó al cuarto de baño.

Salieron de la cabaña cuando el cielo empezaba a cambiar de color.

—Espera, iré a por dos cafés. —La detuvo mientras iba a las máquinas y sacaba unas monedas del bolsillo.

Y se dirigieron a una pequeña colina.

Vincent se sentó en el suelo y le hizo una seña para que ella se sentara entre sus piernas, cuando lo hizo, en su cara se dibujó una mueca.

—¿Te hice daño anoche? —Quiso saber mientras empujaba su barbilla para que lo mirara a los ojos.

Dany no le sostuvo la mirada.

—Fue la sorpresa, después de sentir... yo no me esperaba que entonces...

Él la abrazó contra su cuerpo y le susurró al oído.

—No volveré a hacerte daño; te lo prometo.

Ella se relajó contra el pecho masculino.

Los demás del grupo se reunieron con ellos. Eugenia al ver a la pareja se dio cuenta de que Vincent ya tenía los ojos puestos en otra que no era ella. Haber perdido la apuesta que hizo con sus amigas no le importó tanto como suponía; después de todo, Carlos y Mario también eran bastante atractivos.

Poco después, la visión del cambio de color en el cielo, el sol asomando por el horizonte y los arcoíris que se formaban con el vapor del agua que levantaban las cascadas... todos estaban maravillados del gran espectáculo que se estaba desarrollando ante sus ojos. ¡Desde luego que no lo olvidarían mientras vivieran!

La noche anterior, cuando todos habían decidido hacer aquel vuelo en helicóptero, Vincent ya se había ocupado de las reservas. Se lo contó a los chicos y les dijo que debían ir a desayunar.

Durante las dos horas siguientes, se lo pasó en grande viendo lo excitados que estaban todos; él sonreía de satisfacción. Hacía mucho que no se encontraba con un grupo que disfrutara tanto de un safari, pensó que tal vez se debiera a la juventud de los chicos. Recordó la primera vez que había estado

recorriendo aquellas tierras. Lo habían cautivado y había acabado quedándose en aquel país. Sus costumbres, su gente y la paz que allí se respiraba se le había metido bajo la piel.

Dany lo observaba y veía las extrañas expresiones de su cara.

—¿Ocurre algo? —Él le cogió la mano que ella tenía sobre la mesa y se la apretó.

—Estaba pensando en la primera vez que estuve en este país. —Sus miradas no se separaban, y ella alzó una ceja interrogante—. Fue tan grande la impresión que me causó, que me quedé aquí.

—¿Qué hacías antes de dedicarte a esto?

—Estudí magisterio, y me especialicé en ciencias de la naturaleza. Cuando terminó el curso, hicimos el viaje de fin de carrera aquí, y a la hora de volver yo decidí quedarme, primero pensé en trabajar de maestro, pero me salió este trabajo y aquí me tienes. Me siento satisfecho con lo que estoy haciendo, en cierto modo, es como si estuviera enseñando en un colegio; la diferencia es que la escuela es el país entero, y los alumnos... todas las personas que contratan un safari. Conozco a mucha gente, a algunos los mandarías a paseo, pero la gran mayoría de la gente que viene es porque ama la naturaleza, y tienen mucho interés en conocer las costumbres y a las gentes de aquí. Son muy respetuosos con todo y tratan de aprender de todo lo que ven.

Dany lo miraba con una sonrisa tierna en la boca.

—Entiendo lo que dices. En París la gente va a ver la Torre Eiffel solo para alardear ante sus amigos que han estado allí. Se hacen miles de fotos para que quede constancia, pero tras de sí van dejando un rastro de basura. También hay el turista que se dedica a ir a los museos y admirar el arte, pero estos son la minoría.

—¿No te gusta París?

Se quedó pensativa un momento, mordiéndose el labio inferior. Aquel gesto hizo que él deseara lamer aquel exquisito manjar.

—París es una ciudad maravillosa, pero para mí ha representado la

separación de mis seres queridos. Mi padre siempre me ha tratado como a una inversión. He tenido que aprender a mentir para poder pasar tiempo con mis amigas, para visitar a mi madre; si le hubiese hecho caso a él, ahora mismo estaría amargada de la vida. —Él notó como se entristecía—. Me habría convertido en algo parecido a una ermitaña, los ratos que pasé con mis amigas me rescataron de ese fin.

Vincent levantó la mano que tenía entrelazada con ella y la besó.

—Por lo que me dijiste, eso ahora ha quedado atrás.

—Sí, todo menos la pintura. En eso tengo que estarle agradecida. Es algo que me apasiona; lo llevo en el alma.

—Creo que podré vivir con ello.

Al decir esas palabras, Vincent la miró con tanta ternura que ella contuvo el aliento. No sabía lo que había querido insinuar con eso. Su mirada se llenó de preguntas.

Después de la noche pasada, a Vincent le costó mucho conciliar el sueño, y se dedicó a analizar sus sentimientos que aquella mujer le inspiraba. Desde luego había sentido celos, algo que no había pasado nunca. Todas las que en algún momento u otro de su vida compartieron cortos espacios de tiempo no representaron nada parecido a lo que en esos momentos le quitaba el sueño. Siempre había creído en el destino, como el que lo llevó a aquel país e hizo que se quedase allí, donde se sentía completamente satisfecho con su vida; y llegó a la conclusión de que ella le estaba predestinada.

Desde el primer instante que la vio, había sentido algo que le removió todo su ser como un tsunami. Se había dormido con la convicción de que aquella mujer le había cambiado la vida, que lo había inutilizado para todas las demás.

En ese momento Mario llamó su atención, diciéndoles que se acercaba la hora.

El vuelo resultó ser algo apasionante. La vista de las cataratas era algo mágico; el vapor que se levantaba de los altos saltos de agua formaba nubes en continuo movimiento. Todo el grupo parecían niños; solo se escuchaba «mirad... mirad... mirad...». Les faltaban ojos.

Dany había cogido a Vincent de la mano, y él los observaba a todos con una sonrisa en la boca por la excitación que no ocultaban.

El recorrido se les hizo corto. Cuando quisieron darse cuenta, ya estaban aterrizando.

—Ha sido maravilloso —susurró Dany a Vincent; él la miró con aquella sonrisa hechicera.

—Sí, mi amor.

Al tiempo que lo decía se acercó y le dio un beso en la frente.

Ella miró a sus compañeros y se dio cuenta de que nadie les hacía caso. Cuando sus miradas volvieron a encontrarse, él alzó una ceja.

—¿Pasa algo? —le preguntó.

—No, no...

Pero él sabía lo que ella pensaba.

—A nadie le importa.

—Eso espero. El otro día me pareció que Eugenia...

—Me has estropeado, ya no veo más belleza que la tuya. Y ella vio que no me interesaba; seguro que ya está con otro.

Ella frunció el ceño al no entenderlo.

—A las mujeres como ella no les interesa con quién, solo tener a alguien que les baile el agua.

—¿Quieres decir que...?

—Seguro que alguno de los chicos la entretiene cuando ella quiere.

—Vaya.

Al cabo de un buen rato vieron a Alex que se acercaba; estaban sentados a la sombra de unos árboles.

—¿No sabes lo que te has perdido? —afirmó Eugenia entusiasmada.

—Sí, lo sé, por eso me he quedado durmiendo. Lo he visto tantas veces que hoy me he quedado en la cama.

Dio un vistazo a su amigo esperando que no les hubiera dicho que tenía miedo a volar y vio a Vincent sentado en un tocón con Dany acomodada entre sus piernas. Se acercó a ellos.

—Vaya, no hay más espacio para sentarse —bromeó.

—Sí —le contestó ella con una sonrisa—. Hay mucho, pero si quieres que te ceda el mío...

—No, de ninguna manera. Lo que quería decir...

Vincent soltó una carcajada por la cara que puso su colega. No esperaba que ella le contestara esa impertinencia.

—Cállate, Alex.

Este soltó un gruñido y se alejó de allí.

Poco después se fueron todos a comer, y por la tarde la mayoría de ellos se fue a hacer una siesta mientras Alex y Vincent se quedaron tomando café.

Dany despertó. Cogió su bloc de dibujo y salió de la cabaña. Supuso que Vincent aún estaría con Alex. Se dirigió hacia unas rocas, se sentó y empezó a dibujar. Allí la encontró Vincent que, al ir a su cabaña y no encontrarla, había salido a buscarla.

—Pensé que dormirías hasta más tarde —dijo sentándose a su lado.

—Tenía muchas ganas de dibujar. Casi no he dormido.

Se giró hacia él y sus labios fueron al encuentro de un beso.

Poco a poco todos fueron saliendo de sus cabañas y pasaron la tarde paseando por aquel bello paraje.

Aquella noche cuando fueron a acostarse, Dany se dio un baño. Al día

siguiente se levantarían pronto para seguir la ruta. Cuando salió del baño se dio cuenta de que Vincent se había quedado dormido. Lo miró durante unos minutos. Era un hombre muy atractivo. Así dormido, sus rasgos relajados le encantaron. Le entraron unas enormes ganas de dibujarlo. No lo pensó dos veces, cogió su bloc y se sentó al lado de la cama.

Un par de horas más tarde cerraba el bloc satisfecha con el resultado. Se metió en la cama y se abrazó al hombre que le estaba enseñando otra forma de vivir, una manera de saborear la vida que hasta que no había ido a aquel país le había estado vedada.

Capítulo 16

Estaban recorriendo unas inmensas llanuras donde había animales pastando por todas partes. Vincent les iba contando anécdotas, Carlos y Mario prestaban mucha atención a sus explicaciones. Cuando se pararon a comer, todos estaban de muy buen humor. La tarde fue igual de placentera. A media tarde pararon un rato para estirar las piernas.

—No os alejéis demasiado —les advirtió Alex a todos mientras se apeaban de los jeeps.

—Eso siempre lo decía Víctor. No sabes lo que le fastidia tener que estar siempre alerta —susurró Vincent al oído de Dany.

Ella se echó a reír.

—¿Por eso está de tan mal humor? —preguntó riendo.

—No... vaya... no lo creo.

Ella se alejó con su cámara de hacer fotos, y Vincent y Alex se quedaron al lado de los coches.

—¿Se puede saber qué te pasa? —lo interrogó Vincent.

—Te has liado con ella, ¿verdad?

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Al hablar Alex lucía el ceño fruncido.

—A ti no te importa.

—Claro que me importa. Claudia me llamó y me hizo prometerle que os vigilaría.

Vincent soltó una carcajada.

—Conmigo fue más directa: me dijo que me mantuviera alejado de ella.

Alex lo miró alelado.

—¿También te llamó a ti?

—Sí.

—Pero... no le has hecho caso.

—Dany no es ninguna niña, Alex.

—Eso ya lo sé, pero Claudia nos va a sacar los ojos.

—Yo no me preocuparía por eso —afirmó Vincent a la ligera.

—Ya verás cuando lleguemos.

Después de unos segundos.

—Pienso casarme con ella —declaró Vincent.

—Pero... pero... —Alex lo miraba alelado.

—Deja de tartamudear. ¿Tan raro es que decida casarme?

—No, no... pero... —Se calló al ver que ella se acercaba.

Dany ya había hecho suficientes fotos. Se acercó a ellos y se abrazó a la cintura de Vincent. Este bajo la cabeza y la besó en la frente.

Volvieron a reemprender la marcha. La charla era amena entre ellos. Cuando quisieron darse cuenta, Vincent detenía el coche y les decía que pasarían la noche allí. Todo fue movimiento. Todos ellos se espabilaron para montar las tiendas. Como Vincent ayudó a Dany, esta terminó más temprano y se fue con él a buscar leña. Cuando estuvieron un poco alejados del campamento, Vincent la cogió, la abrazó y la besó. Todo el día venía deseando hacerlo. Ella le devolvió el beso con igual fervor. Cuando se dieron cuenta, estaban los dos jadeantes.

—Será mejor que recojamos esa leña y volvamos, si no queremos que salgan a buscarnos —susurró mientras sus corazones volvían a la normalidad.

Después de cenar y de la tertulia cotidiana comentando la jornada, todos se fueron a acostar. A Dany le encantaba remover en el fuego. Vincent la observaba.

—¿Por qué haces eso?

—Si pones suficiente imaginación, el fuego tiene unas formas preciosas, siempre cambiantes, ondulantes, los movimientos de las llamas pueden parecerse a la cara del diablo o también a dos amantes haciendo el amor.

Las palabras de Dany hicieron que Vincent tuviera una erección inmediata. La cogió en brazos y la llevó a su tienda, la desnudó rápidamente y después se desnudó él. Sus movimientos eran tan apresurados, tan frenéticos, que ella supo que estaba excitadísimo, incluso antes de que quedara a la vista el mismísimo símbolo de su masculinidad inflamada. Le entró la risa.

—¿De qué te ríes? —Él estaba asombrado.

—De ti, de tus prisas.

—Si supieras cómo me siento, echarías a correr.

—Tu nunca me harías daño —dijo ella al tiempo que le acariciaba la mejilla.

—En eso tienes razón, amor mío —susurró al tiempo que se tendía encima de ella.

Dany sintió el roce de su masculinidad en su bajo vientre. Aquello la excitó. Puso la mano entre los dos cuerpos y lo acarició, él la besó con todo el fuego que bullía en su interior. Ella sintió crecer aquel miembro que tenía en la mano, palpitante, y duro como si fuera de piedra, lo apretó instintivamente y él gimió.

—¿Te he hecho daño?

A él lo conmovió la preocupación en su voz.

—No, mi amor, es solo que deseo estar dentro de ti, y el deseo a veces es doloroso.

Se apartó un poco de ella y se dispuso a acariciarla como ella había hecho con él minutos antes.

—¿Aún tienes molestias? —preguntó Vincent, antes de avanzar demasiado, si ella le decía que sí, se detendría antes de llegar más lejos.

—No, además te deseo tanto, que no me importaría —susurró ella

sensualmente provocadora.

Vincent pensó que si tenía alguna molestia tampoco se lo diría. Con la pasión que veía reflejada en sus ojos... Empezó a enloquecerla con su boca, besó sus labios entreabiertos, llevándola más allá de toda razón; luego empezó a descender por el cuello femenino hasta que estuvo saboreando los dulces pezones endurecidos por el deseo. Su boca fue bajando a través del estómago y estuvo jugueteando en el ombligo. Ella empezaba a convulsionarse. Lo cogía por los hombros y trataba de atraerlo hacia su boca, pero él tenía otras intenciones. Dejó el ombligo atrás y llegó al suave triangulo de rizos, que era el centro de todas las pasiones. Su lengua se movió acariciando el inflamado capullo, Dany gritaba por el increíble placer que la fricción de la lengua de Vincent le producía. Intentó incorporarse para atraerlo hacia su boca, pero él aumentó la presión con que la sostenía. Ella estaba a su total voluntad. Las suaves caricias de la lengua masculina la estaban enloqueciendo Cuando él sintió que ella empezaba a temblar, su boca la cubrió por completo, la acarició y succionó mientras ella gritaba de puro éxtasis. Entonces fue subiendo por el cuerpo femenino dejando un rastro húmedo y caliente, por donde pasaba y cuando llegó a la boca femenina ella pudo saborear su propio sabor en los labios de Vincent. Él la penetró mientras la besaba con ardor. El cuerpo de ella no tuvo tiempo de bajar de la cima a la que él la había llevado cuando se volvió a encontrar en ella, las embestidas de Vincent eran firmes y calculadas. Cada una de ella arrancaba un pequeño grito, la presión volvía a crecer y ella enloquecida de pasión por lo que estaba sintiendo:

—Más... más... —gritaba jadeante.

Aquellas palabras sacudieron a Vincent que se lanzó en una enloquecida cabalgata que los hizo gritar a los dos, juntos llegaron a ese reino de pasiones donde todo está permitido.

Cuando Vincent pudo controlar su respiración y el latir de su alocado corazón, rodó a un lado, abrazando a Dany. Ella se acomodó en el hueco de su cuerpo.

—Eres increíble, mi amor.

Cuando levantó la cabeza para mirarla, se dio cuenta de que estaba dormida.

Al fin la búsqueda de alguien que lo llevara a la aldea donde vivía Claudia dio sus frutos. Federico entró en la última agencia que marcaba el mapa y lo atendió un muchacho muy atento. Cuando le dijo dónde quería ir, este le sonrió y le dijo que uno de sus jefes vivía allí. Sin embargo, en esos momentos los guías estaban de safari y nadie podía llevarlo.

—¿Ha preguntado en otras agencias?

—Sí, y todas quieren llevarme a recorrer el país. Yo lo único que quiero es ir a Ireke.

Juan hizo una mueca, sabía cómo funcionaban las otras agencias.

Contrariado por tener que esperar, Federico le dio su teléfono para que lo llamara cuando alguien pudiera llevarlo.

Capítulo 17

A la mañana siguiente cuando Dany despertó, estaba sola; salió de la tienda y varios de los componentes del grupo estaban tomando café en torno al fuego. Se acercó a Vincent y le dio un beso; él se lo devolvió y vio por el rabillo del ojo como Alex se ponía ceñudo. No le dio importancia.

Ese día estuvieron recorriendo el cauce de un río. Los paisajes eran extraordinarios; todos hicieron muchas fotos. A la hora de comer pararon en un lugar donde Alex les dijo que podían tomar un baño. Les encantó a todos, el agua estaba helada, pero era reconfortante, pues hacía mucho calor. Las chicas se dieron un pequeño remojón y se tendieron en una roca al sol. Dany se reunió con ellas. Alex y Vincent se mantenían alerta, pero algo alejados charlando. Ella no quería interrumpirlos; la charla con las chicas era muy amena. Carlos y Mario se reunieron con ellas y empezaron a bromear.

—¿Te parece correcto haberte liado con Dany? Sabes que Víctor nunca lo aprobaría. —Alex no veía con buenos ojos la actitud de su amigo. Había pensado mucho en lo que le había dicho el día anterior y llegó a la conclusión de Vincent le había tomado el pelo. Hacía muy poco que la conocía como para querer casarse con ella. Además, no se lo imaginaba casado. Su amigo era un espíritu libre que disfrutaba de los placeres de la vida siempre que podía.

Él aludido lo miró sorprendido.

—Lo que haya entre Dany y yo es algo que no incumbe ni a ti ni a Víctor.

—Pero sabes muy bien que nunca le ha gustado que ninguno de nosotros se

liara con ningún miembro de las expediciones.

—Sé muy bien lo que piensa Víctor —respondió—. Pero también sé que sería muy hipócrita de su parte si me lo reprochara. Después de todo, él hizo lo mismo con su mujer.

Alex no le podía discutir eso.

—Lo sé... pero... aun así, creo que deberíais ser más discretos.

La discusión se terminó cuando todos los demás se reunieron con ellos para preparar la comida. Al terminar, Dany sirvió dos tazas de café y le entregó una a Vincent y otra a Alex. Luego fue a buscar café para ella y se sentó al lado del guía apoyándose en su hombro, él la rodeó al instante con su brazo y la atrajo. Alex soltó un gruñido, se levantó y se alejó de ellos.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Dany.

—Nosotros.

Ella lo miró sin entender.

—Víctor siempre ha sido muy contundente con nosotros... conmigo por ser más exactos, a la hora de hacer más amistades de las necesarias con los miembros de los safaris. —Dany seguía sin entender—. Víctor no aprobaría que todos los demás sepan lo que está pasando entre nosotros.

—¿Por qué?

—Porque nuestra empresa es seria. Hay otras que funcionan de muy distinta forma. Las personas que se dirigen a ellas ya saben lo que van a encontrar, aparte de un buen safari, también se ofrecen otras diversiones.

—Y Alex sabe que tú y yo... —No terminó lo que iba a decir. Las mejillas se le habían encendido. Ella no le encontraba sentido a ocultar lo que ocurría entre ambos. Además, estaba segura de que todos sus compañeros lo sabían. Serían tontos si no fuera así. Quizás Alex, que conocía mejor que ella a Vincent, supiera algo que a ella se le habría pasado por alto y trataba de protegerla pero, qué diablos, ella se defendía sola.

Dany empezó a fruncir el ceño. Se soltó del abrazo de Vincent, se levantó y se alejó hacia unos árboles. Necesitaba estar sola para poner en orden sus

pensamientos. En cuanto se hubo alejado, pudo pensar con claridad; había caído en brazos de Vincent no solo porque fuera un hombre muy apuesto... que lo era, el tío tenía un buen polvo, la hacía sentir deseada y le regalaba goce a manos llenas. La había seducido y ella había disfrutado cada momento. ¿Qué mal había en ello?

Estaba harta de vivir toda su vida como una ermitaña, ya era hora de que se diera algún homenaje. Su padre nunca le había permitido salir con chicos, con los únicos que había tratado fueron sus compañeros de estudios. Ninguno de ellos le llamó la atención lo suficiente para tener una aventurilla. Solo eran amigos.

Además, ella no creía en el amor, ese sentimiento que quedaba tan bien en las novelas románticas o en las películas. Resultaba entretenido de ver o leer, pero en la vida real... Tuvo el ejemplo de sus padres. Si lo que ellos habían vivido era amor, no lo quería para ella. Su hermana, en las numerosas cartas que le había mandado le decía que era muy feliz con su marido. Suponía que a lo que su Claudia se refería era que estaba a gusto con Víctor; como dos compañeras de piso que se aprecian, cada uno tenía su trabajo y por las noches disfrutaban el uno en brazos del otro.

¡Eso debía ser la felicidad a la que se refería su hermana!

Vincent había visto las emociones que iban cambiando la expresión de ella. La siguió con la mirada y, cuando habían pasado unos minutos y ella no regresaba, fue en su busca. La encontró apoyada en un árbol con la mirada perdida en la espesura del bosque.

—¿Qué ocurre cariño?

Ella se sobresaltó al oírlo, estaba tan ensimismada que no lo había escuchado acercarse.

Dany lo miró fijamente a los ojos. No se fue por las ramas al preguntar.

—¿Qué represento para ti?

No quería que se hiciera falsas esperanzas con respecto a ella.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —quiso saber él frunciendo el ceño.

—Soy un romance pasajero —afirmó ella con un cabeceo.

—Claro que no.

Él pudo ver la duda en sus ojos.

—¿Hay alguien esperándote? Es eso, ¿verdad?

Si era así, entendería la reacción de Alex.

—¿A qué vienen esas preguntas? —preguntó Vincent acercándose a ella.

Dany retrocedió un paso, alejándose de él y levantando una mano para que no se le acercara.

—Respóndeme.

Vincent pudo notar la confusión que ella sentía.

—No, no hay nadie esperándome.

—Creí que tendrías alguna novia o amiga especial... Entonces no entiendo, si tú eres libre y yo también. No comprendo por qué tanto alboroto; todo terminará junto con el safari...

—¿Qué dices?

Vincent se movió con la velocidad de un rayo y en una fracción de segundo estuvo sujetándola por los brazos para que dejara de alejarse.

—Que los dos somos adultos, que ya sabemos lo que nos hacemos. ¿Qué le importa a Alex? —cogió aire con fuerza—. Si lo que le preocupa es esa mala publicidad de las agencias, que no se preocupe, yo no tengo intención de contárselo a nadie.

Vincent la miraba como si hubiera perdido el juicio.

—No estoy loca, no debe preocuparse por ello. Soy mayorcita y vivo la vida como quiero. Mi hermana y mi cuñado no tienen por qué enterarse de nada. Ciertamente los chicos no se lo van a decir. ¿Lo va a hacer Alex? ¿Se lo dirás tú?

—Dany, escúchame. Alex no sabe nada. Yo te amo y pretendo casarme contigo... —ella parpadeó asombrada.

Dany negaba con la cabeza.

—Tú no me amas.

Vincent la miró levantando una ceja.

—¿Ah, no?

—No, quizás te guste; nos lo pasamos bien, estamos a gusto juntos, pero nada más.

—¿Eso es lo que tú sientes?

Ella asintió con la cabeza.

El orgullo de Vincent sufrió un varapalo al oírla hablar tan fríamente de su relación... o mejor dicho... de su «no» relación, según ella. Para él, la cosa era mucho más seria. Había reflexionado mucho sobre lo que le ocurría con ella; tenía la suficiente experiencia con las mujeres para saber que esta no era como las demás. No lo había afectado de la misma forma que las otras que pasaron por su vida, todas ellas no representaron nada. No lograba acordarse del nombre de la mayoría de ellas. En cambio, al momento de conocerla fue como si hubiese sido fulminado por un rayo, y al conocerla mejor, la sensación de destino, de saber que deseaba tenerla siempre cerca, que había encontrado la mujer de su vida, se fue haciendo más y más fuerte conforme pasaban los días.

Él que siempre se había burlado de sus amigos por sus enamoramientos, se encontró de la noche a la mañana, con esa sensación de pertenencia que nunca antes había sentido.

Y lo aceptó con agrado, en ese momento creía en eso de las almas gemelas, de la media naranja. Dany era su otra mitad. Ya no le entraba en la cabeza su vida sin esa mujer que se entusiasmaba con lo mismo que él, que miraba con felicidad las estrellas, los animales y la naturaleza. Que disfrutaba como una niña de las cosas más simples. Que igual admiraba la forma de una nube, como el suave correr del agua sobre las rocas, como las formas siempre cambiantes de las llamas.

Que ella dijera que lo suyo no era nada lo dejó perplejo. No lo creía, no podía hacer el amor como ella si no sentía nada, y de eso él sabía un rato. Un pensamiento le pasó veloz por la cabeza: ¿sería posible que ella no

reconociera lo que sentía? Había tenido una vida dura, tal vez se negaba a abrir su corazón por miedo a que se lo pisotearan. ¿Era posible que hubiese erigido tantas barreras a su alrededor por miedo a que le hicieran daño, que se había vuelto insensible a los sentimientos? Si era así, sería su tarea ir destruyendo los muros con que protegía su alma, porque, ciertamente, la quería toda enterita. Tendría que tener paciencia con ella hasta que fuera capaz de reconocer sus sentimientos.

—Muy bien, si tú lo dices...

—¿Qué pretendes decir con eso?

Dany se sentía confundida: primero le decía que la amaba y que quería casarse con ella y, después de que ella le explicara que no era eso lo que sentía, daba un paso atrás.

—No juegues conmigo —dijo frunciendo el ceño.

—Nunca se me ocurriría.

—¿Entonces?

Vincent la miraba desde su altura, los ojos claros en los de ella, las manos recorriéndole los brazos arriba y abajo.

—Nada.

Entendía que en ese momento ella estaba en guardia; había sido muy brusco al decirle que la amaba y pensaba casarse con ella. Sabía que ella no estaba preparada para escuchar declaraciones de amor. Se daba cuenta de que se había precipitado. Dany necesitaba más tiempo para curar las heridas de su alma.

—¿Nada? He hablado en serio cuando te he dicho que no juegues conmigo.

Vincent no tenía intención de retractarse de sus palabras y comprendió que lo más seguro sería cambiar de conversación, distraerla.

—¿Ni siquiera cuando estamos a solas por las noches? —Vincent le guiñó un ojo con su mejor sonrisa seductora.

Dany sonrió ante la cara que puso él.

—Me lo pensaré —contestó acercando su cuerpo al fuerte y masculino.

Él no perdió la oportunidad de abrazarla y hacerle notar que no era inmune a su cercanía.

Ella se relajó de inmediato en sus brazos y Vincent le levantó la cara y, al ver aquellos ojos negros que lo miraban expectante, bajó la cabeza y capturó aquellos apetitosos labios. Lo primero que a ella le pasó por la cabeza era que ese hombre era capaz de hacer que se desmayara con sus besos; y eso que ella nunca había sido propensa a los desvanecimientos. Pero cuando él la tomaba en sus brazos, a ella la invadía un extraño vértigo que le hacía rodar la cabeza.

Capítulo 18

Recorrían la sabana, lugar de pastos, donde veían a animales tranquilamente pastando, cuando a media tarde se detuvieron para estirar las piernas. El cielo empezó a encapotarse; tendrían otra noche de tormenta.

—Tendríamos que cubrir los jeeps, así nos ahorraremos de mojarnos cuando empiece a llover —dijo Alex.

Vincent echó una ojeada a Dany. Ella estaba tensa. Se había alejado un poco de ellos, por lo que no podía oír la conversación, pero él supo que ella había visto también el cambio en el color del cielo.

—¿Por qué no nos apresuramos e intentamos llegar a la aldea? Total, tendríamos que llegar mañana al mediodía. —Sugirió Vincent.

—En cualquier momento empieza a llover y sabes que los caminos aquí se suelen poner enseguida como auténticos lodazales.

Vincent asintió con la cabeza. Empezó a cubrir con las lonas su jeep y uno de los soportes metálicos se rompió, salió disparado y le hizo un corte en la parte alta de un brazo.

—Maldita sea —gruñó.

Alex no le prestó atención. Estaba cubriendo su coche; cuando terminó y vio que Vincent no había terminado el trabajo, se acercó a él para ayudarlo y vio la gran mancha de sangre que empezaba a empapar su camisa.

—¿Qué ha pasado?

—Uno de los soportes se rompió —respondió Vincent—. Ayúdame a

terminar y luego veremos si ha sido grave.

Alex hizo lo que le pedía. Cuando terminaron, el grupo se había reunido con ellos.

—¡Vamos a tener otra noche de lluvia! —anunció Mario mirando las nubes que se acercaban con rapidez.

Ante la planicie que se extendía frente a sus ojos, Eugenia dijo:

—Hoy no habrá cueva, ¿verdad?

Cuando Dany se reunió con ellos, no prestó atención a los comentarios de sus compañeros. Solo veía la mancha de sangre del brazo de Vincent que cada vez era mayor.

—¿Qué ha pasado? —exclamó.

—Nada, un soporte que se ha roto —dijo Vincent, quitándole importancia, ante la mirada de preocupación de ella.

Dany no perdió tiempo, le desabrochó la camisa y se la sacó, el corte era profundo.

—Te traeré unas vendas. —Se ofreció Alex, que en momentos como ese, no sabía qué hacer—. Mañana cuando llegemos Víctor lo atenderá.

—Esto necesita cuidado ahora, Alex, no mañana —exclamó ella alarmada—. Mañana puede haberse desangrado. Tráeme el maletín de primeros auxilios.

A Dany le temblaba la voz; Vincent se dio cuenta.

—Tranquila, he tenido cortes peores. —Le tomó la mano y la apretó. Ella lo miró angustiada y él supo que alguno de los muros de su corazón se estaba resquebrajando.

—Siéntate, no puedo llegar bien a la herida, con lo alto que eres.

Vincent se apoyó en la parte de atrás de su jeep.

Alex volvió con el maletín. Ella lo abrió y buscó entre el contenido, sacó unas gasas las impregnó de alcohol, antes de ponerlas sobre la herida miró a Vincent a los ojos.

—Esto va a escocer.

Él sonrió.

Ella vertió directamente el alcohol en la herida, cuando consideró que ya estaba desinfectada puso las gasas que antes había impregnado en alcohol. Las gasas estuvieron ensangrentadas en pocos segundos. Vincent perdía mucha sangre.

—¿No hay nada por ahí para detener la hemorragia? —preguntó a Alex.

—No tengo ni idea —contestó este.

—Sujeta fuerte aquí. —Ella estuvo revolviendo y encontró unos polvos para las hemorragias. Cogió más gasas. Vertió los polvos en la herida y la taponó, en unos minutos ya no sangraba tanto, entonces cogió unas pequeñas tiras de esparadrapo y se las puso cerrando la herida.

—Mañana es posible que Víctor te de unos puntos. Pero de momento esto valdrá.

Le vendó la herida y terminó cuando empezaban a caer las primeras gotas de lluvia.

—Será mejor que nos quedemos aquí a pasar la noche. —Sugirió Alex mirando el cielo—. Tenemos la tormenta a punto de estallar. Apresurémonos con las tiendas.

Todos se pusieron en movimiento; Vincent iba a ayudar a Dany.

—No, deja que yo lo haga; no quiero que esa herida se abra otra vez.

Cenaron alimentos fríos. No podían encender ninguna fogata, la tormenta que había empezado suavemente, pronto se volvió salvaje, los truenos retumbaban ensordecedores.

Dany y Vincent compartieron la tienda. Ella estaba sentada mirando como caía el agua; él, acostado a sus espaldas, sabía que ella estaba muy asustada.

—Ven, acuéstate.

Dany no dijo nada, no apartaba la vista del cielo cambiante siempre debido a los relámpagos. De repente sintió una mano en el hombro.

—¿Qué haces levantado? Has perdido mucha sangre; necesitas descansar.

—Cariño, sé lo que te asustan las tormentas; no dormiré si no te tengo a mi

lado. —Ella se abrazó a su pecho, y Vincent pudo sentir como temblaba—. Ven, ponte dentro del saco. —Los dos lo hicieron y él la abrazó contra su cuerpo—. No temas, mi amor —le musitó suavemente al oído.

Vincent estuvo susurrándole palabras tiernas mientras ella aún temblaba; notó como se relajaba y al fin se quedó dormida, no dejó de abrazarla y a los pocos minutos él también se abandonó a los brazos de Morfeo.

Despertó antes que Dany. Se movió con lentitud para no despertarla y salió de la tienda. El día prometía ser soleado. Estaba saliendo un sol espléndido; se puso a preparar café. Al poco rato Dany abrió los ojos y no había señales de Vincent, se vistió y salió de la tienda.

—Buenos días, mi amor. No ha sido tan terrible, ¿verdad? —dijo antes de besarla.

—No. —Ella se ruborizó, odiaba esa debilidad, la que la dejaba temblando de miedo cada vez que se avecinaba una tormenta. Cuando se encontraba en casa solía ponerse los cascos con la música a todo trapo para no oír los truenos, pero allí...

—No deberías sonrojarte de esa manera, todos tenemos nuestros miedos.

—¿Ah, sí? —Vincent asintió—. ¿Y a qué le temes tú?

—A ti.

Dany casi que se atraganta con un sorbo de café.

—¿A mí?

—Sí, me haces sentir cosas desconocidas para mí.

—¿Ah sí? ¿Qué cosas?

Vincent le había estado dando vueltas durante buena parte de la tarde anterior. Tenía que hacerle reconocer sus reacciones.

—Te preocupas; nadie que no sea mi madre se inquietado nunca por mí.

No cometería el error de insistir en que la amaba. Si lo hacía era capaz de recoger sus cosas y desaparecer, volver a París por mucho que lo odiara. Intuía que Dany le tenía más miedo al amor que a las tormentas. Se preguntaba por qué.

Ella lo miró muy seria durante unos segundos y él supo que ese el comentario no había sido nada sutil, que ella estaba recordando la conversación de la tarde anterior. Tenía que distraerla, y lo hizo de la única manera que sabía del cierto que lo lograría. Le quitó el vaso de café que ella se estaba bebiendo y lo dejó sobre el capó del jeep; ella lo miró extrañada antes de notar las fuertes manos en su cintura y cómo la acercaba hacia su cuerpo musculoso. En cuanto los labios se rozaron, ya no pudo pensar; él era un maestro en el arte de besar. Sabía muy bien cómo hacerla gozar con las suaves o salvajes caricias de su lengua.

Vincent notó cómo ella se pegaba a su pecho, entregada al placer; se tragó varios gemidos que se le escapaban y por su modo de pegarse a él supo que se estaba excitando rápidamente. Ralentizó el ritmo de sus besos y le acarició la espalda tratando de que recobrará el control de su cuerpo. Separó los labios y apoyó la frente en la de ella.

—Eres increíble, vida —susurró junto a la inflamada boca.

Ella sintió el aliento cálido como una caricia. Y, al abrir los ojos, se quedó prendida de la mirada azul brillante.

—No sé qué tienen tus besos que me vuelven loca —no se dio cuenta de que lo decía en voz alta hasta que él le sonrió endemoniadamente.

Lo dijo sin pensar, y a él se le dibujó una gran sonrisa en los labios. Dany era una mujer sin dobleces, lo que pensaba lo decía. Pero se resistía a decirle que lo amaba.

—Eso quiere decir que cuando acabe el safari y nuestra aventura... ¿echaras de menos mis besos?

Se arrepintió al momento de la pregunta que había lanzado. Si la respuesta era negativa, su orgullo masculino sufriría otro buen varapalo. Tendría que haberle dado más tiempo para que descubriera sus sentimientos; pero era impulsivo por naturaleza y no pudo retener sus palabras.

Ella se quedó pensativa, esquivando su mirada. Se soltó de sus brazos y dio un paso atrás.

Vincent imaginó que a ella no quería ofenderlo al volver a rechazarlo como lo hiciera la tarde anterior.

—Olvida lo que he dicho —dijo él—. Cuando estoy a tu lado, me robas la razón y digo tonterías.

A Dany, que aún no se había repuesto del todo de lo que sintiera en los brazos de ese hombre, se giró de espaldas y se quedó mirando al infinito.

Vincent dejó de atosigarla; era evidente que necesitaba más tiempo. Se alejó un poco. Por eso se sorprendió cuando oyó que ella susurraba:

—Seguro que sí, pero...

—¿Pero? —él se detuvo y la miró con intensidad por encima de su hombro. Vio que Dany lo miraba con una extraña expresión. Le pondría las cosas más fáciles porque creyó que ni ella misma reconocía sus sentimientos.

—¿Qué te parece si no le ponemos nombre a lo que nos está pasando? Vivimos día a día, y a ver qué ocurre.

Ella enrojeció violentamente; seguro que lo que pensaba la turbaba de alguna forma.

—Como bien sabes, he tenido una vida muy reclusa. Ni siquiera tuve ningún noviete en el instituto. Además, mis padres... no quiero que terminemos odiándonos como ellos.

Vincent supo en ese momento que tendría que exorcizar muchos fantasmas antes de que ella se liberara de todas sus malas experiencias.

—Eso no nos va a ocurrir —aseguró él.

—Yo no estoy tan segura.

—¿Qué quieres decir con eso?

Él la miró sin entenderla.

—Yo no podré estar siempre aquí; mi trabajo me llevara a viajar a menudo. Tengo que ir a la inauguración de todas mis exposiciones; tengo miedo del tiempo que tengamos que estar separados...

—Cariño —decía mientras la abrazaba—, juntos podremos superar todos los baches que encontremos en el camino.

Ella levantó la cara para mirarlo a los ojos.

—¿Me amas?

—Claro que te amo —afirmó Vincent serio.

—¿Cómo lo sabes?

La pregunta lo sorprendió y no supo qué decirle. Él que presumía de saber siempre qué decir a las mujeres, esta le había quitado su labia para seducir.

—¿Lo ves? No me amas. —Dany sabía que él sería capaz de seducir a una monja—. Me dijiste que me amabas y querías casarte conmigo porque me viste alterada, no porque lo sintieras de verdad.

—¿Desde cuándo eres una experta? ¿Desde cuándo me conoces para decirme lo que siento?

—Por eso mismo, no te conozco.

Vincent soltó una carcajada que a ella no le sentó nada bien, a juzgar por la expresión de su cara.

—Me conoces mucho más de lo que crees, pero no te has parado a pensar en ello. Sabes que soy un tipo que disfruta con la vida que lleva —ella afirmó con la cabeza—. Que dejé una profesión que muchos creerían prometedora por instalarme en este país y recorrerlo porque es lo que quiero hacer. Como te diría Alex, soy un espíritu libre.

—Todo eso ya lo sé.

—Te lo he dicho, la mayoría de las... —iba a decir mujeres, pero se calló a tiempo—. Las personas saben muy poco de mí.

Dany supo lo que él se había guardado; las palabras que no había dicho resonaban en su cabeza.

—Nadie que te vea por primera vez, o lleve contigo más de cinco minutos creerá que te pasas las noches y los días sin una mujer al lado. Tienes tanta experiencia que seguro que te las tienes que sacar de encima.

—¿Eso es lo que te preocupa? No lo voy a negar, como tampoco voy a negar que en cuanto te conocí me olvidé de todas.

—Y aquí estoy yo, la que no tiene ninguna experiencia con los hombres, y

me lo creo.

—Nunca le he dicho a otra mujer que la amaba. Solo te lo he dicho a ti. Todas las que han compartido mi cama sabían lo que buscaban y lo que yo podía darles. Ninguna de ellas buscaba en mí nada más que un buen rato... yo buscaba lo mismo.

A Dany se le apretujó el nudo que notaba en el estómago, dejó de mirarlo, perdiéndose su mirada en el horizonte.

Vincent no quiso permitir que ella siguiera cargando la artillería contra él. La cogió por los hombros y le empujó el mentón para que lo mirara de frente.

—Mis ojos han estado deleitándose con muchas mujeres, ahora se han posado en ti, y quiero que estén siempre pendientes de ti. Como bien has dicho, o no te has atrevido, tengo mucha experiencia, ¿no te has parado a pensar que quizás esté harto de ir de flor en flor? Que lo que yo deseo realmente es dejar que mi mirada, mi corazón y mi vida estén siempre con una mujer que se metió bajo mi piel cuando posé mi mirada en ella por primera vez. Te amo, ahora, mañana y siempre. —Los ojos de ella se agrandaron por lo que había dicho; lo podía decir más alto, pero no más claro—. Dios... como te amo —dijo él, y selló sus palabras con un beso. Cuando separó los labios de aquellos que lo volvían loco dijo—: No creas que espero que tú también lo digas porque crees que debes hacerlo, quiero que seas libre de mandarme al diablo si así lo deseas. Hagamos lo que te he dicho, vivamos el día a día y el tiempo será quien decida.

Ella asintió con una especie de hormigueo en el estómago, muy placentero, por cierto.

Antes de que los demás despertaran hicieron planes, ella seguiría con ellos hasta Nairobi y contratarían una avioneta que los llevara a ver el lago Rodolfo, Vincent tenía unos días libres hasta el próximo safari y los iban a aprovechar.

Capítulo 19

Ese día llegaron a Ireke, la aldea donde vivían Claudia y Víctor. En lugar de llegar a medio día, llegaron al anochecer. Vincent que sabía lo deseosa que estaba Dany de ver a su hermana; no paró hasta que aparcó el jeep en la parte trasera del refugio.

Ella entró como una exhalación, llamando a su hermana. No obtuvo respuesta de esta, en cambio, si la hubo de Susana.

—Vaya, ¿ya estás de vuelta?

Dany hizo caso omiso a la petulancia de aquella mujer.

—¿Dónde está Claudia?

—¿Yo que sé, crees que soy su guardaespaldas?

Aquellas palabras no merecían una respuesta. Salió en busca de su hermana. Tardó un buen rato en encontrarla y, cuando lo hizo, soltó una sarta de improperios. Claudia tenía peor aspecto de cuando la había dejado. Su mirada estaba triste; tenía unas profundas ojeras, incluso parecía que había perdido peso.

Fue corriendo hacia ella y la abrazó. Claudia sonrió, pero Dany pudo adivinar que las cosas no habían cambiado con su suegra.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó preocupada.

—Gorda.

Rio por el dramatismo con que le habló, y Claudia se unió a ella al instante. Cuando pudieron dejar de reír.

—¿Cómo ha ido el safari?

—Ha sido maravilloso. Me hubiese gustado que tú también estuvieras allí, ¡Este país es fantástico! En tus cartas te quedabas corta al contármelo.

Claudia sonreía.

—Se te ha metido en las venas, ¿eh?

—Ya lo creo, mires por donde mires, todo lo que ves es fascinante. —El entusiasmo de su hermana la sacó por un rato de sus inquietantes pensamientos. Cuando Dany dejó de hablar. La mirada de Claudia era de añoranza—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—Por favor, estás hablando con tu hermana. Es esa bruja, ¿verdad? —dijo alzando la voz.

—No la llares así; es la madre de mi marido.

—No has hablado con él, ¿verdad?

—No, no creo que se quede mucho tiempo. Esto no le gusta.

—Pero mientras esta aquí, te está haciendo la vida imposible, ¿no es así?
— Estaba exasperada.

Claudia no dijo nada. Dany vio a su sobrino jugando y lo llamó, el niño corrió hacia ella, y lo levantó y dio varias vueltas con él en brazos, al niño le encantaba que le hicieran eso, y estalló en carcajadas.

—Creo que incluso el niño te ha echado de menos. —Se quejó Claudia—. No está tan alegre como antes.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. A Dany se le oprimió el corazón. ¡Tenía que hacer algo!

Las dos hermanas fueron paseando hasta que llegaron al refugio y que aquella noche también serviría para albergar a los miembros de la expedición. Las dos venían bromeando y riendo con el pequeño Víctor.

Antes de que entraran en el edificio, María llamó a Claudia y esta se quedó fuera hablando con ella.

Dany oyó la voz de Vincent en una de las habitaciones de la planta baja.

Tenía que encontrarlo; quería hablar con él. Lo encontró en el despacho de Víctor. Este le estaba reconociendo la herida del brazo.

—Hola, cuñado. —Víctor le devolvió el saludo, pero no se le había pasado por alto el tono de su cuñada. La miró alzando una ceja.

—¿Qué le pasa a Claudia?

—Nada.

—¿Nada? ¿Tú le has visto la cara que tiene? Incluso me atrevería a decir que ha perdido peso —exclamó exasperada.

—Faltan pocas semanas para que dé a luz; es normal que no se sienta bien, que tenga mala cara.

Dany sabía que no era eso, pero su hermana no quería que ella se interpusiera, aun así...

—Los hombres son estúpidos —musitó moviendo la cabeza.

Víctor no la oyó, pero Vincent notó la preocupación de ella y se preguntó el motivo.

—Tengo que felicitarte. Esta herida está muy bien gracias a tus atenciones. —Vincent la devoraba con los ojos, Dany se sonrojó—. Bien pareja; veo que no habéis perdido el tiempo. ¿Seguro de que nuestros viajeros han estado bien atendidos? —dijo arrastrando las palabras.

Ella se puso de color escarlata, Vincent sonrió.

—Nunca han estado desatendidos, si es a eso a lo que te refieres.

—Bien. —Víctor los miró con una sonrisa en los labios—. Pues prepárate para cuando se entere mi mujer; creo que te hizo una llamada muy particular.

Vincent hizo una mueca.

—Yo tomo mis propias decisiones —exclamó Dany molesta porque todo el mundo sabía lo sobreprotectora que era su hermana.

—Sí, pero... con lo sensible que esta últimamente. —Ante el comentario de su cuñado, ella frunció el ceño pensando en decirle lo que le pasaba a su hermana.

—Víctor, no has dicho que tenías que darme la vacuna de los tétanos.

Vincent hizo el comentario para clarear el ambiente.

Dany lo miró y él le guiñó el ojo.

—Y otra, si vais a ir al lago Rodolfo.

Cuando se volvió con la jeringuilla en la mano, vio que la pareja se devoraba con la mirada. El guiño de Vincent había llegado al corazón de Dany. Le puso la vacuna y Vincent ni se enteró; luego preparó otra para ella.

—Dany, levántate la manga.

—¿Yo? ¿Por qué? si ya me vacunaste.

Víctor no la dejó terminar.

—No me has escuchado —hablaba con una sonrisa en la boca al ver a esos dos tan alelados—. Esta es por el ambiente malsano que hay en el lago Rodolfo.

Vincent la cogió por la cintura y la subió a la camilla. Su cuñado la pinchó, y esta sí que dolía.

—Ay.

—Esta es más dolorosa, ya lo sé. Hasta es posible que te dé un poco de fiebre.

Dany hizo una mueca; solo faltaba que se pusiera enferma.

A la hora de cenar se reunieron todos y estuvieron hablando sin parar de lo bien que se lo habían pasado, Dany se cuidó de presentar a su hermana a todos sus compañeros de aventura, Claudia no se sintió ni un momento relegada a un segundo plano, pues conocía las tierras por donde habían viajado y les daba su punto de vista.

Susana se mostró encantadora; ella misma se presentó al grupo y estuvo hablando maravillas del país donde se encontraban. Dany no podía creer lo que estaba escuchando; todos sus compañeros de viaje la escuchaban con atención y la animaban a que hiciera uno de aquellos safaris. Ella les dijo que era muy posible que lo hiciera, que tenía ganas de conocer aquellos lugares que les habían gustado tanto.

Dany la miraba alucinando de lo buena actriz que era aquella mujer. Ante

todos aquellos desconocidos se estaba mostrando encantadora porque su hijo estaba delante. Se estaba poniendo de mal humor. Pensó en ir a acostarse, pero no quería dejar a su hermana allí. Se propuso que a partir de ese momento no dejaría a Claudia sola, si esa mala pécora tramaba algo, ella estaría allí para pararle los pies.

Al poco rato todo el grupo se levantó y dijeron que se iban a acostar que la noche anterior no habían dormido bien. Susana también dijo que estaba cansada y se levantó de la mesa con ellos para irse a la cama.

Mientras se dirigían al refugio, Susana pensó en Dany. Hasta el momento no había tenido ningún obstáculo para martirizar a su nuera, pero durante toda la noche había sentido la mirada de la muchacha clavada en ella. Tendría que tener cuidado con ella; podía echar todos sus planes a perder.

Claudia hablaba animadamente con Alex. Le decía que tenía unas ganas terribles de ver a su esposa, que la llevara allí, y pasaran unos días con ellos.

Víctor aprovechó la charla de su mujer con Alex para decirle a Dany:

—Le hace mucho bien tenerte a su lado. Desde que os fuisteis que no la había visto tan animada.

A ella se le retorció el corazón.

—¡Quizás porque yo sé lo que está pasando!

Víctor la miró frunciendo el ceño, pero no tuvo oportunidad de preguntar a qué se refería.

—Otra cosa, Vincent. —Los interrumpió Claudia—. Me he dado cuenta de que no me escuchaste cuando te dije...

Dany no la dejó terminar.

—Claudia deja de preocuparte. —Entonces se acercó a su oído para que nadie más pudiera escucharla—. Me gusta —Claudia la miró sorprendida. Dany volvió a acercarse a su oído—. Él dice que me ama, me ha pedido que me casara con él... bueno no fue así, no me lo pidió. —Claudia abrió la boca, pero no salió sonido alguno de ella. Miró a Vincent y a su hermana alternativamente—. Pero, tengo miedo, no quiero precipitarme. Me ha dicho

que nos lo tomemos en calma, y que ya iremos viendo.

Dany cogió la mano que Vincent tenía sobre la mesa.

Todos estaban a la expectativa de la reacción de Claudia.

—¿Él te ha dicho...? —preguntó incrédula, recordando lo mucho que le había costado a su esposo decirle que la amaba.

Dany asentía con la cabeza, mientras Claudia miraba a Vincent. ¿Sería posible que un hombre como él, que siempre estaba rodeado de mujeres, se hubiese decidido a sentar cabeza? No iba a consentir que hiciera sufrir a su hermana. Pensó en tener unas palabras con él a la primera oportunidad. Por mucho que Dany se enojaría con ella si se enteraba, no pensaba quedarse con aquella preocupación.

Cuando aquella noche se fueron a acostar, Dany le dijo a Vincent que no se podía ir con él a Nairobi; él estuvo muy contrariado. Todos sabían lo suyo, incluso Claudia, y no había montado la marimorena que esperaban. No veía el problema por ninguna parte.

—Pero... ¿por qué?

—No quiero dejar a mi hermana sola.

—No la dejas sola mi amor. Víctor siempre ha cuidado muy bien de ella.

—Sí, siempre, pero no ahora. —Parecía angustiada.

—¿Qué quieres decir?

Dany sabía que si le contaba lo de Susana, este no se lo callaría; tal vez sería la manera de poner las cartas sobre la mesa.

—Su suegra es un demonio.

Vincent pareció encontrar el comentario gracioso porque estalló en carcajadas.

—Eso ha sonado como el título de una película. —Se puso serio al ver que ella no reía—. No estás de broma, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No.

—¿Y Víctor no hace nada? —la miró extrañado. Sabía que su amigo adoraba sobre todas las cosas a su mujer, que no permitiría que nada ni nadie la perjudicara de ninguna manera.

También estaba al corriente de que la relación entre Víctor y su madre, era de todo menos cordial. ¿Qué estaba pasando allí?

—Él no sabe nada, Claudia no le ha dicho nada y él lo achaca todo al embarazo.

Vincent frunció el ceño. ¿Sería posible que Dany se estuviese imaginando cosas? Era consciente de la vida que ella había sufrido. La había notado rara desde que esa tarde habían llegado, y durante la cena Susana se mostró muy agradable con todo el mundo. Tenía que llegar al fondo de la cuestión. Puso la almohada apoyada en el cabecero y le pasó un brazo por los hombros atrayéndola hacia su pecho.

—Dime qué está pasando.

Dany pareció pensarlo durante unos segundos, luego, pensó que la confianza entre ellos era fundamental. Empezó por el principio y le contó todo: cómo conoció a Susana, todo lo que esta le dijo en el avión y cómo se comportaba con Claudia cuando Víctor no estaba presente. No obvió que esa mujer había enviado a una chica para que sedujera a su hijo para hacerlo volver a España.

Vincent recordó a Clara, la lagarta que a la vez que trataba de engatusar a su amigo, se lo pasaba bien con todo el que llevara pantalones y que incluso se había embolsado dinero de la agencia de guías.

Frunció el ceño, pero Dany no lo vio. Estaba apoyada en su pecho.

—No he venido aquí para ver cómo esa bruja maltrata a mi hermana; me duele el alma cuando veo que hasta el pequeñín se ve perjudicado por las malas artes de esa mujer. Y ella no se queja porque espera que la mala pécora se vaya pronto.

Vincent se propuso hablar con su amigo al día siguiente antes de irse, lo que le había contado Dany le había puesto el vello de punta.

—De acuerdo, quédate, pero prométeme que me llamarás si me necesitas.

—Te lo prometo —dijo acariciándole la mejilla, él no dejó que retirara la mano, se la capturó entre sus dedos y empezó el ritual amoroso entre los dos.

Capítulo 20

Vincent se levantó temprano; sabía dónde encontrar a su socio antes de que la aldea despertara del todo. Lo vio en el pabellón desayunando y se sentó junto a él, sirviéndose café de una jarra.

—¿Te has vuelto trasnochador, o es que Dany te ha echado de la cama? —se guaseó Víctor.

—Muy gracioso.

El médico se dio cuenta de que su amigo no lucía su permanente sonrisa.

—¿Te preocupa algo?

—Sí, tu mujer.

Víctor recordó el mal talante de su cuñada la tarde anterior. Mientras escuchaba lo que Vincent le contaba, el semblante se le iba ensombreciendo; a la vez que notaba cómo el café con leche que se había tomado se le agriaba en el estómago. Se levantó de un salto. Le era imposible quedarse quieto con lo que sabía en ese momento. Se maldijo a sí mismo al recordar que Dany le había pedido que estuviera más pendiente de mujer antes de irse de safari. No le había hecho caso, pensando que era una tontería. Se daba cuenta del grandísimo error que había cometido. Entendía muy bien los cambios de humor de su esposa, que él achacaba al embarazo. Se paseaba delante de su socio como un león enjaulado pensando en las veces que había visto los ojos hinchados de Claudia por haber llorado.

—¿Qué piensas hacer?

Víctor no escuchó la pregunta. Eso de que su madre le hubiese mandado a Clara... ¡Sería mala pécora! Sabía lo manipuladora que era, pero todo tenía un límite, y este estaba en su mujer, a él podía hacer o decirle lo que quisiera. Hacía años que se había vuelto impermeable a la palabrería de Susana, pero que se hubiese dedicado a molestar a Claudia lo ponía frenético. ¿Qué persona es capaz de maltratar a una mujer embarazada?

—¿Qué vas a hacer? —repitió Vincent, sacando a su amigo de sus aciagos pensamientos.

—Hablar con Claudia, desde luego.

—¿Te das cuenta de que se va a enojar con su hermana por haber hablado?

—Maldita sea, tienes razón.

Por el rabillo del ojo, Vincent vio que Alex se les acercaba acompañado de Mario y Carlos. Le hizo un gesto con la cabeza a Víctor para alertarlo.

—Tengo que irme, si no nos vemos antes de que os vayáis, id con cuidado —dijo alejándose camino al refugio.

Dany se levantó temprano, se tomó un café con los componentes del safari e iba a ir en busca de Claudia cuando Vincent la retuvo. Le dijo que Víctor estaba con su mujer, y ella supo que él había hablado con su amigo. Solo esperaba que su hermana no se enfadara con ella.

—Ahora no tienes excusa para no venir conmigo a Nairobi —le susurró Vincent con una intensa mirada.

—No lo sé, antes de que nos fuéramos de safari, la bruja siempre encontraba la manera de amargarle la vida; Víctor no siempre podrá estar con mi hermana.

—Y tú sí.

—Es lo que pretendo; se va a largar para perderme de vista. —Dany lucía un profundo ceño fruncido mientras hablaba y él supo que estaba muy preocupada por lo que ocurría.

—Está bien, dejaremos lo del lago Rodolfo para más adelante.

Lo que menos quería Vincent era insistir para que luego ella estuviera preocupada. No le exigiría como lo hizo su padre; estaba empezando una nueva vida y debía prestarle su apoyo. La quería feliz y sonriente, sin sombras en sus bellos ojos.

Ella afirmó con la cabeza y se arrimó más a él, como si quisiera agradecerle lo que hacía, esto fue como una garra que le apretara el corazón. Haría lo que fuera necesario para que nadie la dañara de ninguna forma. Y si no lo lograba tendrían que vérselas con él.

Estaban a punto de ir a recoger la mochila de Vincent cuando vieron que Claudia venía hacia ellos con su marido y su hijo. Se la veía relajada y con una sonrisa en los labios, caminando bajo el brazo que Víctor le había pasado por los hombros. Cuando llegaron a su altura, Dany enrojeció. Sabía que le debía una explicación a su hermana. Iba a abrir la boca, pero volvió a cerrarla al ver el gesto que le hizo su cuñado. Se preguntó qué habría pasado.

Con los jeeps ya cargados y a punto de ponerse en marcha, Vincent tiró de Dany y desaparecieron detrás de una cabaña. Allí le expresó lo que sentía con unos eróticos besos que la hicieron temblar de pies a cabeza. Ella se colgó del fuerte cuello para no caer, mientras él la abrazaba contra su pecho y la levantaba del suelo. El vértigo que sentía cuando él la tomaba en sus brazos de aquella manera le hacía rodar la cabeza. Le encantaba la sensación. Esos besos eran adictivos, y se temía que se estaba aficionando tanto a ellos que le sería muy difícil vivir separada del hombre que se los regalaba.

Cuando Vincent terminó de saquear su boca, se apoyó en su hombro con los ojos cerrados. Necesitaba recobrar el aliento. Sentía que la sangre le rugía en sus venas y pensó que cualquier día se desmayaría bajo aquellos placenteros asaltos.

Él notó la flojera que la invadía y se sintió masculinamente satisfecho de ser él quien provocaba ese gozo. Iba a echarla mucho de menos.

Capítulo 21

Como era su costumbre cuando terminaban con un safari, se pasaban por la oficina para que Juan los pusiera al día de los encargos que tenían. Vincent sonrió satisfecho cuando se enteró de que disponían de una semana antes del próximo. Juan les dijo que tenían a un cliente esperando para que lo llevaran a Ireke, lo que sorprendió a los socios, a la vez que alegraba a Vincent.

—Bien, pues llámalo y dile que mañana lo llevo.

Alex se rio de su amigo.

—Estás impaciente por volver a verla, ¿eh?

—¿Qué quieres? ¿Qué te lo diga con todas las palabras? —Alex sonrió endemoniadamente, bien sabía él cómo echaba de menos a su mujer cuando estaba fuera—. Pues sí tío, esta mañana me he despedido de ella y ya la añoro.

Tenía intención de volver a Ireke antes de volver a marcharse. Pero la oportunidad de llevar a aquel cliente era la excusa perfecta, así ella no podría reprocharle que no la dejara respirar. La idea de sorprenderla le dibujó una gran sonrisa en los labios. Salió de la agencia silbando y se fue a su casa a preparar la mochila para la mañana siguiente.

Federico soltó un suspiro cuando recibió la llamada que le decía que saldría al día siguiente hacia la aldea donde vivía su hija. Sabía que no sería bien recibido por Claudia; sin embargo, esperaba que Daniela estuviera con su

hermana y poder convencer a ambas de que lo que había hecho era por un malentendido orgullo, que se había arrepentido mil veces de haberse dejado llevar por su mal genio y por no haber tenido las suficientes agallas para volver y solucionar los problemas que había causado. Debía mostrarse arrepentido de sus actos, y lo debía hacer bien para que le creyeran. De su pantomima dependía su futuro. Tenía que jugar bien sus cartas o se vería tirado en aquel país tercermundista sin un céntimo, teniéndose que ganar la vida de cualquier manera para poder comer. El crédito de su tarjeta de crédito se le estaba agotando.

A las ocho de la mañana, Vincent paró el jeep ante la puerta del hotel donde se hospedaba el cliente. Vio a un hombre con una pequeña maleta en la entrada y supuso que sería Federico Roca. ¡Qué casualidad que tuviera el mismo apellido que Dany!

Bajó del coche, se dio a conocer y le estrechó la mano.

—Soy Vincent, su chofer.

—Ya se me estaba terminando la paciencia —dijo Federico con impertinencia—. ¡Qué difícil es que te lleven de un sitio a otro en este país! Cualquiera diría que estamos en una gran capital y que no hay taxis libres.

El guía, que ya tenía la maleta en la mano para ponerla en la parte de atrás, la volvió a dejar en el suelo.

—Oiga, nadie le impide dirigirse a otra agencia... o, ya puestos, volver a «su» país —recalcó la palabra para mostrarle que, aunque estuvieran en África, nada le daba derecho a tratarlos como personas inferiores y menospreciar su forma de vida.

Con estas palabras, Federico se dio cuenta de que ese hombre que tenía delante no era ningún don nadie; el chico de la agencia le había dicho que su jefe vivía en esa aldea; seguro que era él. Era su única oportunidad, así que tendría que ir con cuidado con su manera de dirigirse a él.

—Perdone, no hemos empezado con buen pie. Lo que pasa es que llevo una semana esperando y estoy algo nervioso.

—Bien, pues vámonos.

Vincent salió de la ciudad preguntándose porqué ese tipo tenía tanta prisa por llegar a Ireke. Cuando dejaron Nairobi a sus espaldas, vio que el hombre se retorció las manos.

—¿Qué lo lleva a la aldea? Normalmente, los turistas vienen a este país a disfrutar de un buen safari.

—Eso es lo que pretendían venderme en todas las agencias en las que he estado, y créame, que han sido un montón.

A Vincent se le dibujó una sonrisa en los labios. Sabía la gran cantidad de gente que vivía de los safaris.

—Entonces debo suponer que ha venido de voluntario. Es loable por su parte que se haya decidido a ayudar a los demás. No obstante, creo que le han informado mal, en Ireke ya tienen maestros, médicos y voluntariado suficiente. Quizás en otra aldea...

—Vengo a ver a mis hijas.

A Vincent un estremecimiento le recorrió la espina dorsal. ¿Era casualidad que ese hombre tuviera el mismo apellido de Dany, y viniera a ver a sus hijas? No creía en las coincidencias. Ese hombre era el que le había hecho la vida imposible a la mujer que amaba. Por el que en ese momento estaba hecha un lio. Apretó los dientes hasta tal punto que le extrañó no oír el crujir de alguna pieza dental rompiéndose. Deseaba parar el jeep y sacarlo de él de una buena patada en el culo. Pero pensó que debía ser astuto y sacarle información: ¿por qué había ido allí?, ¿qué se proponía? Desde luego que no permitiría que les hiciera más daño del que ya les había hecho.

—Dígame cómo se llaman, tal vez las conozca.

Federico pareció pensárselo, no le gustaba que aquel desconocido le hiciera preguntas, pero recordaba que mientras él había estado trabajando en la inmobiliaria también trataba de saber todo lo que pudiera de sus clientes.

Por otra parte, sabía que si vivía en la aldea, seguro que conocería a su hija mayor.

—Son Daniela y Claudia.

Vincent maldecía una y mil veces a ese hombre, pero reconoció que tenía suerte de saber quién era, de conocer la historia, así podría proteger a Dany de aquel ser que a saber lo que quería.

—¿Las conoce?

Federico había pensado lo mismo que Vincent: ese chofer podía darle información que le sería muy provechosa a la hora de encararse a sus hijas. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de Claudia. Lo único que había averiguado después de que el funcionario de la embajada le dijera que era una periodista reconocida, era que publicaba en una de las revistas más prestigiosas de España. Se había formado un nombre. Por las publicaciones que había podido leer en internet, vio que se había equivocado al querer frenarla en cuanto a sus estudios. ¡Había hecho tantas cosas mal en su vida! Pero, claro, ¿quién iba a pensar a una muchacha sin un céntimo en el bolsillo habría salido adelante y se labraría un futuro prometedor como había hecho Claudia? Si se lo hubiese imaginado, otro gallo habría cantado. Él mismo habría actuado de muy diferente manera.

Claro que no todo estaba perdido; si llegaba a la aldea y se mostraba suficientemente arrepentido de sus actos, quizás podría convencerla de que lo había hecho por su bien, para que aprendiera a enfrentarse a la vida sin depender de nadie.

En su desesperado desvarío, pensaba que tenía dos hijas famosas por sus trabajos. Que, seguro, eran tan ingenuas como su madre lo había sido cuando se casó con él.

¡Qué equivocado estaba!

Al no tener hijos varones, pensó que como mujeres no le iban a dar las satisfacciones que los niños daban a los padres. Él soñaba con dar a sus hijos todo lo que nunca había podido tener. En su casa se vivía de la minúscula paga

de su padre, y su madre se había dedicado siempre a sus hijos. Con lo cual, estudiar una carrera estaba descartado, hacer algún deporte en el que quizás pudieras destacar era imposible. Recordaba como si fuera el día anterior que él era muy bueno jugando al fútbol, en las liguillas que hacían con otras escuelas siempre ganaban, y muchas veces gracias a sus jugadas; sin embargo, el día que le dijo a su padre que quería apuntarse en el club de su pueblo para poder dedicarse más al deporte cuando salía de clase, este se echó a reír, y entre carcajadas lo mandó al sótano a buscar leña para la estufa. ¡Cómo había odiado a su padre por arrancarle de cuajo sus sueños infantiles!

Sus dos hermanos no habían tenido mejor suerte que él, pero supieron afianzarse un futuro; Luis, el mayor, se fue a trabajar con un vecino agricultor y varios años después tenía sus propias tierras. Y Silvio, el menor, se puso a trabajar de secretario en un bufé de abogados y, con la ayuda de becas había hecho carrera, en ese momento se ganaba bien la vida.

Cuando su hija Claudia le comunicó que quería ser periodista, él se negó; no tenía sentido pagar una carrera a una chica, si después cuando se casaban y tenían hijos, se quedaban en casa. Eso era tirar el dinero.

Pero ella debió haber hecho como su tío Silvio, estudiar con becas. Porque su mujer no tenía medios. Por eso se hizo con la custodia de Daniela y se la llevó a París, donde la inmobiliaria tenía una sucursal. Como hombre de la casa no debía dejar que Olga o Claudia se le subieran a la chepa. Él era quien mandaba. Además, había sido como una especie de venganza hacia su esposa por no haberle dado hijos varones. Después de dar a luz a Daniela, ella había cogido unas fiebres muy altas que hicieron temer por su vida; y los médicos le advirtieron que sería aconsejable que no tuviera más hijos. Ella se lo tomó al pie de la letra y, por mucho que él insistió, se negó a un nuevo embarazo. Olga siempre le reprochaba que estuviera dispuesto a dejar a sus niñas sin madre. Ahí empezaron sus verdaderos problemas. Su esposa no se doblegó ante sus deseos y eso lo ponía frenético; a su madre nunca se le hubiese ocurrido negarle algo a su padre.

Reconocía que el primer fallo de su vida lo había cometido al querer ganar dinero rápido. Se había puesto a trabajar en la inmobiliaria y con la venta de pisos se hacía con una buena pasta. Sin demasiado esfuerzo y sin tener que estudiar. Recordaba las veces que Silvio le había advertido de que no siempre durarían las vacas gordas, que se buscara otro empleo, pero él no le hizo caso. Y cuando llegaron los malos tiempos, al no vender, sus jefes lo pusieron de patitas en la calle. Al principio, se indignó y pensó que volverían a buscarlo cuando las cosas les fueran mejor; no obstante, unos meses más tarde la inmobiliaria cerro, y tuvo que aceptar que su hermano le aconsejaba para su bien, para que no viviera ese momento.

Lo único acertado que hizo fue montar el estudio de pintura a Daniela. Fue porque así estaba en casa y no callejeando con sus amigas. Y reconocía que también tuvo otra razón... pensó que aquella afición, solo sería eso, un pasatiempo del cual se cansaría rápidamente. Pero no fue así, y daba gracias a ello. Su vida fue mucho más cómoda con el dinero que su hija ganaba. Claro que fue creciendo y empezó a hacer preguntas; quería saber dónde iba a parar esa ganancia, y él le dijo que lo estaba poniendo en un fondo para cuando fuera mayor. Lo que no esperaba era que ella al cumplir la mayoría de edad, estampara su firma y sacara el dinero para controlarlo. Así lo había dejado sin blanca.

Suerte tenía de que Daniela no lo sabía, habría sido humillante. Y en ese momento... allí estaba él, esperando convencer a su hija de que volviera a París y siguiera con su prospera carrera de pintora. Aunque no sabía cómo iba a lograrlo, Daniela le había dejado muy claro en aquella maldita carta que ella misma se ocuparía de su futuro. Y, por si fuera poco, con su hermana al lado harían un frente común contra él.

Le estaba cogiendo dolor de cabeza al darle tantas vueltas al asunto.

Vincent miraba de reojo a ese hombre que parecía que de un momento a otro le iba a salir humo por las orejas. Seguro que pensaba la forma de seguir haciéndole la vida imposible a su hija.

—Sí, las conozco.

Federico sonrió, pero a Vincent le pareció una expresión tan falsa que le daban ganas de partírle la cara de un buen mamporro. Ese hombre no llegaba allí con buenas intenciones. Era su turno de tantear el terreno.

—A Claudia más, por supuesto; hace ya varios años que vino y le gustó tanto este país que se quedó aquí. Es una mujer extraordinaria. Sus reportajes han ayudado mucho a la gente de medio mundo.

—Así es mi hija: siempre preocupada por los demás.

Ese hombre estaba mintiendo. No sabía que su hija había estado en América, ni que había tenido un hijo.

Vincent se preguntó hasta dónde llegaba la ignorancia de ese hombre respecto a sus hijas.

—Daniela es igual. Se pasa el día ayudando a los demás.

—¿Ha dejado de pintar? —Parecía alarmado.

—¿Pintar? Nunca la he visto hacerlo —Mintió, sabiendo que ese tipo se había aprovechado de lo que su hija ganaba con el sudor de su frente.

Federico soltó una maldición. Furioso, pensó que seguro su hermana tenía que ver con la decisión de Daniela de abandonar la pintura. ¿Y si no la convencía de volver a París, a la ciudad bohemia que ella había conocido? Si no lograba tentarla con la fama que se ganó a pulso y dejaba para él los detalles económicos de su carrera, estaba perdido.

Vincent observó la línea de frustración que surcaba su mente. Ese hombre se traía algo entre manos, y su sexto sentido para conocer a las personas le decía que nada bueno.

El resto de la ruta transcurrió con un tenso silencio. Los dos hombres perdidos en sus propios pensamientos. Uno tratando de proteger a la mujer que amaba de un padre egoísta y manipulador. El otro pensando en la manera de engañar a su hija para que volviera a casa.

Capítulo 22

Claudia no se había enfadado demasiado de que su hermana alertara de lo que estaba ocurriendo con Susana. Supo reconocer que, en su estado, era malo para ella y para las bebés estar siempre con aquella continua tensión. Hacía dos días que su marido estaba más pendiente de ella, y Dany no la dejaba ni a sol ni a sombra, pero no la agobiaba. Se dedicaba a jugar con el pequeño, salía al porche trasero y pintaba mientras le enseñaba al niño cómo hacerlo.

Susana notó el cambio en la actitud de su hijo; antes apenas le hacía caso, pero en ese momento lo sorprendía mirándola con el ceño fruncido. Seguro que esa mojigata le había ido con el cuento de que no la trataba bien o fuera a saber qué. Porque ya no podía encontrarla sola en ningún momento; si no era él, era su hermana quien la acompañaba.

Tenía que irse de allí, pero antes de hacerlo, intentaría una vez más hacer entrar en razón a su testarudo hijo. Lo malo era que él parecía esquivarla; cuando trataba de acercarse a él, resultaba estar siempre ocupado.

Esa mañana, Susana decidió que Víctor tendría que hablar con ella, sí o sí. Fingió una indisposición y un desmayo que resultó tan dramáticamente teatral que los que estaban alrededor se la quedaron mirando como si estuviera loca. Antón, que ejercía de médico como Víctor, allí y en las aldeas vecinas, lo vio todo y, al darse cuenta de que nadie trataba de ayudarla, la cargó en brazos y la llevó a la enfermería. Sabía que esa mujer no se había ganado la simpatía de nadie. Trataba a todo el mundo como si fuera inferior; y los pocos que al

principio trataron de agradecerle —no por ella, sino por su hijo, al que todos tenían en alta estima—, terminaron por ignorarla.

Antón dejó a Susana con cuidado en la camilla y, cuando iba a tomarle el pulso, la mujer se removió y exclamó de malas maneras que quería que la atendiera su hijo.

—Está ocupado en estos momentos.

—¿Tan ocupado que no puede atender a su madre?

Antón sabía que ella no permitiría que él la examinara. Con el tiempo que llevaba allí había dejado muy claro su aversión a las gentes de aquellas tierras, y él era precisamente nativo.

—Tendrá que esperar, si quiere que él la reconozca, ahora mismo está muy ocupado en un parto algo complicado.

La mujer gruñó, pero no iba a dejar que ese ignorante le pusiera las manos encima.

—Esperaré.

—Bien, como quiera.

Antón la dejó allí y salió de la sala. Convencido de que fingía.

Una hora más tarde, Víctor entró en la sala y se encontró con una más que furiosa Susana sentada en la camilla.

—Ya era hora de que atendieras a tu madre.

—Por lo que me han dicho no es nada grave, además, Antón te habría atendido mejor que yo en cuanto te desmayaste.

—¿Mejor que tú? ¿Ese...?

—¿Ese qué, madre? Es médico como yo.

Mientras le hablaba, le tomo el pulso, la tensión y, como esperaba, todo estaba en orden.

—¿Te duele algo, madre? —Sabía la respuesta, pero quería que ella lo reconociera.

—No me duele nada, no sé lo que me pasó... me mareé.

—¿Te ha ocurrido alguna otra vez?

—No, nunca.

—Quizás se haya debido al calor.

Su propio hijo la estaba tratando peor de a los muertos de hambre de aquella aldea. Eso no lo iba a tolerar.

—Bueno, ya está bien —exclamó Susana—. Los dos sabemos que he fingido desmayarme para poder hablar contigo.

No había aguantado mucho, pensó él. Su mujer había representado un entretenimiento maléfico, como un caramelo para un niño; y en ese momento que no podía jorobarla con sus impertinencias y exigencias... ¿qué?, ¿pretendía hacerlo con él? Que sorpresa se iba a dar si se pasaba un pelo. No iba a tolerar que siguiera importunando a nadie. No se lo pensaría dos veces si tenía que llevarla al aeropuerto y que desapareciera de sus vidas.

—Tú dirás.

Aquella frialdad la ponía de los nervios.

—¿Estás dispuesto a escucharme?

—Si no hay más remedio...

—Ya veo que es inútil que diga nada.

La cara de Susana era una máscara de frialdad y rabia. Víctor conocía bien esa expresión. La había visto en varias ocasiones y siempre presagiaban una buena discusión. Tal vez fuera lo mejor, y ella se iría de allí y los dejaría tranquilos a todos.

Estaba esperando que su madre empezara con su diatriba cuando Vincent llamó a la puerta y entró sin esperar.

—Tenemos que hablar. —Por la seriedad de su amigo supo que se trataba de algo grave, además se suponía que estaba en Nairobi, ¿qué habría ocurrido?

—Madre, tendrás que esperar; ya tienes otra queja contra mí —dijo saliendo de la sala detrás de su socio.

Susana lo miró sacando chispas de irritación por los ojos, ¿es qué todo y todos iban delante de ella en las prioridades de su hijo?

Vincent había aparcado el jeep a la entrada del poblado, donde había visto a María. Le dijo a Federico que habían llegado y bajó con rapidez del vehículo. Le murmuró a la mujer que mantuviera a ese hombre entretenido mientras él se ocupaba de unos asuntos, pero sobre todo que no dejara que se acercara ni Dany ni a Claudia.

María no sabía dónde estaban las hermanas. Supuso que, como los dos últimos días, a esas horas estarían paseando por los alrededores con el pequeñín. Se presentó a aquel extraño y le dijo que la acompañara. Iba a ofrecerle una bebida en el comedor comunitario.

Cuando Víctor oyó lo que le explicaba su amigo, maldijo frunciendo el ceño. ¿Es que no podían dejarlos tranquilos? Salió con Vincent en busca de su mujer. Ella ya había tenido suficiente con el incordio de su madre; en ese momento que parecía que estaba más tranquila, solo le faltaba que su padre se pusiera difícil con ella o con su hermana. Preguntó a uno de las habitantes de la aldea si había visto a Claudia, y este les indicó que estaba cerca del riachuelo que pasaba cerca. Los largos pasos de los dos hombres se dirigieron hacia donde le habían indicado y vio a las hermanas a lo lejos jugando con su hijo.

Dany los vio acercarse con cara larga, ¿qué estaría ocurriendo? Un extraño calorillo la inundó cuando sus ojos se posaron en Vincent, él parecía taladrarla con la mirada. Pero... ¿qué estaba haciendo allí? Ella pensaba que tardaría más en volver a verlo, lo que le serviría para aclararse las ideas.

A medida que los hombres se iban acercando, Dany vio los ceños que lucían. Cuando el pequeñín vio a su padre, corrió hacia él y la expresión de Víctor cambió, con lo que Claudia no vio el ceño fruncido de su esposo.

Al ver el cambio de expresión de su cuñado, Dany supo que algo estaba pasando. No le gustó. Capturó la mirada de Vincent y le hizo un gesto, pero él pareció ignorarla. No lo iba a permitir.

—Vincent, ¿no ibas a quedarte en Nairobi hasta el próximo safari?

Él se dio cuenta de que ella no se conformaría con menos que la verdad, pero trató de disfrazarla.

—Cuando llegué a la oficina había un hombre que tenía prisa por llegar aquí —dijo, satisfecho de no haber tenido que mentirle.

Dany se lo quedó mirando, sabiendo que allí había gato encerrado. Sin embargo, Vincent los distrajo a todos cogiendo al pequeño de los brazos de su padre y empezó a voltear y a lanzarlo al aire, con lo que el niño estalló en carcajadas haciendo sonreír a los mayores.

Federico estaba que trinaba. Aquella mujer que lo había interceptado en cuanto bajó del jeep no paraba de hablarle del lugar; a él solo le interesaba encontrar a Daniela. La joven le había dado una especie de infusión, que se tomó rápidamente para empezar a buscar a su hija; sin embargo, la chica le volvió a llenar el vaso. Él que era perro viejo en el arte del engaño, vio que María trataba de distraerlo. Se preguntó por qué. En una ocasión que ella calló para coger aire...

—Necesito un momento de intimidad, ¿me puede indicar?

—Oh, desde luego.

Le señaló una puerta a la salida del comedor y Federico aprovechó para aliviarse y salir del edificio. Le había dado esquinazo a la muchacha. Si ella le reprochaba, ya se inventaría alguna excusa como haberse desorientado. No le importaba fingir con tal de conseguir lo que andaba buscando.

Al salir del edificio, le llamó la atención una mujer algo más joven que él. Vestía muy moderna y no encajaba con todas las personas que los rodeaban. Le extrañó y se la quedó mirando; ella también reparó en ese tipo que no le quitaba la vista de encima. No era uno de los habitantes del lugar. Iba vestido muy europeo. ¿Quién sería ese hombre? Contoneando las caderas se le acercó.

—Es la primera vez que lo veo por aquí —dijo con una sonrisa

embaucadora.

Federico pensó que sería alguna turista con ganas de marcha. Le sonrió.

—Será porque acabo de llegar ¿hace mucho que estás por aquí?

—Hace un tiempo sí —le dedicó una caída de pestañas.

—Entonces puedes guiarme por este lugar, a no ser que tengas algo que hacer.

No quería preguntarle directamente qué hacía allí, si era voluntaria o miembro de un safari, lo que dudaba, pues suponía que los recorridos turísticos no se detenían en un lugar como aquel para pasar varios días.

—Vine a visitar a mi hijo.

Federico pudo ver una chispa de rabia que cruzaba por los ojos grises metálicos de la mujer.

—Soy Federico Roca —dijo tendiéndole la mano. Se las estrecharon.

—Un placer, yo soy Susana. ¿Eres español?

—Sí, pero vivo en París.

La sonrisa relamida de Susana se volvió astuta, al pensar que ese hombre con aquellas pintas distinguidas debía estar en buena posición económica.

—¿Has venido en algún safari? No he visto que llegaran los coches.

—No, como tú, yo he venido a buscar a mi hija.

La manera cómo lo dijo daba a entender que ahí había algún problema.

—¿La has perdido?

—No exactamente.

Federico no iba a explicarle a aquella extraña sus problemas, así que redirigió la conversación, para hablar del tiempo, del calor que hacía.

Susana se dio cuenta del sutil cambio. Aquel tipo tenía secretos, y ella no era persona que se quedaría con las ganas de saber más de ese hombre. Ya llegaría ella al fondo de lo que estaba ocurriendo.

Al mismo tiempo que hablaba, Federico miraba alrededor y su mirada se vio atrapada por las personas que se acercan a la plaza donde él estaba. Eran sus hijas, con el chofer que lo había llevado hasta allí y otro hombre con un

niño en brazos. El pequeño se parecía mucho a sus hijas cuando eran bebés. ¿Sería posible que fuera abuelo y que no lo supiera? Cerró un momento los ojos, pero se dio cuenta de que la vista no le engaña. Esos cabellos, esa sonrisa...

Dany vio a su padre y soltó un jadeo. Sus pies se negaban a avanzar, y Vincent chocó contra ella. Ella se dio la vuelta y lo miró acusadoramente.

—¿Es ese hombre el que tenía tanta prisa por llegar aquí? —dijo entre dientes.

Él asintió con la cabeza y la cogió por los brazos. Se inclinó para que solo ella lo oyera.

—Sé que es tu padre.

—¿Y aun así lo has traído?

—Cuando subió al jeep no lo sabía, créeme. Si lo hubiese sabido, no estaría aquí.

Dany asintió y se giró. Vio a su hermana que avanzaba sin percatarse de quién parecía estar esperándola.

—Claudia... —su voz fue apenas un susurro.

—Tranquila, Víctor ya lo sabe.

Allí parada vio cómo su hermana, sin fijarse en las dos personas que estaban observándola, pasaba directa hacia el refugio. Su padre miraba a su hija mayor con el ceño fruncido, y Dany se temió que tuviera uno de sus ataques de cólera y la emprendiera contra ella. Sin embargo, no dijo nada. La siguió con la mirada hasta que desapareció de su vista.

Susana, que había visto como ese hombre dejaba de prestarle atención, se tomó como una ofensa que mirara a Claudia como lo hacía.

—Podría ser tu hija —dijo con tono afilado.

—Lo es.

A Susana se le desencajó la mandíbula. Se quedó con la boca abierta. No obstante, su mente registró lo que él tipo le había dicho: había ido allí en busca de su hija. ¿Sería posible que él se la llevara de allí? Por otro lado,

estaba también Dany. ¿A cuál de las dos habría ido a buscar? Debía hablar de la pequeña, pero aquella mirada que le había dedicado a su nuera... No lo creía posible. Ella estaba casada con su hijo pero, tal vez, ante ella podía tener el medio para lograr el fin que deseaba.

Capítulo 23

Vincent veía las emociones que los ojos de Dany no ocultaban. Sabía que ella estaba reviviendo la pesadilla que había sido su vida al lado de su padre. También era consciente de que cuanto antes se enfrentara a él, antes podría respirar tranquila. Pasó un brazo por encima de sus estrechos hombros y la empujó para que siguiera andando. La ancló a su costado para que ella supiera que él estaría a su lado, pasase lo que pasase.

Cuando Federico se repuso de la impresión de ver que su hija mayor tenía un hijo y otro en camino —no se le pasó por alto el abultado vientre de Claudia—, se dio la vuelta y frente a él se encontró con Daniela y el chofer que lo llevó allí.

—Hola, padre.

—¿Después del tiempo que llevo en este país esperando para verte, solo «hola padre»?

—¿Qué esperabas? ¿Qué me lanzara a tus brazos? ¿Cuánto tiempo hace que no me das un abrazo? —La cara de Federico mostraba consternación—. No me respondas, tú no lo recuerdas... ni yo tampoco —la voz de Dany mostraba reproche.

La mirada del hombre se trasladó a la hostil del otro.

Susana no parecía que tuviera intención de dejarlos solos y tres pares de ojos se posaron en ella. La mujer los miró ofendida por lo que aquellas miradas querían decir.

—Vamos, creo que será mejor que habléis con un poco de intimidad —dijo Vincent al ver que Susana no tenía ninguna intención de dejarlos solos.

La mujer le lanzó una mirada que hubiese podido matarlo allí mismo, pero él la ignoró; sabiendo ya del pie que calzaba aquella víbora, no le importaba que dirigiera su mala baba contra él. Quizás también era que lo estaba deseando, para ponerla en su lugar y que dejase tranquilas a las hermanas.

Se alejaron hacia las afueras de la aldea en completo silencio, dejando a la mujer rabiando. Cuando dejaron atrás la última de las chozas, Dany se enfrentó a su padre que aún no había abierto la boca.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a buscarte.

—¿No leíste la carta?

—Sí, lo hice; no te creía tan cobarde como para irte en plena noche como una vulgar ratera.

Dany se envaró al oír cómo la había llamado su padre; allí, si había algún ladrón, era él. Vincent notó la tensión que la embargó. Iba a decirle a aquel hombre un par de cosas, cuando ella habló.

—No me marche durante la noche, lo que pasa es que como siempre, volviste muy tarde. Supongo que estarías con alguna de tus amiguitas gastándote el dinero que yo ganaba.

El rostro de Federico se puso de un intenso color rojo.

—¡No seas impertinente muchacha! —bufó.

—No lo soy, «padre» —su voz destilaba veneno—; me decías que invertías el beneficio de la venta de cuadros ¿crees que no sé contar?

—De acuerdo, he tenido una mala racha.

—Pues no lo parecía, mientras yo me pasaba horas y horas pintando, tú...

Vincent observaba a aquel hombre que se removía inquieto.

—No pretenderías que me pasara los días en casa. Soy un hombre, después del divorcio de tu madre, yo...

—Tú ¿qué? Me separaste de mamá y de Claudia, y te cuidaste muy mucho

de que no tuviera la vida que toda jovencita desea... Todos mis amigos te parecían indignos de mí. Tuve que aprender a esconderme de ti. Luego, pusiste el estudio en el desván, y te dio resultado, pues yo era tan inquieta que me aburría enormemente. Así que me fui encerrando en mi mundo y tú aprovechaste para beneficiarte.

La voz de Dany rezumaba resentimiento. Sus palabras eran como estacas que se clavaban en el corazón de Vincent, ¡qué padre tan antinatural! De buena gana lo llevaría de vuelta a Nairobi y que desapareciera de la vida de Dany. Pero, con lo que ella le había contado, que debería viajar a París para las exposiciones de sus cuadros... No le gustaba la idea de que ese tipo pudiera coaccionarla de alguna manera para retenerla a su lado. No podía permitirlo. Si era necesario, él mismo la acompañaría a Francia.

Federico no mostraba ningún tipo de reacción, como si su hija no le estuviese reprochando la miserable vida que le dispensó.

—Tenías que haberme dicho que te sentías tan desgraciada —dijo como si no supiese nada.

—No insultes mi inteligencia padre. ¿A qué has venido? Te dejé muy claro que no pensaba seguir viviendo contigo. Ahora soy yo la que decido.

Federico la interrumpió. se estaba dando cuenta de que su hija había cambiado.

—Tu hermana te ha puesto contra mí, ¿verdad?

—Lávate la boca para hablar de Claudia —exclamó Dany con furia—. Recuerda que no era tan niña cuando ella se fue de casa porque no querías que estudiara.

—Por lo que he visto no le ha ido tan mal.

Ante aquel comentario, Dany se quedó con la boca abierta con una rabia que la ahogaba. Ni siquiera notó el apretón que Vincent le dio en el hombro al notar la tensión que la embargaba.

—No ha sido gracias a ti, desde luego —dijo entre dientes.

—Pero, si a ti te ha ido bien, sí ha sido gracias a mí.

—Y un cuerno, dirás que fue gracias a mi duro trabajo, a todas las horas que en lugar de estar divirtiéndome como una chica de mi edad, me pasaba ante un lienzo.

—Míralo por el lado que quieras, lo que ahora importa es que vuelvas. Tu representante está esperando tus obras para la próxima exposición.

Dany lanzó un soplido lleno de frustración.

—«Mi» representante... —señaló recalcando su primera palabra—, que no el que tú buscaste, tiene mis instrucciones.

—No puedes hacer eso; tienes un contrato con él.

—Tú tienes un contrato con él. Yo no —contrató ella.

Federico le lanzó una mirada llena de furia e iba a eruirse ante ella con los puños apretados pero, al ver los ojos del chofer que le advertían, maldijo con voz ahogada.

—¿Es que no te das cuenta de que te va a poner una demanda si no cumples los plazos?

Si hubiese tenido la mente despejada, Dany habría encontrado aquello gracioso, una especie de justicia divina, y hasta se habría reído del aprieto de su padre. Pero estaba demasiado alterada.

—¿A mí? Yo no he firmado ningún contrato con él.

Vincent sí que se dio cuenta en el aprieto que aquel hombre se encontraba y lo miró con una ceja alzada, esperando ver por dónde salía.

—¿Es que no piensas en la mala fama que puede acarrearle una cosa así? Si se corre la voz, ningún marchante de arte querrá hacer negocios contigo.

—Conmigo sí; eres tú quien tiene el problema.

Federico estaba cada vez más furioso. Nada estaba saliendo tal como él lo planeaba.

—Nunca pensé que una hija mía fuera tan insensata... que dejara escapar...

El rostro del hombre estaba de un rojo tan subido, que Vincent temió que le cogiera un ataque.

—Lo único que he dejado escapar es a ti y, créeme, no me arrepiento.

—Me has defraudado Daniela; no esperaba eso de ti.

—¿Qué esperabas? Que me plegara como mamá, que te lo consintiera todo a cambio... a cambio de nada. —Estaba tan furiosa que todo el rencor que encerraba en su interior salía con la intención de herirlo—. Solo le diste mala vida, y por qué... porque se negó a quedarse embarazada de nuevo.

Federico no sabía que ella supiera esa historia.

—Y ¿por qué lo hizo? Porque no quería dejarnos huérfanas a mí y a mi hermana. Si por ti hubiese sido, la habrías tenido embarazada hasta que te diera el hijo que tú querías o habría muerto en el intento.

—Yo no...

Dany estaba lanzada, lo interrumpió.

—Tú no ¿qué? Los estudios de Claudia fueron solo la gota que colmó el vaso. No pudiste sufrir que mamá se pusiera de parte de mi hermana. No podías permitir que alzara la voz para apoyar a su hija. Tú eras quien llevaba los pantalones; tú eras el único con el derecho a impartir órdenes y tomar decisiones. Incluso la de sepárame de ellas para vengarte de que no te hubiera dado un hijo varón.

Federico necesitaba hierirla, tal como Dany estaba haciendo con él.

—Fue ella la que pidió el divorcio, no yo. Ella parecía una cosa y luego resulto otra...

—No te atrevas a insultar a mamá —exclamó Dany apretando los puños y los dientes.

—¿Oh, qué?

Ella temblaba de pies a cabeza.

Federico se daba cuenta de que sus planes no daban resultado, y en la desesperación para que ella volviera, supo que tenía que reconducir la conversación.

—Tampoco fue fácil para mí.

—No me das pena.

—Hice lo que pude.

—Ya lo creo. Fuiste tú quien hizo que la declararan insolvente para conseguir mi custodia. ¿Qué? ¿Echaste mano a algún amiguito tuyo para conseguirlo? Porque sabes muy bien que mamá salió adelante sin ti. Lo habría hecho igualmente si yo hubiese estado con ella.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Eso es lo que te corroe: que sé muy bien lo que estoy diciendo.

—Solo sabes lo que ella te contó.

A Dany la estaba matando por dentro recordar todos esos recuerdos, lo que su madre le había explicado cuando al fin se pudo reunir con ella a espaldas de su padre.

—¿Cuál es tu versión, padre?

—Yo...

Federico se quedó en blanco al enterarse de que su hija sabía toda la historia. Supo que no podría convencerla de volver con él a París.

—Yo...

—¿Qué? Esperabas que no nos diésemos cuenta de la clase de persona que eres... —Cansada de aquel enfrentamiento, Dany volvió a repetir su pregunta —: ¿a qué has venido padre?

—A buscarte, diablos, por muy mal padre que me creas, me tomo mis responsabilidades en serio y tú...

—Yo ya no soy una de ellas, recuerda que ya he cumplido la mayoría de edad... Adiós, padre.

Dany se dio la vuelta con furia y se alejó de allí. Se sentía descompuesta. No podía dejar que su hermana la viera en aquel estado. Se dirigió hacia el riachuelo que pasaba cerca de la aldea y allí se dejó caer contra el tronco de un árbol y trató de tranquilizarse.

Claudia se dio cuenta enseguida que su marido le ocultaba algo. No era normal que estuviera merodeando en torno a ella, siempre tenía cosas que hacer. Sin

embargo, cuando ella le dijo que se pondría a trabajar un rato, él se quedó con la excusa de cuidar del pequeño. ¿Qué estaría sucediendo? La incertidumbre no la dejaba concentrarse hasta que al fin:

—¿Qué pasa, Víctor?

La mirada de su esposo mostraba preocupación, pero trató de ocultarla.

—Nada ¿por qué me haces esta pregunta?

Ella no contestó; se lo quedó mirando. Él sabía muy bien que el sexto sentido de su mujer era infalible. Supo que no podía mentirle, pero maldita la gracia que le hacía decirle que su padre estaba allí.

Claudia vio la inquietud en los ojos de su marido, se le acercó y, mirándolo con intensidad, se acurrucó en su pecho, mimosa. Víctor estaba perdido y lo sabía. Su esposa le sacaría la verdad antes o después.

—Tu padre está aquí —murmuró él, abrazándola. Notó la tensión que la invadió en cuanto lo oyó.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? —exclamó mirándolo a los ojos.

—Eso me gustaría saber a mí también.

En ese mismo instante ella pensó en su hermana,

—¿Dónde está Dany?

—No te preocupes, Vincent está con ella; no dejará que tu padre se pase ni un pelo.

El nerviosismo de Claudia fue evidente, lo que Víctor trataba de evitar.

—Tranquila, me da la impresión de que tu hermana no se dejará intimidar.

—Tengo que ir con ella.

Su marido no trató de detenerla; sabía que, si lo hacía, ella no estaría tranquila; cogió el niño en brazos y la siguió.

Vincent había dejado que Dany se alejara, ya la encontraría cuando hubiese puesto a ese tipo en su lugar. Federico lo miraba como si fuera una persona inferior; no le sorprendió. Con lo que ella le había contado, ya se hizo una

idea de la clase de hombre que era.

—Sé que piensa que soy un paleta que vive en la jungla. No se engañe amigo, soy tan español como usted, tengo una carrera, y sé defender mis creencias y a mis amigos si es preciso. No dejaré que lastime más a ninguna de sus hijas.

Federico lo miró ofendido.

—¿Cree que les haría algún daño?

—Sé que se lo ha hecho.

—¿Qué va a saber? Lo que ha contado una muchacha que no sabe lo que es la vida...

—¿Qué no sabe lo que es la vida? Que equivocado está. Vivir a su lado, si es que eso se puede llamar vida para una chica de su edad, le ha enseñado más de lo que usted cree. Gracias a usted es mucho más madura de lo que le gustaría; tiene clarísimo lo que quiere y lo que no. Y lamento decirle que no lo quiere cerca.

Federico se dio cuenta de que aquel hombre sabía muchas cosas que le hubiese gustado que ignorara.

Con la mirada clavada en los iris azules de ese tipo, le recorrió un escalofrío al sentir la frialdad que emanaban. Retándose con los ojos, no vio que su hija mayor se les acercaba con cara de pocos amigos.

De pronto oyó a sus espaldas:

—¿Qué pasa aquí?

Los dos hombres se volvieron al oír su voz.

Federico y Claudia se quedaron mirando, cada uno viendo los cambios operados en el otro.

—Hija, te veo muy bien.

A ella se le abrieron los ojos como platos. ¿Cómo se atrevía ese hombre que causó la fractura de la familia a llamarla «hija», como si fuera un padre amoroso?

—Sé que lograste tu propósito; estoy orgulloso de ti.

Claudia no se creyó ni una palabra.

—¿Qué haces aquí? No te imaginaba por aquí, no es exactamente lo que a ti te gusta. —Con el brazo abarcó su entorno.

La frialdad con la que le hablaba su hija y la mirada del hombre que se había situado a su espalda con aquel bebé en brazos lo hicieron sentir incómodo. Nada estaba saliendo como él había planificado.

—Yo... he venido a buscar a Daniela.

Los ojos de Claudia lanzaron chispas.

—¿Con qué derecho? ¿Es que no le has hecho bastante daño ya?

—Es mi hija.

Aquella respuesta fue como una bofetada para ella.

—¿Tú hija? Déjeme decirle, señor, que su hija es mayor de edad y no le debe explicaciones. Puede hacer con su vida lo que quiera.

Su padre la interrumpió con el rostro rojo de rabia por el modo en que se había dirigido a él.

—¿Igual que lo hiciste tú?

Ella se dio cuenta de lo mal que le sentó que le hablara de esa manera.

—Le recuerdo, señor, que yo me vi obligada a hacerlo, puesto que me forzaron a irme de la que fue mi casa para labrarme un futuro. —El sarcasmo teñía su voz.

—¿Me estás acusando de algo?

Claudia sabía que era inútil hablar de los errores de su padre. Lo único que conseguiría sería volver a abrir viejas heridas.

—No tengo por qué seguir escuchándolo; no tenemos nada que decirnos... —Se dio la vuelta para dejarlo allí, pero pareció recordar algo—. Solo tengo una advertencia que hacerle: deje a mi hermana en paz.

—¿Es eso una amenaza?

Se oyeron tres voces distintas.

—Sí.

Federico se quedó mirando a aquellos dos hombres y a su hija. ¿Cómo se

atrevían a tratarlo de aquella manera?

Vio alejarse a los tres sin mirar atrás.

Que mal que había ido todo. Él había estado todo el trayecto hasta allí ensayando lo que iba a decirles a sus hijas. Claro que esperaba sorprenderlas. Pero, por lo visto, aquel hombre que lo llevó allí, el que le hizo de chofer, sabía lo ocurrido con Daniela, y las había alertado antes de que él pudiera montar su pantomima. ¡Maldita su suerte!

Capítulo 24

Susana había estado observando lo que ocurría a las afueras de la aldea. No podía oír lo que decían, pero por la expresión de las caras supo que Federico no era bienvenido por ninguno de ellos. Tal vez fuera un aliado para ella, pero tenía que saber lo que pasaba antes de dar ningún paso. No quería meter la pata.

Vio que se alejaban de él, y como aquel que no quiere la cosa, fue paseando y se hizo la encontradiza.

—Vaya, nos encontramos otra vez.

Federico la miró saliendo de sus turbios pensamientos.

—En este sitio no hay muchos sitios para perderse —dijo de mala manera.

—Ya me voy, no era mi intención molestarte.

Él se dio cuenta de que fue grosero con la única persona que parecía amistosa en aquel inhóspito lugar.

—Perdona mi impertinencia, pero las cosas no están yendo como yo esperaba.

—¿No has encontrado a tu hija?

—Sí...

—Entonces, ¿cuál es el problema?

A Federico no le gustaba hablar de sus problemas.

—Dejemos de hablar de mí. Cuéntame que haces aquí.

Susana supo que antes o después lograría sacarle a ese hombre todo lo que

ella quería saber. Le contó que hacía algunas semanas que estaba allí, que su hijo era el médico de la aldea, y que intentaba convencerlo de que volviera a España. Lo que se guardó para sí misma fue que era el marido de su hija.

Vincent salió en busca de Dany. La encontró en poco tiempo, pues varios habitantes le dijeron hacía dónde se había dirigido. Al verla con la mirada perdida en el horizonte, supuso que le estaba dando vueltas a lo ocurrido con su padre y maldijo interiormente. Se le acercó sin preocuparse en ser silencioso. No quería asustarla.

Ella se incorporó y miró por encima del hombro. Al verlo, volvió a apoyarse en el árbol.

—¿Estás bien?

La mirada de ella mostraba todo lo que estaba sintiendo. Él le tendió la mano para que se levantara y la estrujó entre sus brazos. Notó que temblaba; paseó su mano por la espalda de Dany, tratando con aquel gesto que se tranquilizara. Ella tardó unos minutos en relajarse, y entonces él le levantó el rostro y la besó con ternura para transmitirle sus sentimientos. Trataba de demostrarle que no permitiría que nadie la hiciera sufrir.

—No pienses más en lo ocurrido. No dejes que te afecte. Eres dueña de tu vida, haz lo que quieras con ella.

—Pero...

—Shh —le puso un dedo sobre los labios para que lo escuchara—. No te enfrentes más a él. Le has dicho todo lo que llevabas dentro. Pasa página.

—No es tan fácil, puede ponerse muy difícil si se lo propone, y no quiero que mi hermana lo tenga cerca. —Se quedó pensativa unos segundos, reviviendo el enfrentamiento con su padre—. Realmente creo que se le ha ido la cabeza. ¿Qué esperaba lograr viniendo aquí? Si lo que creía era que se lo recibiríamos con los brazos abiertos... es que se está volviendo majareta.

—Ningún hombre que haga lo que él te ha hecho a ti está en su sano juicio.

—No puedo creer que, después de todo lo que hizo, haya venido aquí. ¿Qué esperaba que hiciera?

—Volver con él, desde luego, para seguir aprovechándose de tu trabajo. — Vincent le hablaba en voz baja, para que ella no se alterara y supiera que él estaría a su lado en cualquier circunstancia.

La mente racional de Dany, que le daba vueltas al asunto, cayó en algo que no se le había ocurrido antes.

—¡¡¡Oh, diablos!!!

—¿Qué pasa?

—No ha venido a buscarme por todo eso de la responsabilidad que ha dicho, ¡está sin trabajo! Quiere que vuelva para seguir con su ritmo de vida.

—¡Será cabrón! — Vincent no pudo retener lo que pensaba.

—Ahora que me doy cuenta. En los últimos tiempos entraba y salía de casa a diferentes horas, cosa extraña en él. Es muy puntilloso con los horarios. ¡Seré tonta! —pensó al percatarse de que al no prestarle atención a su padre. Él había tenido el camino despejado para hacer lo que le viniera en gana, vivir de la sopa boba a su costa.

Dany se desprendió del abrazo de Vincent y empezó a pasearse de un lado a otro, recordando los últimos meses en París. Su padre había pasado una temporada muy malhumorado. Seguro que había sido cuando se quedó sin trabajo. Luego, de la noche a la mañana su ánimo había mejorado y había sido cuando empezó a salir a horas intempestivas. Podría apostarse el cuello a que fue cuando empezó a saquear las inversiones que había hecho. Tendría que haberse dado cuenta de que, a partir de ese momento, había empezado a vestir de otra forma, más informal, pero elegante. Y ella sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor; desde luego, podía llamarse tonta en todos los idiomas que conocía.

En esos momentos se habría dado de tortas, por idiota. Vincent se dio cuenta de que volvía estar muy enojada.

—¿Qué pasa por esa cabeza tuya?

—Nada —contestó demasiado rápido.

Él no era tonto y veía que estaba a punto de salirle humo por las orejas.

—Vamos, no quiero que mi hermana... —Empezó a decir encaminándose a la aldea.

—Claudia acaba de enfrentarse a él, y yo diría que no le ha ido nada mal. Lo ha puesto en su lugar.

Dany se giró y se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Seguro de que Claudia está bien?

—Ya lo creo, le ha soltado unas cuantas cositas.

—Vamos, quiero asegurarme.

Vincent comprendía que se preocupara por su hermana. Le pasó un brazo sobre los hombros y volvieron a la aldea.

Esa misma noche, Víctor, que estaba molesto por la inesperada visita de su suegro y lo caradura de ese hombre, se cruzó con Susana y, como si un diablillo le pinchara el culo, le preguntó de qué quería hablarle.

La mujer, que estaba fastidiada porque no había podido sacarle nada a Federico, le contestó de malas maneras.

—Hace semanas que estoy aquí y nunca has tenido tiempo para dedicarme, ¿dónde está el hijo que yo eduqué?

—¿El hijo que tú educaste? Querrás decir el que tratabas como si fuera un mono de feria, que te gustaba exhibir ante tus entrometidas amigas, las que son tan excéntricas y lunáticas como tú.

—No insultes a mis amigas —exclamó Susana.

—Diré lo que tenga que decir. No hace mucho me he enterado de que me mandaste a Clara para que me sedujera y volviera a España, pues déjame decirte que es una mala víbora. Que se acostaba conmigo y con quien le viniera en gana y, además, me estafó dinero de mi empresa.

—Esto que dices no es cierto.

—Créete lo que quieras; yo ya la saqué de mi vida para siempre.

—Y entonces te casaste con esa...

—Cuidado, madre, no insultes a mi esposa —advirtió con voz fría.

—Tú puedes decir lo que quieras de mis amistades, en cambio, yo tengo que callarme mis opiniones.

—Si no estás contenta, ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Me estás diciendo que me marche?

—Lo que pienso es que no deberías haber venido. ¿Por qué lo hiciste?

Susana logró contener su lengua a tiempo. Estuvo a punto de decir lo que realmente la había llevado allí: que él volviera a España.

—Deseaba verte y conocer a mi nieto.

—Y supongo que también a mi esposa, al fin y al cabo, es la madre de mi hijo.

Lo dijo a propósito, para ver la reacción de Susana.

—Claro que sí.

—¿Por eso le has estado haciendo la vida imposible?

—Eso no es cierto, ¿quién te lo ha dicho, ella?

—No, no ha sido ella, pero la persona que me lo dijo es de mi absoluta confianza.

Susana leyó entre líneas. Víctor le estaba diciendo que no confiaba en ella. Soltó un gruñido.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—¿Tratando de decirte? De ninguna manera, te lo digo claro cristalino: si has venido a causar problemas, ya puedes irte. Ya ves que yo estoy muy ocupado y no voy a dejar mi trabajo para complacer todos tus deseos.

La cara de Susana era todo un poema. Le estaba sentando muy mal que su hijo le dijera aquello; la estaba invitando a que se fuera de allí.

—Y otra cosa, mi mujer no es criada tuya ni de nadie. Está embarazada y necesita tranquilidad. Si eres incapaz de comprender esto, será mejor que te vuelvas a tu casa.

Vaya, se lo podía decir más alto, pero no más claro: su hijo quería que se fuera, pensó; no se quedaría dónde no la querían, pero como se llamaba Susana que se arrepentirían de haberla tratado de aquella manera.

—Como veo que no soy bienvenida, mañana mismo me marcharé... ¿Me llevarás a Nairobi o debo buscarme a otro que lo haga? —dijo de malos modos.

—Oh, no desearía a ninguno de mis amigos que tuviera que soportar tus quejas todo el camino. Yo mismo te llevaré.

Durante la cena, Federico vio la indiferencia como lo trataban sus hijas. Él, que había estado convencido de poder persuadir a Daniela para que volviera con él a París, en ese momento de daba cuenta de lo equivocado que había estado. Su hija había buscado cobijo junto a su hermana: el único sitio de donde no podría arrancarla. En las pocas semanas que ella llevaba allí, había cambiado, y mucho. Ya no era la muchachita que él había manipulado durante años. Había perdido el tiempo con aquel viaje. Sus hijas lo odiaban. Tenía que irse de allí. No hallaría cobijo en aquel lugar y lo peor era que se le estaban acabando los magros fondos de los que disponía.

Susana era la única que lo trataba con cortesía y, al acercarse a ella para decirle que se iría al día siguiente, esta le dijo que ella también y decidieron hacer el viaje a Nairobi juntos.

A Federico le habían asignado un cuartucho en el refugio para que pasara la noche; fue al servicio y, cuando salió, vio a Daniela que venía por el pasillo que separaba unas estancias de las otras. La esperó.

Ella de buena gana se habría dado la vuelta, pero no quería que su padre la tachara de cobarde. Iba a pasar por su lado, cuando sintió su mano en el brazo, reteniéndola.

—¿Qué quieres padre?

—Mañana me marchó.

—No tenías que haber venido.

—Estas tierras no te sientan nada bien. Te has vuelto una descarada.

Claudia, que estaba a punto de acostarse, oyó la voz de Dany —aquellos muros no eran tan gruesos como para amortiguar el sonido—, y prestó atención a lo que decían. Incluso, con sigilo abrió la puerta para poder escuchar mejor, y si su padre se pasaba de la raya, le cantarían las cuarenta.

—¿Qué quieres? ¿Que me despida de ti? Adiós —dijo Dany, y tiró del brazo que su padre aún no le había soltado.

—Nunca creí haberte educado tan mal.

—Tú no me educaste de ninguna manera; lo hizo mamá. Y lo hizo tan bien que hasta hoy no me he dado cuenta de lo ruin que eres. Solo quieres que vuelva para seguir con tu vida disoluta, para que trabaje para pagar tus vicios.

Dany había ido elevando la voz, así que las palabras salían de su boca.

—Te mereces una paliza —tronó el vozarrón de Federico.

En ese momento, Vincent y Claudia salieron de sus habitaciones. Uno por cada lado del pasillo.

—Si le pone un dedo encima, le cortaré la mano —el tono bajo y amenazante que había empleado Vincent causaba pavor.

Federico dio un salto por la sorpresa; y entonces vio también a su hija Claudia que lo miraba con el ceño fruncido.

—Os arrepentiréis de esto —clamó Federico—. Cuando llegue a París haré que publiquen en todos los periódicos que me habéis abandonado y dejado en la miseria. Eso gustará mucho a tus lectores, Claudia... Y también a los compradores de tus cuadros, Daniela.

Víctor, que había salido al pasillo tras su mujer, se apoyó en el muro y cruzó los brazos como si la escena lo divirtiera.

—Yo no haría eso, amigo. Su hija Claudia ha puesto en aprietos a más de un político con sus artículos... yo no querría ser el objetivo de uno de sus escritos.

Federico se sintió acorralado en medio de todos ellos. Pasó raudo al lado

de Dany y se encerró en su habitación dando un portazo.

Vincent se acercó a Dany y le preguntó si estaba bien. Ante el cabeceo de ella, le dijo que hiciera sus cosas, que la esperaba. La empujó hacia el servicio y miró a su amigo que se estaba llevando a su mujer.

—Buenas noches.

Susana habría tenido que estar sorda para no escuchar lo que hablaban en el pasillo y, al oír las palabras de su hijo, se sorprendió. Por lo visto Claudia era una buena profesional. Tendría que ir con cuidado.

Capítulo 25

Vincent pasó varios días en la aldea. Se propuso convencer a Dany para que le diera una oportunidad al amor que él sentía y estaba seguro de que ella también. Lo que ocurría era que ella tenía miedo a experimentar ese sentimiento.

La acompañaba en las largas jornadas que ella dedicaba a pintar y, poco a poco, notaba como ella se iba abriendo a él.

Cada noche Vincent le hacía el amor como si fuera la primera vez. Era atento, delicado, seductor. La hacía arder y cuando yacían ebrios de amor, la acunaba en sus brazos hasta que se quedaban dormidos.

Por las tardes, ella insistía en acompañar a su hermana y no era raro que Víctor los encontrara a todos juntos cuando se reunía con su familia.

Una tarde mientras estaban tomando el fresco con Claudia y con los niños, Víctor llegó corriendo y le dijo a Vincent que lo acompañara, que había habido un accidente de una avioneta en la jungla y se había producido un incendio. Este estuvo listo al momento.

—¿Puedo acompañaros? —preguntó Dany.

—Sí, pero intenta no estorbar —dijo Víctor.

—Preferiría que te quedaras —replicó Vincent.

—Si hay heridos, alguien tendrá que ayudar a Víctor —adujo ella. Lo que

decía era razonable.

—Está bien.

Cuando llegaron al lugar del accidente, se encontraron con dos heridos. Dany ayudó a Víctor a atenderlos, mientras Vincent ayudaba con el incendio que ya tenían controlado, gracias a la pronta intervención de los grupos forestales que estaban en la zona. Los heridos no revestían demasiada gravedad. Solo sufrían alguna que otra contusión y heridas de poca importancia. Dany ayudó a Víctor a subirlos a la parte trasera del jeep y entonces él se fue a ayudar con el fuego. Ella se quedó con ellos en el coche.

De pronto el viento cambió de dirección, el fuego se reavivó y se dirigía directamente hacia el jeep.

—Dany, saca el jeep de ahí —gritó Víctor.

Ella, que estaba en la parte de atrás, levantó la cabeza y, al ver la dirección del fuego, saltó por el lado del vehículo, notó que se enganchaba con algo, pero no se detuvo. Se puso al volante del jeep y lo sacó de la dirección de las llamas. Lo detuvo bastante lejos de allí. Cuando cogió el freno de mano, notó que estaba pringoso. Lo miró y vio que era sangre, su sangre. No solo se había enganchado la ropa, sino que se había hecho un buen corte en el muslo. Los hombres estaban muy atareados con el fuego. No los molestaría. Cogió un pañuelo que llevaba en el pelo y se envolvió la pierna con él, apretando para que dejara de sangrar.

El espectáculo del fuego era aterrador. Las llamas iban comiéndose arboles enteros. Llegaron refuerzos y en poco más de una hora el fuego estaba casi extinguido.

Vincent y Víctor fueron hacia el vehículo.

—Vámonos de aquí. Pueden apañarse ya sin nosotros —dijo Víctor.

Vincent se puso al volante y condujo de vuelta al poblado. Los heridos estaban más tranquilos debido a las continuas atenciones de Dany. Cuando llegaron al poblado Víctor los acomodó en unas camas y les dijo que al día siguiente estarían mejor. Dio instrucciones a María para que le avisara si

alguno de ellos se encontraba mal. Cuando iba a salir para reunirse con su familia, Dany lo llamó.

—Víctor necesito tu ayuda...

Estaba muy pálida; él se dio cuenta.

Dany señaló el pañuelo que llevaba atado al muslo, estaba empapado, y la sangre le corría por la pierna.

—¿Qué te ha pasado?

—Al saltar del jeep para sacarlo de allí, me he enganchado en el mismo soporte donde se cortó Vincent.

—Maldita sea, le dije que lo arreglara —exclamó furioso, mientras miraba a Dany. Ella se sentía mareada. Apoyó las manos en el pecho de Víctor—. ¿Por qué no me has dicho nada antes? —le gritaba él.

Cuando las rodillas de Dany se doblaron, él la cogió en brazos y la llevó a su despacho. Vincent lo había oído gritar e iba a ver qué pasaba. Cuando se encontró a Dany tendida en la camilla, ella no había llegado a perder la consciencia.

—¿Qué ha pasado?

—El dichoso gancho —rugió Víctor—. Aún no lo has arreglado.

—Diablos —exclamó Vincent.

Víctor sacó el pañuelo del muslo de su cuñada.

—Ayúdame a darle la vuelta.

Los dos hombres maldecían al unísono.

—No os preocupéis: es solo un rasguño —dijo Dany—. Véndamelo, mañana ya habrá cicatrizado.

Víctor no dijo nada, cogió una botella de desinfectante.

—Esto va a escocer.

Dany soltó una exclamación cuando su cuñado le vertió aquel líquido en la herida.

—Voy a darte unos puntos.

Víctor trabajó rápido. Cuando ella quiso darse cuenta, le estaba vendando

la herida.

—Tómate esta píldora. Es para el dolor. —Dany iba a levantarse—. No, espera, te pondré la vacuna de los tétanos.

Cuando Víctor hubo terminado, Vincent la cogió en brazos.

—Espero que arregles ese maldito gancho, antes de que tenga que coser a alguien más —dijo malhumorado.

A la mañana siguiente Dany se levantó temprano como cada día para ir a hacer ejercicio. Entró en la cocina para tomarse un café y allí estaba María, preparando los desayunos.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Dany.

—¿No deberías estar descansando?

Dany estalló en carcajadas.

—¿Cuándo me has visto descansar?

—Pero... ¿y tú herida?

—Sanará más pronto si no dejas que la pierna enmohezca.

Las dos rieron. De pronto María se puso seria.

—¿Qué pasa? —preguntó Dany.

—No lo sé, todo es muy extraño. —Su rostro mostraba contrariedad.

—Venga, cuéntame, me tienes en ascuas.

—Verás, ayer antes de acostarme, me dirigía al servicio y escuche accidentalmente una conversación de los dos heridos en el accidente de la avioneta.

La curiosidad de Dany había despertado.

—Vamos, vamos... cuéntame.

—Uno le decía al otro, que habían sido unos estúpidos, que habrían podido morir. —Dany asentía con la cabeza—. Que nunca tendrían que haber cogido ese trabajo. Lo que tenía que haber sido un incendio accidental por poco les cuesta la vida.

—¿Estás diciéndome que provocaron el accidente?

—Espera hay más... De pronto el otro dijo algo... —María trataba de recordar las palabras exactas—. «La señora se va a poner hecha una furia». Se hizo un corto silencio y luego el otro le dijo... «lo que podemos hacer es cargarnos a esa tal Claudia, que parezca un accidente». «¿Cómo?», le preguntó el otro. «Yo que sé, que parezca que ha caído y se ha golpeado contra algo».

A Dany se le salían los ojos de las órbitas.

—¿Estás segura, María?

Entonces Dany recordó, de pronto, lo raro que le había parecido oírlos hablar en inglés en el jeep, mientras esperaban a Vincent y a Víctor. Entonces también se lamentaban de haberse equivocado, de haber calculado mal la distancia, de haberse dejado convencer por una mujer. Seguramente ellos habían hablado en inglés porque pensaban que ella no los entendería.

La mirada de María era de preocupación.

—Sí, sí, estoy segura de que eso es lo que oí.

La mente de Dany trabajaba rápido. No dejaría que su hermana se enterara del peligro que estaba corriendo.

—Solo hay una manera de averiguar lo que traman esos dos. Llama a Vincent y a Víctor.

Salieron las dos de la cocina y vieron que se acercaba su cuñado.

—Mira ahí viene Víctor —dijo María aliviada. Sabía lo impulsiva que era Dany y le daba miedo lo que pudiera hacer.

—Ve a llamar a Vincent; yo pondré al corriente a Víctor.

María salió corriendo, y ella le contó a su cuñado lo que le había contado María. Este se sorprendió.

—¿Estás segura de que todo esto no es producto de una pesadilla?

—No lo sé, pero ayer, mientras os esperábamos en el jeep, estuvieron hablando en inglés, y también decían cosas incoherentes. —Víctor la miró escéptico—. Solo hay una manera de averiguarlo —añadió Dany decidida.

—¿Qué te propones? —preguntó alarmado.

—Hacerme pasar por Claudia.

—No me gusta —dijo Víctor ceñudo.

En aquel momento se reunieron con ellos Vincent y María.

—¿Qué pasa ahora? —quiso saber Vincent con cara soñolienta al tiempo que besaba a Dany.

—Tú ve por la parte de atrás, y estate alerta en la ventana de nuestros dos huéspedes —dijo Dany—. Tú, Víctor, entra conmigo por la parte delantera y estarás alerta. María entrará conmigo en la habitación de ellos. Yo les atenderé las heridas mientras... María me llamará «Claudia» y... a ver qué pasa.

—¿Alguien va a contarme qué está pasando? —preguntó Vincent perdiendo la paciencia.

—Luego, si esperamos esos dos pájaros pueden haber volado —cortó ella andando a grandes zancadas hacia el cuarto.

Todos hicieron lo que Dany había dicho.

Ellas entraron en la habitación de los heridos.

—¿Claudia, quieres que vaya a buscar al médico? —habló María remarcando las palabras.

—No, de momento no.

—¿Tú eres Claudia? —preguntó uno de los truhanes.

—Sí.

—Ayer oí que te llamaban Dany.

—Es un juego entre nosotros. Yo los llamo Zipi y Zape, y ellos... —Los ojos de aquel malhechor se encendieron. Dany supo que María tenía razones para estar preocupada, y ella también.

—María, yo me las apañaré con estos señores. Puedes ir a seguir con lo que hacías.

Dany no quería que María estuviera en peligro. Esta salió de allí, pero no se alejó demasiado.

—Vaya, vaya... Claudia, que nombre más bonito —dijo uno de ellos con

una sonrisa maliciosa.

—A mí me gusta mucho. —Sacó un esparadrapo que llevaba el que estaba más cerca de la puerta—. Esta herida curara mejor al aire libre. Bueno dentro de un rato vendrá el médico y los reconocerá. Seguro que hoy podrán irse.

Cuando se disponía a salir, notó una mano en el tobillo que tiraba de ella haciendo que perdiera el equilibrio, al caer se golpeó la cabeza en la pata de la cama y quedó aturdida.

—Bueno, será más fácil de lo que nos pensábamos —dijo uno de ellos.

—Dame esa muleta que hay ahí, terminaré el trabajo antes de pedir ayuda —exigió el que estaba más cerca de Dany.

Vincent había visto todo desde la ventana. Saltó al interior de la habitación dejando al sujeto que estaba al lado de la ventana sin sentido de un puñetazo.

El otro tipo no se había mantenido ocioso. Había sacado un cuchillo que debía de llevar encima. Cuando Vincent se dio la vuelta, lo vio que con un brazo rodeaba a Dany para inmovilizarla y con el otro apoyaba el arma en su cuello.

—¿Qué pretende? —rugió Vincent.

—Salir de aquí —contestó tranquilamente.

—Para eso no la necesita. —La adrenalina de Vincent lo impulsaba a lanzarse contra aquel sujeto, pero el cuchillo que tenía Dany apretado contra el cuello lo detenía—. Puede largarse cuando quiera.

—No si quiero cobrar el resto de la recompensa. Esta señora tiene precio sobre su cabeza. —Vincent no entendía nada, lo miró asombrado—. Y ahora sea inteligente y deje que me marche. Yo cobraré lo mismo si mato a una o a dos personas; le sugiero que se quede quietecito y me deje marchar.

Vincent no estaba dispuesto a dejar que aquel truhan saliera de allí. No se lo pensó dos veces: se lanzó contra él. Este, al verlo avanzar, se dio la vuelta arrastrando a Dany con él, pero antes de que llegara a la puerta el puño de Víctor se estrelló contra su nariz, el sujeto aulló y cayó desvanecido. En la maniobra, el cuchillo se clavó en la piel de Dany.

—Maldita sea... ¿qué estaba pasando aquí? —bramó Vincent mientras la levantaba.

Víctor lo miró con el ceño fruncido.

—Cuando recuperen el sentido, nos enteraremos. Esos tipos querían matar a Claudia.

—¿Matar a Claudia? —exclamó Vincent sorprendido—. Pero esta es Dany.

—Ella se hacía pasar por Claudia —dijo María detrás de Víctor.

—¡Que genial idea! —le gritó a Dany, separándola de su pecho. Ella tenía los ojos cuajados en lágrimas. Lo miró un segundo y volvió a apoyarse en su pecho—. ¿Pretendías que te mataran? —Su voz ya no era tan dura, pero aún estaba muy enojado.

El tipo que estaba sin sentido al lado de la ventana empezó a moverse, Vincent le soltó una patada en el pecho con lo cual volvió a caer.

Víctor fue en busca de una cuerda para atarlos. Los registró a los dos para asegurarse de que no hubiese más navajas y los ató al poste de la cama. Llamó a uno de sus ayudantes y les dijo que no los perdiera de vista.

Vincent y Dany esperaban a Víctor en su despacho.

—Déjame ver —le levantó el rostro a su cuñada, para poder ver mejor la herida—. ¿Qué te ha hecho ese bastardo? —El corte era poco profundo, le puso antiséptico y se lo cubrió con una gasa. Le dio una píldora—. Tómame esto —dijo dándole un vaso de agua. Ella no rechistó. Había pasado tanto miedo que estaba en un estado de total nerviosismo.

—Ahora me contaréis qué diablos ha pasado. —El tono de voz de Vincent dejaba ver la ira que sentía.

La mirada de Víctor era furiosa.

—Espera unos minutos a que ese par vuelvan en sí, y lo averiguaremos.

Vincent levantó una ceja. ¿Qué significaba aquello?

El ayudante de Víctor lo llamó, y le dijo que ya habían vuelto en sí. Este le pidió que llamara a Andros, pero el ayudante aún no había salido de allí. Cuando se lo pensó mejor, sería más rápido si ellos mismos llevaban a esos

tipos hasta las autoridades.

Estuvieron preguntando a aquellos malnacidos que quién los había mandado allí. No obtuvieron respuesta. Ellos mantenían un sepulcral silencio.

—Víctor, déjamelos a mí —rugió Vincent—. ¿No tuvieron un accidente en avioneta? Cuando yo haya terminado con ellos, realmente parecerá que la avioneta les ha caído encima.

Uno de ellos abrió enormemente los ojos.

—¿Él es Víctor?

—¿Lo conoce de algo? —preguntó Vincent con un tono tan suave que causaba verdadera grima.

—¿Es el hijo de la dama! —exclamó uno de ellos.

—Cállate bocazas —grito el otro.

Vincent y Víctor se miraron.

—¿Hijo de qué dama? —quiso saber Víctor.

Ante la amenaza implícita en su voz y la furiosa mirada de Vincent, a uno de ellos se le soltó la lengua.

—La dama que nos contrató.

Víctor se sentía descompuesto. ¿Su madre había intentado matar a Claudia? ¡No podía ser! ¿Es que se había vuelto loca?

Cargaron a los dos delincuentes en el coche. Los ataron a la parte de atrás.

—Vamos, Vincent, quiero deshacerme de esta escoria lo más pronto posible.

—Espera, voy a ver como esta Dany.

Ella estaba con María. Trataba de ayudarla con los desayunos, pero le temblaban tanto las manos que vertía más café fuera de las tazas que dentro de ellas.

—Vete a descansar un rato, cielo —susurró en su oído—. Aquí no les sirves de mucha ayuda.

—Pero... no quiero estar sola —lloriqueó con vehemencia.

Vincent la abrazó.

—Trataremos de volver pronto —dijo besándola en la frente.

Los dos amigos estaban perdidos en sus propios pensamientos mientras se dirigían a Nairobi, con los dos rufianes atados como los pavos de Navidad.

Vincent rompió el silencio.

—¿De quién fue la idea de hacer pasar a Dany por Claudia?

Su amigo desvió la mirada del camino un segundo hasta que sus ojos se encontraron.

—¿Tú qué crees? —preguntó Víctor.

—De ella, por supuesto.

A Víctor se le dibujó una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Aún no te has dado cuenta?

—¿De qué? —quiso saber Vincent intrigado.

—De que es como Claudia... una fuerza de la naturaleza.

Los dos asintieron sonriendo.

La seriedad volvió al rostro del médico.

—Sabía que mi madre era una excéntrica, pero esto... —Víctor parecía estar montando un puzle dentro de su cabeza—. No puedo creerme que intentara matar a mi mujer.

Vincent sabía de la mala relación de su amigo con su madre, pero de ahí a planificar un asesinato había un mundo. Suerte habían tenido que las chicas hubiesen actuado y habían descubierto los planes de Susana, no quería ni pensar en la perspectiva de aquellos rufianes sueltos por la aldea a la caza de Claudia o Dany.

Capítulo 26

El jefe de policía, Andros Márquez, estaba esperando a Víctor y a sus acompañantes; lo habían llamado por radio poniéndolo en alerta de que se dirigían allí con dos delincuentes.

Cuando detuvieron el jeep frente a la comisaría, salió del establecimiento y se sorprendió al ver a los dos individuos bien atados.

—¿Qué ha ocurrido?

—Que tus hombres se ocupen de ellos mientras te lo cuento. —Andros era buen amigo de Víctor.

Vincent no perdía de vista a aquellos dos. Le hubiese gustado darles su merecido, pero se temía que tras el incendio y el ataque a Dany había mucho más. Esperaría a que hablaran; si no, estaba dispuesto a hacerlos hablar fuera como fuera.

Víctor le contó a Andros lo ocurrido y este se ocupó personalmente de interrogar a los dos maleantes. A uno no hubo manera de sacarle nada. Se limitó a pedir un abogado y a cerrar la boca. En cambio, al otro le dieron a entender que su compañero había hablado y le faltó tiempo para contarles todo lo ocurrido en los días anteriores. Cómo una mujer se había puesto en contacto con ellos para que fingieran un accidente de avioneta e incendiaran la aldea, exigiendo que la tal Claudia muriera en el incidente. Cuando le preguntaron por la mujer, este les hizo una buena descripción de Susana. Les dijo dónde se habían visto y cuándo tenían que volver a verse para que les pagara el

trabajito.

Vincent maldecía sin poder contener la rabia que sentía por aquella mujer. Miró a su amigo y vio que tenía los puños apretados y el color había abandonado su rostro. Intentó ponerse en su lugar y supo lo que pensaba... lo mismo que él: ¿cómo podía haber una mujer tan deshumanizada? Había tratado de matar a la esposa de su hijo, la cual estaba embarazada de sus nietas; sacudió la cabeza sin acabar de entender la malicia de aquella mala víbora.

Al ser amigos, Andros miró a Víctor significativamente cuando salió de la sala donde había estado interrogando al delincuente. Este le dijo que no consideraba a Susana nada suyo y que actuara en consecuencia; que, si la tenía que encerrar, que lo hiciera y tirara la llave. No le cabía en la cabeza para pensar que su madre fuera tan malvada como para contratar a unos sicarios para matar a Claudia. Si no la veía nunca más, no sería algo que le quitara el sueño. Sin embargo, Andros le aclaró que si la detenía, habría un juicio y tendría que enfrentarse a ella; lo haría desde luego. Había estado a punto de quitarle a la mujer que amaba; además, si se hubiese incendiado la aldea, podrían haber muerto muchas personas. Actuaría como le dictaba su conciencia: protegiendo a los más débiles.

Antes de marcharse de allí, le pidió a Andros que lo mantuviera informado. Le dijo que si su madre se enteraba de que sus planes no se habían cumplido, mandaría a otros tras su esposa y no podía permitirlo. El agente entendió su preocupación y le prometió llamarlo cuando lo tuviera todo controlado.

Vincent conducía hacia la aldea sin quitarse de la cabeza a la mala víbora de Susana. De reojo veía que su amigo tenía el ceño fruncido. No era para menos con una madre como aquella.

Al llegar, fue de inmediato en busca de Dany. Esta estaba en el centro del poblado vigilando a su sobrino que jugaba con otros niños, aunque parecía que tuviera la mente muy lejos de allí.

—¿Cómo estás cielo? —dijo al llegar a su lado.

Ella se giró sobresaltada al oírlo. Se puso en pie y se lanzó a sus brazos.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Víctor?

Aún estaba alterada.

—Uno de los maleantes ha cantado de plano. Supongo que van a detener a Susana...

—¿Supones?

—Tranquila, tranquila. —No quería que ella se trastornara más de lo que ya estaba.

—¿Cómo quieres que esté tranquila?

Vincent la cogió por los hombros. Se los estrujó con suavidad.

—Ahora mismo las autoridades están investigando. No dudó de que si no ha salido del país la encontrarán.

Al escuchar aquello a ella se le abrieron los ojos como platos.

—¿Se ha ido...?

—No lo sé. El jefe de policía está en ello.

Ella se quedó pensativa unos segundos.

—No me extrañaría que se hubiera largado después de contratar a aquellos delincuentes.

—No te preocupes. No creo que eso sea un impedimento. Víctor no lo va a dejar correr.

Ella asintió, sintiéndose más tranquila. En eso Vincent tenía razón: su cuñado no dejaría que aquello quedara en el olvido. Había visto demasiado amor entre él y su hermana.

¡Amor!

Así que aquello que veía en los ojos de Claudia y Víctor era amor. Se quedó enganchada a los ojos azules de ese hombre que se quedó a su lado observándola y preguntándose por qué lo miraba de aquella forma.

Después de unos segundos:

—¿Qué ocurre, cielo?

Dany no decía nada y eso lo tenía desconcertado.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, sí.

Él había visto la amalgama de emociones que pasaba por esos amados ojos negros. Sabía cómo hacer que ella se relajara. Cogió al pequeño de la mano, pasó un brazo sobre los hombros de ella y la empujó para que empezara a andar.

—Vamos, a los dos nos irá bien un paseo.

Dany notó que él no la agobiaba. Vio en su mirada azul que no pretendía atosigarla. Se cogió a la cintura de Vincent y fueron paseando hacia el riachuelo. Ninguno de los dos hablaba, cada uno perdido en sus pensamientos; ella, analizando ese sentimiento que la desconcertaba, eso que hacía que sintiera un extraño calorillo en las entrañas cuando estaba cerca de ese hombre. Él buscaba la manera de demostrarle lo que llenaba su corazón.

Al llegar junto al agua, el pequeño Víctor se soltó y corrió. Ninguno de los dos reaccionó a tiempo y, cuando quisieron darse cuenta, saltaba desde el borde y caía de culo, mojándose hasta la cintura. Al momento, el niño los miró y ellos estallaron en carcajadas. Corrieron hacia el agua y empezaron a jugar con el pequeño a tirarse agua con las manos, pues la máxima profundidad no pasaba de unos veinte centímetros. Las risas de Víctor eran como música para los adultos, lo que los animaba a seguir jugando con él. No tardaron en estar los tres mojados de arriba abajo.

Dany no tardó en salir del agua muerta de risa y con flato de tanto reír.

Vincent la vio relajada y supo que había valido la pena quedar todo mojado para ver aquella cara de felicidad que en ese momento ella mostraba. El sol de media tarde calentaba lo suficiente para tumbarse y secarse bajo sus rayos. Él cogió al niño y fue a reunirse con ella, que se había sentado en la hierba. Se dejó caer a su lado, tiró de ella para que se tendiera a su lado, y mantuvo al pequeño entre sus brazos.

Dany se giró hacia él y la estampa que se presentó ante sus ojos la hizo pensar en lo afortunados que serían los hijos de ese hombre. Con este pensamiento, otro se abrió paso directo al centro de su corazón... ¿qué era eso? ¿celos? Se convenció a sí misma de que no, que era envidia por no haber disfrutado así de su padre. Ese pensamiento le llevó a otro: ¿dónde habría ido su padre?, ¿habría vuelto a París? No iba a devanarse los sesos con eso en ese momento. Había salido de sus vidas y con eso era suficiente.

Ella iba a disfrutar del presente, y este estaba tumbado a su lado con su sobrino en brazos, mirándola con ¿ternura?, ¿cariño?

Sus miradas prendidas la una de la otra, parecía que él quería transmitirle algún mensaje a través de sus ojos, pero no se atrevió a preguntar. Si él volvía con el cuento de que la amaba... no, no, mejor callar, dejar pasar el tiempo y ver qué pasaba. Ella seguía hecha un lio.

Un rato más tarde, ya secos, fueron al encuentro de Víctor y Claudia. Vincent esperaba que su amigo hubiese tenido tiempo, coraje y entereza para contarle a su esposa lo ocurrido aquella mañana, de explicarle lo sucedido con Susana.

La cena fue mucho más relajada de lo que Dany esperaba. Su hermana se había tomado lo de Susana mejor de lo que todos esperaban; al asegurarse de que Dany estaba bien, no le dio más importancia a lo que le ocurriera a aquella odiosa mujer. Su familia estaba bien, y eso era todo lo que le preocupaba. Sin embargo, eso no salvó a Dany de recibir una buena reprimenda de su hermana cuando se enteró de que se había hecho pasar por ella para averiguar lo que estaba pasando. Se había puesto en peligro y eso no le gustaba nada de nada.

Dany aceptó el enojo de Claudia y se mostró arrepentida ante los ojos de todos; sin embargo, sabía que Susana aún no estaba detenida y eso quería decir que aún no estaban fuera de peligro. Se guardó sus preocupaciones para ella sola y se prometió que no perdería de vista a su hermana hasta que aquella

odiosa mujer durmiera en la cárcel.

Después de eso, todos decidieron dar carpetazo al asunto y enfrentarse a los hechos cuando el juez los reclamara.

Capítulo 27

El agente Márquez se había asegurado de que Susana no había salido del país. La estaban buscando por todos los hoteles de Nairobi, pero resultó evidente que se había inscrito con un nombre falso. Fueron a la aldea a preguntar si Víctor tenía alguna fotografía de su madre. Este les contestó que no. No obstante, Dany hizo un buen dibujo de aquella maldita zorra; si fuera por ella, le retorcería el pescuezo o, mejor aún, no se ensuciaría las manos con la mala pécora. Se merecía que la dejaran en medio de la selva a merced de los animales para que se dieran un buen festín... pero seguro que, con lo víbora que era, alguno resultaba envenenado.

Susana se había camelado a Federico. Lo convenció para que se quedara en Nairobi con ella. Con los planes que tenía, necesitaba a alguien para cargarle el muerto en caso de que algo se torciera.

Él, que pensaba volver a París en el primer vuelo que saliera de aquel país para que esa mujer no se enterara de que sus finanzas eran muy magras, se hizo de rogar, alegando que no disponía de efectivo en aquellas tierras. Ella le dijo que por eso no se preocupara, que su amistad perduraría y ya tendría oportunidad de devolverle el favor. Además de eso, se encargó de coger una sola habitación en el hotel y a nombre de él, no quería dejar rastro de su paso por allí.

Lo sedujo, esperando que con la intimidad, él le contara lo que pasaba con sus hijas; y desde luego así fue. Federico le contó que, a causa de Claudia, su familia se había roto, claro que lo adornó como le convino, para que aquella mujer pensara que él había sido el bueno de la historia, el que había sufrido por los desplantes de sus hijas y su mujer.

Susana también le contó una sarta de mentiras con respecto a su hijo. Se calló que este estuviera casado con su hija mayor. No entraba en sus planes que ese hombre supiera hasta donde estaba dispuesta a llegar para conseguir sus propósitos.

Una tarde le dijo a Federico que se iba a la peluquería y se fue al barrio más problemático de la ciudad en busca de algún rufián que le hiciera el trabajo sucio. Contrató a dos tipos que parecían unos estúpidos sedientos de dinero. Estos le dijeron que, cuando ellos terminaran el trabajo, querían cobrar lo que para ella era una minucia, que de todas maneras no pensaba pagarles. Ella sería la que denunciara anónimamente a aquellos dos tipejos, y se apresuraría a consolar a su hijo, de su pérdida. Salió de aquel local con una sonrisa presumida en los labios; sus planes ya estaban en marcha.

Los agentes, al no encontrarla en ningún hotel, fueron a uno de los periódicos más leídos y pusieron en primera página la noticia del incendio y de que había habido varios muertos en el accidente. Fueron al local donde tenían que encontrarse los delincuentes con Susana y esperaron a que ella se presentara.

Habían pasado varios días desde su encuentro con aquellos maleantes, cuando ella leyó la noticia, durante los cuales se dio cuenta de que Federico era un tipo con malas pulgas. Cuando ella, que siempre había gozado de toda la libertad del mundo, miraba a algún hombre de aquel país —que había de muy guapos—, él la miraba como si fuera una fulana. Entonces fue cuando empezó

a dudar de la historia que él le había contado y comenzó a no fiarse de él. ¿Qué diablos se había creído ese hombre? ¿Que por qué lo había metido en su cama tenía todo el derecho del mundo sobre ella? De eso ni hablar. Tenía que deshacerse de él.

Federico hablaba en sueños. Lo había oído repetir en más de una ocasión: «Daniela debes volver a casa», «Daniela, no puedes quedarte aquí», «Te necesito en París». Eso le daba a entender que solo estaba interesado por una de sus hijas, que no echaría de menos a la otra. Eso le dio qué pensar.

Esa mañana estaban desayunando en la habitación del hotel cuando le dijo como aquel que no quiere la cosa...

—Me tendrías que hacer un favor.

Como no hacía mucho rato que habían tenido sexo satisfactorio, él estaba dispuesto a hacer lo que fuera.

—Tú dirás.

—El otro día hice un negocio y tengo que ir a pagar una deuda ¿irías por mí?

—Desde luego.

Ella se sorprendió de lo fácil que resultó. Le dijo dónde tenía que ir, lo mandaba a pagar la deuda con los dos delincuentes. Ella haría la denuncia y cogerían a Federico y a los truhanes con las manos en la masa. ¡Qué fácil que le iba a resultar librarse de ese hombre y de los dos rufianes!

Dany y Claudia estaban desayunando cuando la hermana menor abrió la boca en un largo bostezo.

—Deberías irte a descansar. Apostaría lo que fuera que no has dormido demasiado desde que llegaste.

—Prefiero ir a dar una vuelta por ahí. Cada vez que miró a algún lado, me cosquillean los dedos por el deseo de pintar. Aquí he encontrado mi inspiración. Cuando vine me sentía desorientada, sentía como si mi

inspiración estuviera agotada, en cambio, ahora...

—¿No será que tu inspiración es como un armario... moreno y tiene los ojos azules? —dijo Claudia sonriendo maliciosamente.

Las dos rieron a carcajadas. El niño, al verlas reír, se acercó a ellas para que jugaran con él.

Así las encontraron Víctor y Vincent.

—Ahí tienes a tu inspiración —señaló riendo Claudia. Dany estalló en carcajadas.

Los dos hombres también rieron al ver a sus mujeres de tan buen humor.

Vincent cogió al pequeño y lo hizo volar como si fuera un avión. El niño estalló en carcajadas que contagió a los mayores.

Más tarde, mientras Dany dibujaba unos trazos en un lienzo, Vincent lanzaba guijarros a una pequeña charca. Le gustaba la tranquilidad que los rodeaba. Ocasionalmente oían los sonidos propios de su entorno y era muy relajante. Los dos disfrutaban de aquel remanso de paz.

Dany echaba ojeadas a Vincent y se le ocurrió imaginárselo de pequeño. Debía haber sido un niño muy activo. Él vio que lo miraba con una extraña expresión.

—¿Qué pasa? ¿Ya has terminado?

—Estaba pensando que cuando eras niño debías ser un no parar.

Él soltó una carcajada.

—Sí, era un bicho; siempre me han dicho que no podían perderme de vista ni un momento, que cuando se descuidaban yo ya me había ido a jugar con otros niños.

—Entonces... ¿eras muy sociable?

—No me costaba nada hacer amigos. Cogía mi pelota e iba preguntando quién quería jugar conmigo. ¿Y tú?

Él vio que un halo de tristeza atravesaba sus ojos negros. Se arrepintió de haber hecho la pregunta pero, por otro lado, le interesaba saber cosas de ella.

—Antes de que mis padres se separaran, tenía muchas amigas, una era

especial, Vivian. —Su rostro dibujó una sonrisa al acordarse de ella—. Éramos inseparables. Donde estaba una siempre podías encontrar a la otra. Muchas noches se quedaba a dormir en mi casa o yo en la suya. Tenía un hermano, Luis, que se lo pasaba de fábula asustándonos a medianoche.

—¿Ah, sí?

—Sí, tenía un año más que ella y eran terribles —Sonrió por los recuerdos que la asaltaron—. Siempre se estaban tomando el pelo el uno al otro. Cuando nos reuníamos los tres, nos lo pasábamos en grande. Una vez en el instituto había un chaval que iba detrás de mí y no aceptaba un no por respuesta. Una tarde apareció Luis cuando terminaron las clases y lo arrinconó; le dijo que era mi hermano y que si no me dejaba tranquila le iba a cortar los... — Daniela soltó una risita—. Después de eso no volvió a molestarme. La verdad es que en aquel tiempo nos metimos en algunos líos y allí estaba él para sacarnos de ellos.

Aquellos recuerdos dejaron una huella nostálgica en la cara de Dany. Él la observaba y deseó que pudieran retroceder en el tiempo y borrar todo lo que la había lastimado.

Capítulo 28

Federico salió del hotel con una sonrisa en los labios. Cierto era que sus hijas le habían dado pasaporte tan pronto como lo vieron, pero no lo perdió todo. A cambio había encontrado a una mujer con una buena economía que no le negaba nada. Llevaban en Nairobi varios días, y ella se había hecho cargo de todos los gastos. Claro que también tenía sus manías y sus extravagancias —una de ellas era dormir con aquel potingue verde en la cara; la primera vez que lo vio casi le da un infarto—, pero eso era un mal menor comparado con todo lo que estaba compartiendo con él. Podía decir que había encontrado la gallina de los huevos de oro. Ella solo era exigente en la cama y, aunque con su edad tenía que emplearse a fondo para satisfacerla, eso no era un inconveniente. Se abasteció de un buen número de pastillitas azules y problema resuelto.

En los últimos días ya estaba empezando a hablar de cuando volvieran a España, aunque no parecía que tuviera mucha prisa por viajar.

Susana se quedó en la habitación del hotel, lista para hacer la llamada que la libraría de pagar a los delincuentes que había contratado, y también del hombre que, mucho se temía, estaba más pelado que las ratas. Cuando él le dijo que no disponía de efectivo en aquel país, había pensado que se ocuparía que su banco de París le hiciera llegar el dinero, pero esto no había ocurrido.

Desde que su hijo los había dejado en Nairobi, ella se había tenido que hacer cargo de todo. Tendría morro el tío. Si al menos fuera un gran amante... pero de eso nada, solo pasable y porque se tomaba las pastillas mágicas, que si no... Y por si eso fuera poco, ella no podía disfrutar de los lugareños, que por cierto se había cruzado con varios que prometían placer para dar y regalar. Pero eso se iba a terminar esa misma mañana.

Cogió el teléfono y le dijo al empleado del hotel que la pusiera con la comisaría; al otro lado de la línea se escuchó la voz profunda de un hombre que le preguntaba en qué podía ayudarla. No lo pensó dos veces y les contó que había escuchado una conversación en la que un hombre contrataba a dos rufianes para que prendieran fuego en una aldea de la jungla. Le dijo que aquella mañana había estado leyendo en el periódico lo del incendio y que fue entonces cuando se acordó de la conversación. Desde el otro lado de la línea le preguntaron dónde lo había oído y ella le dio la dirección del local de mala muerte a la que había ido. Cuando el funcionario le preguntó que quién era ella, fingió no escuchar bien y cortó la llamada. Una sonrisa de prepotencia se dibujó en su rostro al saberse libre de Federico y los delincuentes. Estaría alerta a los periódicos para ver si ponían los nombres de los muertos en el incendio para ir a consolar a su hijo.

Federico se dirigió al local donde le indicó Susana. Le extrañó que aquella mujer tan fina se hubiese adentrado en ese barrio tan poco recomendable; no le extrañaba que en aquella ocasión lo hubiese mandado a él para zanjar el negocio.

Localizó el bar y entró, deseando salir de allí cuanto antes. No se fiaba de ninguno de los tipos que lo miraban como si fueran a darle una paliza para atacarlo. Por lo visto él les gustaba tan poco como ellos a él. Al fondo del andrajoso establecimiento vio una mesa en la que estaban sentados un par de hombres que encajaban con la descripción que le había hecho Susana. En otras

varias mesas había más parroquianos que levantaron la vista al verlo traspasar la puerta. Sacó pecho y muy tieso se dirigió al fondo. Los tipos lo miraban con desprecio, y ninguno de los dos dijo nada al verlo pararse junto a la mesa. Él les preguntó si habían cumplido el encargo y estos asintieron con la cabeza, siguiendo con aquel extraño mutismo.

Entonces, dos tipos que estaban sentados en una mesa cercana, con sendos vasos con algún líquido de color ámbar, se levantaron y detuvieron a Federico. Empezaron a recitarle sus derechos y él, sin saber lo que pasaba, los miraba como si fueran escoria. Al fin les gritó que se estaban equivocando con él, que solo había ido a pagar por un trabajo realizado. No podía haber dicho nada peor, pues eso lo involucraba, lo hacía cómplice de la mujer y de aquellos tipos.

Como en una pesadilla, Federico y los otros dos fueron conducidos a comisaría, él no paró de farfullar que era extranjero y que se estaban equivocando. Cuando quiso darse cuenta, estaba encerrado en una sala encadenado a una mesa. Furioso tiraba de la cadena, ¡malditos estúpidos!

Andros Márquez estaba hablando con uno de sus colegas que, al recibir la llamada esa misma mañana, los confundió. Sabían que todo había estado orquestado por una mujer, ¿qué pintaba ese tipo allí?

Cuando entró en la sala de los detenidos, aquel tipo empezó a despotricar, diciendo que habían cometido un error. Andros le preguntó por la suma de dinero que llevaba encima, y Federico le dijo que había ido allí a pagar un trabajo que le habían hecho a una amiga suya.

—¿De qué trabajo se trata?

—No lo sé, yo solo iba a pagarles.

—¿Hace mucho tiempo que conoce a esa mujer?

—No, la conocí en Ireke.

—Y ¿qué estaba haciendo usted en Ireke?

Federico se removi6o violento en la silla.

—Estoy esperando una respuesta —lo apremió Andros.

—Vine a buscar a mi hija Daniela Roca.

El agente frunció el ceño; vaya lio que tenía entre manos. Víctor le había dicho que esos tipos pretendían matar a su mujer, y que habían herido a su hermana.

—¿Por qué?

Federico se lo quedó mirando. Qué pregunta más absurda.

—Porque es mi hija, maldición.

—¿No tiene usted otra hija?

Los ojos del preso lanzaron chispas de rabia.

—Sí... Claudia Roca.

El jefe de policía se lo quedó mirando. ¿Sería posible que aquel tipo no supiera nada de los trapicheos de la mujer? Puso el dibujo que había hecho Dany sobre la mesa y lo empujó para que Federico lo viera bien.

—¿Es esta la mujer que lo mandó a pagar ese trabajo?

—Es Susana, sí —afirmó.

—Y... ¿pretende que me crea que no sabe por lo que estaba pagando?

La experta mirada de Andros esperaba una reacción de ese hombre, algo que le dijera si podía creerlo o no, pero parecía que esa mujer lo había utilizado. No dudaba de que había sido ella la que los había llamado esa mañana para que lo arrestaran a él.

—O sea, ¿no sabe que el trabajo ese consistía a matar a su hija Claudia? —Federico perdió todo el color de su rostro—. ¿Y que la confundieron con Daniela?

La mandíbula del hombre se le cayó. Su rostro se congestionó al asumir lo que le había dicho. ¡Habían matado a Daniela! El aturdimiento solo le duró un segundo. Saltó de la silla como un león desbocado y una maldición en la boca.

—¡Será mala puta! ¡Han matado a mi hija! Desáteme, voy a matarla —aulló Federico.

—¿Dónde está? —la voz del agente era una máscara de tranquilidad, en contraste con la rabiosa de ese hombre.

—Ah, no, no me quitará el placer de estrangularla con mis propias manos.

—¿Dónde está? —repitió.

—En el Hilton.

Andros se levantó y, antes de salir de la sala, se giró y vio la angustia en la cara de ese hombre; por un lado, deseaba no decirle que su hija estaba viva y que sufriera por su idiotez, pero sabía que era muy cruel.

—Sus hijas están bien... las dos.

Federico no entendía nada, pero aquella información le sacó un suspiro de alivio y se derrumbó en la silla.

Andros mandó a una patrulla a buscar a la mujer. Una hora más tarde, Susana entraba en comisaría esposada y despotricando contra todo bicho viviente. Él mismo se encargó de interrogarla, y como era de esperar ella lo negaba todo.

—No puedo creer que de más valor a la confesión de un par de delincuentes que a la de una señora.

El agente empleó el mismo método que con el hombre, que estaba al otro lado del espejo viendo el interrogatorio.

—Perdone usted, pero las señoras no pagan para matar a la esposa de su hijo.

—Yo no he hecho nada parecido —volvió a negar ella.

—¿Le han dicho esos tipos que se equivocaron de hermana?

La reacción en el rostro de Susana fue delatadora.

—Supongo que esa mueca se ha debido a que le sabe mal que la cuñada de su hijo haya muerto.

—Yo no he hecho ninguna mueca.

—Oh, sí —dijo arrastrando las palabras.

—Agente, sabe muy bien que es la palabra de dos delincuentes contra la mía. Esto nunca llegará a ningún sitio.

La prepotencia de aquella mujer no tenía límites.

—Usted lo ha dicho, señora, es su palabra contra la de varios testigos; dejaremos que sea el juez quien decida.

—¿Varios? ¿El juez? —exclamó ella con la cara contorsionada.

—Aunque usted piense que está por encima de la ley, aquí tenemos jueces que saben impartirla muy bien.

Andros pudo ver cómo se empezaba a desmoronar. Y en pocos segundos unos lagrimones se deslizaban por sus mejillas.

—Él me obligó.

—¿Quién?

—Federico Roca, desde luego. ¿No sabe que me tenía secuestrada en su habitación?

El aludido estuvo a punto de traspasar el cristal a través del que estaba viendo el interrogatorio. El policía que tenía al lado lo sujetó.

—Puede preguntar en el hotel, no me dejaba ni a sol ni a sombra.

—Varios testigos declararían que la vieron haciendo tratos con el de la avioneta y su amigo... ¿Por qué no les dijo que estaba secuestrada? ¿Por qué no les pidió ayuda? ¿Por qué no les dijo que no lo hicieran? O que estaba allí obligada.

Susana se estrujaba el cerebro tratando de encontrar una explicación plausible.

—Porque me había amenazado, y me estaba vigilando.

Andros vio que la mujer estaba cargando la artillería, no pensaba rendirse a lo inevitable. Se levantó y salió de la sala asqueado.

El agente descolgó un intercomunicador y le preguntó al policía que vigilaba a Roca que le preguntara dónde estaba cuando ella hizo el trato con los delincuentes. Este le contestó que no sabía cuándo ella había ido a ese sitio, que en varias ocasiones ella se había ido a la peluquería y de compras.

Andros lo tuvo claro, les quedaba mucha gente a la que preguntar, varios testimonios que reunir. La miró y le dijo que se quedaría en las dependencias de la comisaría hasta que pudieran comprobar su versión de los hechos.

Susana enloqueció, ¿qué se había creído ese policía del tres al cuarto?

—No puedo quedarme aquí, mi avión sale dentro de unas horas. —Era mentira, pero tenía que conseguir que la soltaran y largarse de ese país cagando leches.

—Pues mucho me temo señora que su avión se irá sin usted.

Después de decir esas palabras, cerró la carpeta que tenía abierta delante y se levantó.

Susana estaba desesperada; tenía que lograr que la creyeran. Como parecía que su hijo era muy respetado, iba a quemar su último cartucho.

—No puede hacerme esto; mi hijo me conoce bien. Él le dirá que soy incapaz de hacerle daño a nadie.

La mirada de Andros la dejó clavada donde estaba. La dureza que transmitían sus ojos le hicieron saber que se había equivocado al nombrar a Víctor.

—¿Quién cree que ha puesto la denuncia?

Aquellas palabras fueron como un jarro de agua helada. Ella se vio descubierta y su espalda se tensó como si se hubiera tragado una escoba.

Andros mandó a sus subalternos que los encerraran a los dos hasta haber aclarado ese maldito embrollo.

Federico se mantuvo tranquilo, pues sabía que ya tenían a la verdadera culpable retenida, que a él tardaran en dejarlo en libertad no le importaba. Por primera vez en su vida no tenía prisa por ir a ninguna parte. Lo que quería era ver a esa mala pécora en la cárcel.

Capítulo 29

A los pocos días, Vincent tenía un safari y Dany se marchaba al día siguiente hacia París. Los dos se fueron hacia Nairobi. La despedida con su hermana fue la más difícil, pero les quedaba el consuelo de que pronto volvería.

Pasaron su última noche en la casa que Vincent tenía en la ciudad. Él no le dio respiro ni un segundo. Al amanecer ella estaba tan saciada y exhausta que se quedó dormida antes de que él saliera de su cuerpo.

Ese día que Dany pasó sola en Nairobi, salió a pasear por la ciudad y sentada en una terraza tomándose un refresco, se dio cuenta de que echaba de menos a Vincent. Le gustaba tenerlo a su lado, las charlas sobre cosas intrascendentes que mantenían mientras paseaban, los silencios cómodos que ninguno de los dos trataba de llenar. Y lo más importante de todo: cómo la trataba, cómo la amaba, la pasión que le demostraba, su ternura al acariciarla, su voz profunda cuando le susurraba al oído. ¡Eso era amor! Estaba segura. Después de vivir aquella temporada con su hermana y los pobladores de la aldea, se le habían abierto los ojos. Todos le habían demostrado su aprecio. Recordó a su madre; siempre había tratado a sus hijas con amor.

Ese descubrimiento le hizo desear estar con Vincent para decirle lo que sentía, pero se había dado cuenta demasiado tarde; él se había ido aquella mañana y ella se iba al día siguiente a París. Como no sabía cuándo regresaría, pensó en escribirle una carta que él encontraría cuando volviera del safari.

Sin perder tiempo, volvió a la casa de Vincent y se puso a escribir.

Querido Vincent.

Sé que has tratado de demostrarme lo que sentías, pero yo estaba muy insegura, lamento no haberte creído cuando me dijiste que me amabas. No creía en el amor; tú me has enseñado a quererte...

Releyó lo que había escrito, decía mucho, pero no le parecía suficiente, sus sentimientos eran mucho más profundos. Hizo una bola con el papel y lo dejó a un lado. Cogiendo otro, empezó de nuevo:

Querido Vincent.

Te echo de menos. Me gustaría...

La verdad era que no sabía cómo expresar lo que sentía. Se quedó mirando la hoja que tenía delante mordiéndose los labios; pensando lo que quería decirle, pero sin encontrar las palabras. La oscuridad la encontró allí sentada y con la cabeza en todas las experiencias compartidas con Vincent.

Al día siguiente salía de aquel país; no sabía cuándo volvería y lo peor de todo era que no encontraba las palabras para expresar sus sentimientos. Con una palabra muy fea en la boca se fue a preparar un sándwich mientras le daba vueltas en la cabeza a lo que quería escribir. Cuando se terminó la cena, arrugó el papel y dejó la bola a un lado, antes de ir a terminar de preparar su maleta.

Cuando llegó a París, sus ojos ya no eran los mismos, había estado viviendo en aquella ciudad desde hacía años, pero, en ese momento las cosas ya no le parecían lo mismo. Cogió una habitación en un hotel y, cuando hubo descansado, se fue a ver a su representante, llevando todas las telas que había pintado en Kenia. Esta las miró maravillada. Las pinturas reflejaban un cambio en el pincel que las había hecho. Le dijo que las incluiría en la

exposición. Dany le contó que pensaba instalarse a vivir en Kenia, pero que las comunicaciones eran excelentes y que, cuando tuviera que hacerlo, estaría allí.

Después de dar un vistazo a todos los lienzos escogidos para la exposición, Daniela dio carta blanca a su representante. Se despidió de ella hasta la noche del día siguiente, que sería la inauguración, y se fue a pasear por París. Estaba a orillas de Sena. Se encontró con varios pintores callejeros, los que la habían hecho ambicionar su vida bohemia, y charló con algunos, alabando sus cuadros; cuando trataron de que les comprara uno y ella les dijo quién era, se sorprendieron, a la vez que corrieron la voz de que estaba allí y, en un momento, varios de ellos se acercaron a saludarla. El calor que le transmitieron la hizo sentir bien, ¡qué diferente habría sido su vida si hubiese empezado como ellos! Se despidió, prometiendo que volvería a visitarlos antes de volver a Kenia.

Al anochecer y volver al hotel, sintió añoranza de Vincent, de su hermana y de todos los amigos que había dejado en Kenia. Llamó a Claudia.

—¡Hola!

—Cariño, ¿cómo estás? ¿Cómo te ha ido el viaje?

—Bien, muy bien... ¿Sabes que solo han pasado horas y ya os echo de menos?

—¡Seguro que sé a quién echas más de menos! —bromeó su hermana.

—No seas tonta, es que... —No sabía cómo expresarse.

—Ya no es lo mismo —aseguró Claudia sabedora.

—Eso es.

—Sé lo que se siente. Ya he pasado por eso; todos los países dejan su huella, aunque algunos más profunda que otros.

—Sí, he estado paseando por París como nunca antes, y reconozco que es una ciudad maravillosa, pero me trae tan malos recuerdos...

—Eso pasará cariño, no hay nada que dure cien años. Algún día desearas ir por el simple placer de hacerlo.

Dany supuso que aquello sería verdad. Tal vez algún día querría visitar París con Vincent.

Se acostó con ese hombre en la cabeza, con aquellos ojos que parecían ver su alma y soñó con él.

Despertaba apoyada en el pecho de Vincent; su vello le hacía cosquillas en la nariz. Se apartaba un poco. Él seguía durmiendo; entonces empezó a acariciarle el pecho. Vincent estaba desnudo sobre la cama. Ella podía echar una buena ojeada al miembro viril que estaba flácido entre las fuertes piernas masculinas. Seguía acariciando sus pectorales; sus músculos eran firmes como rocas. Le acarició los brazos, el vientre, los muslos, estuvo jugueteando con los rizos que rodeaban aquel miembro que poco a poco cobraba vida. Dany posaba la boca en un pezón, lo lamía y succionaba, luego hacía lo mismo sobre el otro. Entonces acercaba sus labios a la boca masculina y lamía su labio inferior, luego el superior, poco a poco iba abriéndose camino hasta dentro de la gruta de la boca de Vincent. Él le devolvía el beso, como solo él lo hacía, con aquella pasión que la mareaba, que la hacía sentir el vértigo más placentero de su vida.

—Creía que dormías.

—¿Cómo podría dormir, con lo que me estás haciendo? —decía con voz ronca por la excitación.

La boca de Vincent volvía a apoderarse de la de ella, pero Dany lo interrumpía.

—Déjame a mí.

Vincent gemía. Ella le recorría con la lengua el contorno de los labios, cuando él intentaba cazarla con la boca ella la retiraba. Lo estaba enloqueciendo; lo besó, lo lamió y lo acarició hasta que a él se le escapó un gemido. Entonces Dany se arrodilló en la cama y, mientras con sus manos acariciaba la inflamada virilidad, iba acercando su boca a ella. Lo lamió, lo

besó y luego abrió la boca y la cerró en torno a la cabeza hinchada y turgente.

Vincent gritaba de placer, y ella se sentía sexy y muy muy poderosa, al ser capaz de arrancarle aquellos temblores. De repente él tiraba de ella y la sentaba a horcajadas encima de él. Dany estaba tan excitada, que la penetración fue un dulce abandono, lo sentía tan dentro de sí, que su cuerpo estaba atiborrado de él. Susurraba algo inarticulado. Vincent empezaba a moverle las caderas hacia arriba y luego la dejaba caer. Ella fue recorrida por un temblor muy placentero, entonces ella misma se deslizó hacia arriba y volvió a sentir otro. Dany notaba que él estaba a punto de estallar. Entonces cuando ella se deslizaba hacia abajo, él no esperaba que llegara y se abalanzaba hacia arriba. Aquel movimiento les daba a los dos mucho placer. Ella revotaba con cada embestida de él y cada una la llevaba a un plano más alto de placer. Siguieron así hasta que se desató la marea de éxtasis más intensa que habían tenido. Ella gritaba, con todo el cuerpo tembloroso, y él soltaba un gemido satisfecho. Luego él la acunó en sus brazos largos minutos hasta que ella susurró:

—¿Estoy muerta?

Vincent sonreía divertido.

—No, amor mío, pero si muriera ahora, te juro que moriría feliz.

Dany despertó acalorada, el sueño había sido tan real que alargó la mano y solo encontró cama fría y vacía. ¡Cómo lo añoraba!

Al día siguiente fue la inauguración de la exposición. Todo fue de maravilla; las personas invitadas no paraban de comprar cuadros. Los primeros que se vendieron fueron los de Kenia. La gente los alababa; decían que, con solo mirarlos, les daban ganas de visitar aquel país.

Los periódicos de la mañana iban repletos de buenas críticas de la exposición. Dany tuvo que atender a la prensa. No la dejaban tranquila; todas

las publicaciones de arte querían entrevistarla.

Todos los actos le llevaron una semana, después de la cual no quedaba ni un solo cuadro suyo por vender.

Su representante estaba encantada. Era una mujer madura, con mucho sentido de lo artístico. Le dijo que tenía que aprovechar ese momento que estaba en la cima y la publicidad había sido espectacular. Dany le dijo que volvería tan pronto como pudiera a Kenia y mandaría los cuadros por correo. Cuando hubiera otra exposición, ella volvería para la inauguración.

Capítulo 30

Vincent echaba terriblemente de menos de Dany. El safari se le hizo largo y tedioso. No disfrutó de este igual que en todos los que llevaba a las espaldas. La incertidumbre de los sentimientos de Dany era lo que lo tenía en tensión a todas horas. No se la sacaba de la cabeza ni un segundo. Incluso dormido la tenía siempre en mente. Había un sueño recurrente que lo mantenía excitado todas las noches.

Cuando llegaron a Ireke, preguntó a Claudia por su hermana, y esta le dijo que no sabía cuándo iba a volver.

Al día siguiente llegaría a Nairobi y no le apetecía nada regresar donde la había dejado y a los recuerdos apasionados que reviviría en su propia casa.

Víctor lo vio taciturno y se apiadó de él. Le dijo que Dany había decidido vivir allí y que tendría la oportunidad de enamorarla. La expresión de Vincent cambió, lo que confundió a su amigo.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Víctor.

—No se trata del cortejo, la amo.

—Entonces... ¿dónde está el problema? A mí me pareció que a ella no le eres indiferente.

Vincent soltó un resoplido.

—El problema está en que ha recibido tantos desengaños por parte de quién la hubiese tenido que amar que ha construido un montón de muros en su corazón. No quiere creer en el amor. Yo sé que siente algo por mí, pero ella lo

niega y lo mantiene encerrado muy en el fondo de su alma. Dice que lo que nosotros tenemos es solo sexo.

—Y tú no quieres eso —Vincent asintió con la cabeza—. Tienes un problema, amigo.

Después de aquella charla se fue a acostar y soñó con la mujer que le había robado el corazón, el alma y la razón.

Al llegar a Nairobi, Dany fue a la oficina de Juan, a enterarse si en ese momento Vincent estaba de safari. Este le informó que llegaría al día siguiente. Decidió esperarlo en su casa.

Cuando Vincent al día siguiente llegó a la agencia, no tenía prisa, no tenía ningunas ganas de irse a su piso, donde había vivido la noche más maravillosa de su vida. Cogió el teléfono y llamó una agencia de avionetas. Quería darle una sorpresa a Dany cuando volviera. La llevaría al lago Rodolfo. Cuando habían querido ir, lo habían tenido que posponer. En ese momento irían. Se entretuvo con Juan, que le había prometido a Dany que no le diría nada y con Alex, que lo había invitado a una cerveza.

Cuando volvió a casa eran cerca de las diez. Dany estaba cansada de esperar. Le había hecho una cena especial. Había puesto la mesa y encendido unas velas. Miraba por la ventana, y vio acercarse a Vincent. No tenía buen aspecto. Se lo veía pensativo y su habitual zancada larga se había convertido en unos pasos como si lo llevaran al cadalso. Se preocupó al instante. Corrió hacia la puerta y la abrió de par en par.

Ella se había desnudado y se había puesto un camisón y una bata a juego tan transparente que dejaban muy poco a la imaginación. En ese momento no pensó en que iba prácticamente desnuda, solo su preocupación por el hombre al que amaba ocupaba sus pensamientos.

Cuando Vincent la vio, contuvo la respiración. Estaba bellísima, y lo esperaba a él. Dany se lanzó a sus brazos. Él la envolvió en los suyos y le capturó la boca en un ardiente beso. Su lengua se introducía en la dulce calidez de la boca femenina con tal pasión salvaje que ella fue recorrida por un sinfín de trémulos temblores. Parecía que la quisiera marcar, que la quisiera quemar a fuego y, en efecto, eso estaba haciendo Vincent, marcarla como suya, y ella no quería que fuera de otra manera.

Cuando sus bocas se separaron estaban los dos jadeando por las intensas sensaciones.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Dany, poniendo sus manos en las mejillas sin afeitarse de Vincent.

—Nada, estaba pensando en ti.

—Pues parecía que estuvieras sufriendo una indigestión; tienes mala cara. Él le dedicó una sonrisa luminosa.

—Te echaba de menos.

Dany se puso de puntillas y le dio un suave beso en los labios.

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó Vincent susurrándole al oído, al tiempo que la besaba en el cuello, en aquella parte tan sensible debajo de la oreja.

—Ayer —murmuró ella, inclinando el cuello para que él no se detuviera—. Quería darte una sorpresa —chilló ella al sentir un placentero mordisco.

—Dame una sorpresa así, cada día, amor mío —murmuró él otra vez junto a su boca.

Esta vez el beso fue lento y mesurado, pero al mismo tiempo ardoroso; él la cogió por las nalgas y la apretó contra su miembro inflamado. Dany se restregó contra él, con lo cual le arrancó un gemido de lo más hondo de su pecho. Ella sentía palpitar aquella virilidad contra su bajo vientre. Soltó una mano con la que se cogía a la nuca de Vincent y lo acarició a través de sus pantalones.

—Si sigues así, eyacularé. —Su voz estaba ronca de pasión y su respiración entrecortada.

—No me importa; solo quiero complacerte. Después ya te ocuparas de mí, tenemos toda la noche para que hagas con mi cuerpo todo lo que desees.

Ante las provocativas palabras, Vincent no se contuvo más; la cogió por las nalgas, la levantó contra su cuerpo y la llevó a la cama. La suave fricción de los cuerpos era una dulce tortura. La dejó en el centro de la cama y se despojó de sus ropas rápidamente. La mirada de ella estaba cargada de pasión. No se perdía ni uno solo de los movimientos de las manos masculinas. Cuando él estuvo desnudo la miró a los ojos con intensidad. Los veía oscurecerse de pasión. Ella, al ver su espléndido cuerpo, fue recorrida por un increíble placer. Se puso de pie en el centro de la cama y con movimientos sensuales se quitó primero la bata. Vio que el miembro masculino alcanzaba su máxima excitación; entonces, sin apartar los ojos de aquella inflamada virilidad, se quitó el camisón. Vincent ya no podía esperar más para hacerla suya. Se acercó despacio a la cama al mismo tiempo que ella le ponía las manos en la nuca y lo abrazaba con las piernas por la cintura. Sus bocas se fundieron en un hambriento beso; él la cogió por las caderas y se las fue bajando hasta que estuvo penetrándola. Ella lanzó un gemido de puro éxtasis; él aún no estaba totalmente hundido en ella, y Dany ya estaba sintiendo unos placenteros temblores. Cuando él los sintió, embistió con potencia dentro del cuerpo de su amada. Fue recompensado por un grito de placer al alcanzar el centro mismo de su ser. Ella se sentía llena, caliente, y a punto de estallar. Empezó a moverse con frenesí; él le sujetaba las caderas queriendo controlarla, pero Dany estaba al borde del abismo. No podía detenerse; su cuerpo clamaba por ser satisfecho. Vincent no estaba en mejores condiciones. Desde que había entrado en su casa y la había visto con aquella prenda tan sensual, su erección había sido inmediata, y estaba palpitante de deseo.

—Amor mío... amor mío... —jadeaba Dany—. Te amo.

Aquellas palabras sacudieron a Vincent, que se lanzó en rápidas embestidas dentro de la exquisita calidez del cuerpo de su amada. Los dos al unísono fueron recorridos por un sinfín de oleadas del más puro delirio. Dany gritaba a

cada espasmo de placer; él lanzó un profundo gruñido y se quedó unido al cuerpo de ella. Al ser recorrido por el último de los temblores, Vincent se dejó caer en la cama, con ella encima, con su cuerpo aún dentro del cuerpo femenino. Ella respiraba entrecortadamente y era recorrida por exquisitos estremecimientos que él fue calmando acariciándole la espalda. Cuando ella pudo volver a hablar:

—Durante el tiempo que he estado ausente, llegue a temer que todo hubiese sido un sueño. No acababa de creermelo que me pudiera sentir así —susurró ella.

Vincent sonrió satisfecho, besándole los cabellos.

—Vuelve a decirlo —dijo con la voz amortiguada en la melena morena.

Ella sabía muy bien de qué le hablaba.

—¿El qué? —lo miró con picardía en los ojos.

—Ya sabes a qué me refiero.

Ella puso cara de inocencia, pero se le escapaba una sonrisa.

Él empezó a hacerle cosquillas en su piel sensible.

—¿Cuándo lo supiste?

—¿El qué? —repitió ella tratando de escapar de aquellas grandes manos.

Vincent se puso a horcajadas sobre ella, lo que Dany aprovechó para incorporarse y buscar su boca. Él se estiró para esquivar aquellos labios que lo enloquecían.

—No, no... si no me dices lo que quiero oír, te torturaré —dijo con una sonrisa lobuna y paseando un dedo desde la garganta hasta el valle entre sus pechos.

A ella la recorrió un escalofrío del más puro placer.

Se inclinó sobre ella hasta que entre los labios del uno y del otro solo hubo un suspiro.

—¿Me amas?

Ella alargó los brazos para cogerlo por la nuca y que sus bocas se juntaran, pero él le agarró las manos y se las inmovilizó a los lados de la cabeza.

—Si quieres recibir ese beso que deseas —dijo y le dio uno muy suave en la punta de la nariz—, contéstame.

Su mirada azul la tenía enganchada, con aquellos hipnóticos ojos de los que le era imposible apartar los suyos.

—Te amo —se oyó decir.

Él superó el poco espacio que los separaba y la besó con tal ansia y pasión que sintió aquel vértigo placentero que la hacía volar.

Aquella noche se demostraron el uno al otro lo mucho que se amaban, cuando al alba se quedaron dormidos, yacían felices y saciados.

Dany estaba impaciente por ver a su hermana y a su sobrino. A la tarde del día siguiente Vincent la llevó.

El reencuentro fue una sorpresa. Nadie la esperaba. Todos estuvieron muy contentos con su regreso y el pequeño Víctor cuando la vio se colgó de su mano haciéndole saber que la había echado de menos. Ella estuvo jugando con él largo rato; cuando fue la hora de acostarse, quiso que fuera su tía quien lo ayudara.

—Cuéntame, Dany, ¿cómo fue la exposición? —preguntó Claudia cuando el pequeño estuvo acostado.

—Fue perfecta. En poco menos de una semana estaban todos los cuadros vendidos; no tenía ninguna razón para quedarme allí, así que hice las maletas y aquí me tenéis.

—¿No sería que tenías prisa por estar con alguien? —dijo Claudia con una sonrisa maliciosa.

—Sí. —Vincent sonrió ante la respuesta, Dany lo miró—. Con mi sobrino —contestó guiñándole el ojo a Claudia.

Las dos hermanas estallaron en carcajadas. Vincent le dio un pellizco en el trasero.

—Ay... Tal vez también he echado de menos a un bruto increíblemente

guapo — añadió acariciando el muslo de Vincent por debajo de la mesa.

—No sigas... —susurró él cogiéndole la mano—, si no quieres que tengamos que salir corriendo.

Ella lo miró embelesada.

Víctor carraspeó para llamar su atención, viendo que su mujer no paraba de bostezar.

—Creo que deberíamos dejar las explicaciones para mañana, antes de que Claudia se quede dormida.

La pareja se despidió y se fueron a la habitación del refugio, y allí estuvieron demostrándose su amor gran parte de la noche.

Dany no se cansaba de decirle a Vincent que lo amaba y, cuando no lo hacía él, la torturaba amorosamente hasta que ella lo repetía como un mantra.

—Te amo, te amo, te amo...

Epílogo

Andros, el capitán de la policía, movió cielo y tierra, entrevistó a todos los testigos y llegó a la conclusión de que Federico había sido usado por Susana por si sus planes se torcían, cosa que ocurrió. Con todas las pruebas reunidas, la llevó ante el juez, y este decretó que la encarcelaran. En ese momento, sí que salió la verdadera arpía que llevaba dentro; les gritó todo lo que había hecho y que volvería a repetirlo si se le presentaba la ocasión. Su hijo se merecía mucho más que estar viviendo en ese país tercermundista.

Al ser puesto en libertad, Federico avergonzado por lo ocurrido, cogió el primer avión que regresaba a España. No había nada que lo atara a París, y mucho menos a Kenia, donde sus hijas habían encontrado su lugar en el mundo. En los días que permaneció en el calabozo de la policía, tuvo tiempo de arrepentirse de todos sus pecados —el mayor de todos no haber amado a sus hijas más que a sí mismo—. Sin embargo, su orgullo le impidió volver a Ireke a pedir perdón a Claudia y a Daniela. Sabía que, después del episodio con Susana, debían de odiarlo y no le creerían ni una palabra. Tenía que respetar sus nuevas y prometedoras vidas, y desear que fueran felices.

Dany nunca se hubiera imaginado que pudiera ser tan feliz. Habían pasado seis meses desde que había conocido a ese hombre que le había girado su mundo del revés; y seguía haciéndolo siempre que estaba en casa.

Vincent seguía derribando los muros que ella inconscientemente conservaba alrededor de su corazón. Le demostraba su amor en todo momento. En el primer safari que se ausentó, después de que ella le dijera que lo amaba, él había encargado en una pastelería que cada día le llevaran algún dulce, con una tarjeta hecha a puño y letra por él que decía: «Te amaré siempre». Aquello la dejó tan abrumada que, cuando lo tuvo delante, se tiró a sus brazos y lloró de felicidad.

Ella aprovechaba cuando él estaba en los safaris para pintar, porque en el momento en que Vincent llegaba a Nairobi, la mantenía ocupada en su cama, igual de día que de noche. Vivían en una burbuja de felicidad manteniendo al resto del mundo fuera. Y ninguno de los dos quería que fuera de otra forma.

Llegaba la fecha en que Dany tenía que ir a la inauguración de una de sus exposiciones. Vincent le había dicho que en esa ocasión la acompañaría y, después de su estancia en París, estarían unos días en España. Hacía mucho tiempo que no visitaba a su familia y tenía ganas de verlos.

Al enterarse Claudia de estos planes, convenció a Víctor para hacer el viaje juntos; ya era hora de que se tomaran unas vacaciones. Además, le apetecía hacer ese viaje para presumir de sus pequeñas ante sus amigas, las cuales eran como hermanas y llevaba mucho tiempo sin ver.

Las dos parejas hicieron los preparativos y se fueron a París. En esta ocasión, Dany disfrutó del viaje y estancia en la ciudad del amor. Vincent no la dejó que le enseñara dónde había malvivido con su padre, sino que se dedicó a visitar los lugares más emblemáticos y los museos —donde le decía que algún día sus cuadros lucirían en aquellas galerías—. Ella se reía de sus ocurrencias.

Terminado el trabajo en París, pasaron unos días en España. Allí se alojaron en el piso que Claudia aún tenía alquilado. Una tarde que los hombres se habían ido al parque con los pequeños, las dos hermanas se dedicaron a

revolver armarios. Claudia tenía guardados muchos vestidos. Ya no le iban bien. Después de sus dos embarazos sus curvas eran más voluptuosas. Dany se empezó a probar los vestidos de su hermana. A ella le quedaban a la perfección. Entonces, de una caja salió el vestido de novia. Dany contuvo una exclamación al ver la preciosa creación.

—Pruébate —la animó su hermana—. Tal vez algún día decidas usarlo.

—De verdad. ¿No te importaría? —exclamó ansiosa.

—Claro que no, que tontería.

Dany se puso el traje. Claudia le recogió el pelo en lo alto de la cabeza dejando unos mechones de la larga cabellera que le cayeran por las sienas. Cuando se miró al espejo quedó sin aliento, le parecía imposible que lo que veía reflejado fuera ella misma.

—Es impresionante; estas guapísima —dijo Claudia alegremente, viendo una extraña expresión en el rostro de su hermana. En aquel momento le pareció oír campanas de boda. Sí, estaba segura de que muy pronto Vincent y Dany se casarían.

A Dany no se le iba de la cabeza su propia imagen vestida de novia que había visto en el espejo. Esa noche cuando Vincent la acunaba entre sus brazos después de haberle hecho el amor, esa imagen volvió a su mente.

—Vincent, hace bastante tiempo me dijiste que querías casarte conmigo... ¿Has cambiado de opinión? —susurró Dany de espaldas a él.

De repente se encontró tendida encima del cuerpo duro de su amado. El movimiento fue tan rápido que ella lanzó un jadeo. Vincent la miraba intensamente a los ojos.

—No... —dijo él arrastrando las palabras—. Yo lo tuve muy claro desde el primer momento. Te amo tanto que a veces me parece mentira poder sentirme tan feliz. —Dany lo miraba con tanto amor que él se sintió aturdido—. Eras tú la que tenía dudas de que lo nuestro funcionara. —Ella apoyó la barbilla en el

pecho masculino, rebosante de felicidad—. ¿Te has convencido de que estemos donde estemos, seguiremos amándonos sobre todas las cosas?

Dany asintió con la cabeza sin poder dejar de mirarlo a los ojos por la emoción que sentía.

—Entonces, ¿debo suponer que quieres que nos casemos? —No era una petición y ambos lo sabían. El silencio reinó en la habitación mientras Vincent pensaba en las palabras que a ella le gustaría escuchar en un momento como ese. Le cogió la cara con sus grandes manos—. Dany, desde el primer día que te vi, supe que entre nosotros habría algo maravilloso. El tiempo así me lo ha demostrado, te quise entonces, te quiero ahora y te querré cuando esté tan viejo que sea incapaz de andar sin un bastón; incluso entonces, te amaré con todo mi cuerpo y mi alma. Cuando te conocí me robaste el corazón, y es tuyo para siempre.

Dany lo miraba con los ojos cuajados en lágrimas. Amaba a ese hombre. Acercó su boca a la de Vincent y cuando podía sentir su aliento le dijo...

—Yo también te amo.

Y lo besó con todo el amor que la estaba ahogando.

—¿Quieres que nos casemos? —preguntó él cuando se separó de su boca.

—Mmm... sí.

—¿Tienes dudas? —Su voz fue un dulce ronroneo, pero vio que algo la preocupaba.

—No sé si sabré ser una buena esposa.

—Claro que sí, ya lo eres. No te das cuenta de que ya vivimos como si estuviéramos casados. Lo único que nos falta es decirnos el «Sí, quiero».

Dany lo miraba con el corazón en los ojos.

—Sí, quiero.

La voz de Dany fue un susurro apasionado. El corazón de Vincent estaba jubiloso y rebosante de amor. Esa noche fue muy larga; la pasaron demostrándose todo lo que sentían.

Dany y Vincent se casaron en el ayuntamiento de la ciudad un par de días después. Se los veía felices y enamorados.

Víctor, Claudia y los niños fueron los únicos asistentes al feliz enlace.

Dany dio a luz dos hijos, el primero después de tres años de matrimonio; Vincent lo paso tan mal durante el parto que juró no volver a dejar embarazada a su mujer. Y ella tuvo que engañarlo para tener a su segundo hijo. Mientras ella alumbraba a este, Vincent estaba de safari y no lo avisaron de que era padre hasta que la dura prueba había terminado. Después de eso, se lo veía feliz jugando con sus hijos y, cuando su esposa quería ponerlo furioso, lo amenazaba con quedarse embarazada. Los enfados de él terminaban en la cama, cuando Dany lo animaba a que la hiciera suya. Lo acariciaba con audacia hasta que él estaba loco de deseo y la poseía como si fuera la primera vez. Jurándole cada noche amor infinito.

Agradecimientos

Ante todo, a mi familia, por apoyarme día a día.

A todas las personas que leéis. Sin vosotras no tendrían sentido las horas, semanas y meses que nos pasamos ante la pantalla del ordenador, imaginando historias y juntando palabras para el deleite de los que, como yo, nos gusta sumergirnos en la lectura.

A todas mis compañeras, por su apoyo, los consejos y las risas.

Y no me voy a olvidar de Lola Gude, por su paciencia, por su gran trabajo, por los ánimos... y porque siempre está cuando la necesitas.

Nota de la autora

Esta novela es pura ficción, fruto de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

BESOS DE VÉRTIGO es la segunda parte de la bilogía «Te quiero», la primera es TE QUIERO EN MI VIDA. Aunque las dos son autoconcluyentes, se pueden leer perfectamente por separado.

La protagonista no aparece en la primera parte, pero algo me decía que Vincent se merecía tener su propia historia.

Si queréis saber algo más de mí, no dudéis en visitar mi blog:

<https://marianarpa.wordpress.com/>

En Facebook: <https://www.facebook.com/marianarpa.escritora/>

O mi página de autora en Me gusta leer:

<https://www.megustaleer.com/autor/marian-arpa/>

Si te ha gustado

Besos de vértigo

te recomendamos comenzar a leer

Aunque sueñe con tu nombre

de *Natalia Sánchez Diana*



1. Chamomile Anthemis ~ Energía en adversidad

*L*incolnshire, 1878

«Coged las rosas mientras podáis;
veloz el tiempo vuela.
La misma flor que hoy admiráis,
mañana estará muerta».

En cuanto abrió los ojos, a su mente acudieron esos versos de Robert Herrick. No se lo comentó a Jane, la doncella que la ayudó a vestirse. Como todos los días, madrugó para salir de la mansión. En la antecocina, se cruzó con Sarah y Elizabeth, las muchachas más jóvenes del servicio, que a esas horas ya lavaban la ropa de los habitantes de la abadía. Sobre una mesa, varias tinas con agua contenían ropa en remojo. Era el día de colada. Otro más. Porque los días continuaban sucediéndose, ajenos a inquietudes y a miedos.

—Buenos días, milady —dijeron al unísono.

—Buenos días.

Atravesó un pasillo y salió al jardín trasero. Fanny y Julie, las doncellas que más tiempo llevaban con la familia, tendían para que el cálido sol matutino, que ya despuntaba con sus primeros rayos, secase las prendas. En las cuerdas se alternaban sábanas blancas de lino y vestidos de luto, que todos lucían desde hacía nueve meses, cuando habían encontrado muerto en su sillón favorito a su padre, lord James Edward, octavo marqués de Ayrton, tras regresar de un baile en la mansión de los Carrington, en plena temporada londinense.

Desde aquella fatídica noche, sus vidas se habían detenido.

Aguardaban la respuesta a una carta.

La había redactado ella, y no se debía a que su caligrafía fuera hermosa y elegante, sino a que su madre se había sumido en un estado de convalecencia en el que languidecía cada día un poco más desde la muerte de su esposo.

Florence había tenido que ocuparse de todo desde el primer momento. Había ordenado que se cubrieran los espejos, que se cerraran las cortinas y que se detuvieran los relojes a la hora de la muerte de su padre. Había supervisado las prendas negras que todos, incluido el servicio, llevarían los siguientes meses y se había encargado de que, para el cortejo fúnebre, adornado exclusivamente por plumas de avestruz, dispusieran de dos caballos negros.

A sus diecinueve años, había tenido que madurar demasiado deprisa debido a las circunstancias.

Entró al invernadero. A través de las cristaleras, la luz del sol se derramaba sobre las flores.

*«La gloriosa lámpara celeste, el sol,
cuanto más alto ascienda
antes llegará a su camino
y más cerca estará del ocaso».*

El aroma de las rosas invadió su nariz. A medida que avanzaba, percibió la sutil diferencia de olores: la dulzura de la camomila, la intensidad del azahar, la elegancia discreta de las camelias.

Se detuvo junto a una estatua de mármol que presidía la entrada y cerró los ojos. Aspiró profundamente, deleitándose con la mezcla de aromas a la que se había acostumbrado desde que su hermano había mandado construir aquel lugar. Con el paso de los años, había ido añadiendo flores y plantas de todo tipo, desde las típicas rosas que ya crecían en su jardín hasta ejemplares únicos que había traído de sus viajes, o de las semillas que había enviado en cartas y que luego habían resultado flores tan hermosas como

las peonías o la fucsia escarlata.

Su hermano, que era el favorito de sus progenitores, siempre había disfrutado de los beneficios de ser el heredero. Había ido a Eton y luego había expresado su deseo de viajar y recorrer el mundo. Sus padres habían aceptado y, como consecuencia de ello, había recorrido el continente y luego había ido a Turquía, a Calcuta y más allá.

Lo último que ella sabía, por una de las misivas que había recibido de su hermano, era que estaba en el puerto de Cantón, de camino a Japón.

Le había facilitado una dirección, a la que había enviado una carta con pocas palabras que encerraban un mundo:

Padre ha muerto. Eres el nuevo Marqués. Regresa a casa.

Tomó asiento en un banco de mármol y elevó la cara hasta el techo de cristal. Los rayos de sol hirieron sus ojos y los cerró de nuevo.

Regresa a casa, hermano. Regresa...

Su plegaria silenciosa trató de contener las ideas que poblaban su mente. ¿Y si en alguna de aquellas aventuras su hermano también había muerto? ¿Qué sería de ella y de su madre? El siguiente en la línea de sucesión era un primo lejano, que las enviaría a saber dónde si heredaba todo. En un mundo regido por los hombres, ¿qué sería de ellas? ¿Tendría que aceptar alguna de las ofertas de matrimonio que había recibido los últimos meses para salvar a sus seres queridos y su patrimonio?

A veces, odiaba a su hermano. Lo que siempre había sido admiración había ido enquistándose en su interior y se había ido agriando, envenenando sus pensamientos.

Su egoísmo las había vuelto vulnerables, y a ella, que había debutado felizmente en la temporada con múltiples invitaciones de Almack's y que había sido objeto de la devoción de la sociedad a la que pertenecía, por ser hija de un marqués cuya línea sucesoria se remontaba a varias generaciones de trayectoria intachable, le había arrebatado la ilusión y otras tantas cosas que no se atrevía a verbalizar, porque no era lo que se esperaba de

una dama.

*«Los primeros años son los mejores,
cuando la juventud y la sangre están más calientes;
pero consumidas, la peor, y peores tiempos
siempre suceden a los anteriores.*

*Así que no seáis tímidas, aprovechad el tiempo
y mientras podáis, casaos:
pues una vez que hayáis pasado la flor de la vida
puede que esperéis para siempre».*

La idea de casarse, para la que la habían formado e instruido, ahora le horrorizaba, igual que ese poema que no lograba olvidar. Era consciente de que, cada semana que su hermano no respondía a su carta, la empujaba a aceptar un matrimonio con urgencia entre las ofertas que había recibido. Había esperado más. Pero ese «más» se había detenido a la hora en que su padre había muerto. La temporada había acabado para ella y las proposiciones habían cesado. Los bailes, los paseos a caballo en Hyde Park donde podía lucirse para llamar la atención de los aristócratas... Todo se había esfumado, como si nunca hubiera sido más que humo.

Había comprendido con tristeza que todo lo que ella había esperado no habían sido más que sueños que su madre había ido perfilando en su cabeza sobre la vida que le esperaba. Ella había creído merecer la vida que le prometían. Más aún, había exigido que se la dieran, porque era hija de un marqués con título y una reputación intachable.

Había comprendido que esa vida soñada nunca le había pertenecido realmente. Y lo peor de todo era que su vida, la real, tampoco le pertenecía, ya que estaba en manos de otros. Que la libertad que había creído poseer no era más que un sueño efímero.

—Milady...

Miró hacia el origen de la voz. Charles, el mayordomo jefe, había

accedido al invernadero, con la pose regia y elegante que siempre le acompañaba.

—¿Qué sucede?

—Ha llegado esto para usted.

Impulsada por un resorte invisible, se levantó al mismo tiempo que su mayordomo mostraba lo que llevaba en la mano, que temblaba visiblemente.

Era una carta.

El corazón se le aceleró, impelido por el pánico.

Cuando alcanzó el sobre, estuvo a punto de desmayarse.

Rasgó el papel con ansiedad, ignorando el abrecartas que Charles le tendía. Reconoció la letra caótica y amontonada de su hermano.

Querida hermana:

Estoy en Londres. He regresado a casa.

Se derrumbó. Se dejó caer de rodillas y lloró, en una mezcla de alivio, esperanza y temor, que inspiró la ternura en el viejo Charles, que se agachó frente a ella para abrazarla.

¿Quién le iba a decir a Daniela que en la otra punta del mundo no solo se enamoraría de aquella inhóspita tierra, sino también de un hombre que era como un armario de tres puertas, con unos ojos azules que le derretían el alma?

¿Qué tenían los besos de ese hombre que la convertían en un charco de sensaciones?



Dany escapa del yugo paterno en el que se ve atrapada cuando sus padres se divorcian. Llega a Kenia en busca de su hermana mayor, en busca de apoyo, consejo y la ansiada libertad. Allí conoce a Vincent, uno de los socios de su cuñado, el cual le roba la razón y el corazón. Sus besos la hacen volar y su pasión le produce un maravilloso vértigo.

¿Será eso amor? No lo sabe, ni tampoco le importa, solo pretende disfrutar de ello mientras pueda. La vida le ha enseñado a vivir el presente... mañana todo puede cambiar.

Vincent es un espíritu libre, disfruta de la vida y es contrario al matrimonio. Con lo que no cuenta es con la corriente que lo recorre de arriba abajo cuando conoce a esa joven que mira todo con sus oscuros ojos llenos de felicidad y admiración. Asombrado, se da cuenta de que la ama, pero cuando se lo dice ella no le cree. Sin embargo, él no se rendirá hasta convencer a Dany de lo que siente, pues está convencido de que ella le corresponde. Pero ¿tendrá la oportunidad de demostrarle que lo que le profesa es amor? Porque juntos deberán enfrentarse a una serie de peligros que pondrán en riesgo sus vidas, algo que podría hacer tambalear su incipiente relación.

¿Conseguirá el amor que está empezando a florecer salir airoso de las trabas que se encontrarán en el camino?

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Marian Arpa

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-84-5

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Besos de vértigo

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Agradecimientos

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Marian Arpa

Créditos